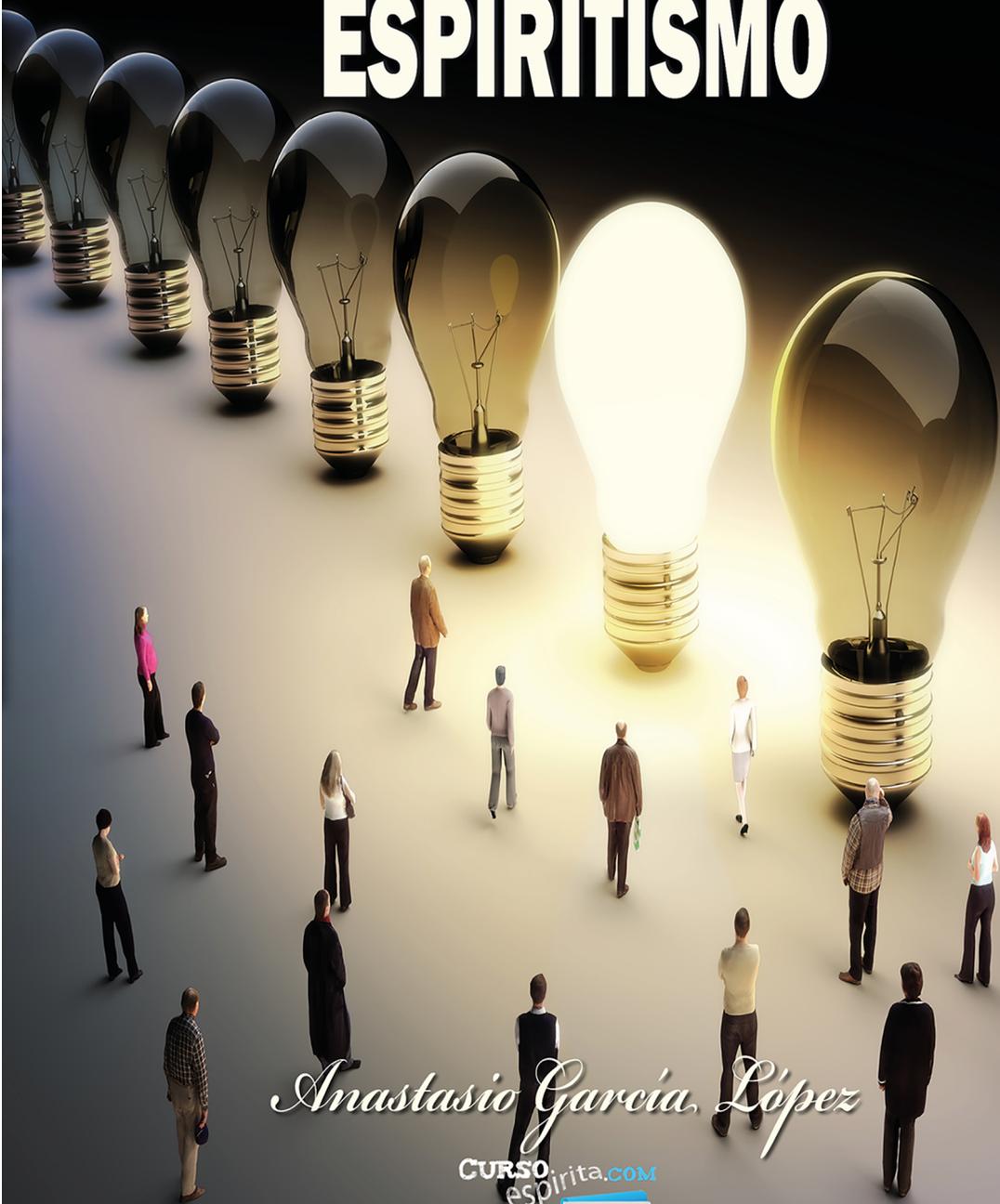


EXPOSICIÓN Y DEFENSA DE LAS VERDADES FUNDAMENTALES DEL ESPIRITISMO



Anastasio García López

CURSO
espirita.com

**EXPOSICIÓN Y DEFENSA
DE LAS VERDADES
FUNDAMENTALES
DEL ESPIRITISMO**

Anastasio García López

**EXPOSICIÓN Y DEFENSA
DE LAS VERDADES
FUNDAMENTALES
DEL ESPIRITISMO**

Edición revisada, que incluye ligeras modificaciones adaptadas a las actuales normas lingüísticas, de la segunda edición de *Exposición y Defensa de las Verdades Fundamentales del Espiritismo*, de 1872, impresa en Salamanca.

© Copyright Salvador Martín por la revisión y obra derivada

© Copyright de esta edición cursoespirta.com & libroespirta.es

<https://cursoespirta.com>

info@cursoespirta.com

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, sin permiso por escrito del editor, al amparo de la legislación vigente en materia de propiedad intelectual.

1ª Edición, enero 2019

ISBN: 9781795623360

ÍNDICE

PRÓLOGO	7
REFUTACIÓN DE LA CÁTEDRA DE LOS CURIOSOS	11
APÉNDICE	97
DIOS	97
ESPÍRITU Y MATERIA	101
CREACIÓN	107
EL ESPIRITISMO COMO FILOSOFÍA	115
EL ESPIRITISMO COMO CIENCIA	123
EL ESPIRITISMO COMO RELIGIÓN	131

PRÓLOGO

Habiendo fijado accidentalmente mi residencia en la Ciudad de Salamanca, donde el Espiritismo era completamente desconocido, lo di a conocer en un pequeño círculo privado, compuesto de un reducido número de personas que se propusieron estudiarlo de buena fe, y de algunas otras que concurrían sin más objeto que asistir como se va a pasatiempos de prestidigitación. De entre estas últimas hubo quien servía de *corre, ve y dile* para referir, comentar y ridiculizar entre los muchos curas y jesuitas de la localidad, nuestros experimentos y las doctrinas que yo exponía, las cuales alarmaron grandemente a la gente neo-católica, a juzgar por la virulencia de los ataques de que fueron objeto mis ideas y mi personalidad.

Además de algunos artículos de escasa importancia que publicó un periódico carlista, titulado *¡España con Honra!*, apareció en el mismo un folletín con el epígrafe de *La Cátedra de los Curiosos, o El Diablo Haciendo Comedias*, firmado con el pseudónimo de Benito, cuyo autor introdujo tres personajes para el desenvolvimiento de su argumento, uno que se llamaba *Salsete* y que suponía era de los que asistían a las reuniones del Círculo espiritista, otro llamado *Perico* a quien aquel refería todo lo que había visto y oído, y un tercer personaje, el cura *D. Gerónimo*, hombre docto que terciaba en la

conversación, y es el que les explica a los otros dos las cuestiones de Espiritismo y Magnetismo, tal cual conviene a la Iglesia romana.

Para destruir los errores de aquel folleto-sainete, con el cual estaban muy ufanas las gentes de sotana y sus numerosos partidarios de Salamanca, publiqué la primera edición del presente opúsculo, que titulé REFUTACION DEL FOLLETO *La Cátedra De Los Curiosos* O EXPOSICIÓN Y DEFENSA DE LAS VERDADES FUNDAMENTALES DEL ESPIRITISMO.

Como sucede siempre en casos semejantes, el público quiso enterarse de la polémica, se leyeron ambos folletos, y esto sirvió de motivo para que el Espiritismo fuese conocido hasta en los pueblos más insignificantes de la provincia. Y aun cuando no es de las más dispuestas para aceptar ideas nuevas y progresivas, a causa de la preponderancia de los secuaces del oscurantismo, han quedado sembradas muchas verdades que a su tiempo germinarán. A pesar de que durante mi permanencia en Salamanca han trabajado grandemente en el pulpito y en el confesionario para destruir mi propaganda.

En mi refutación he extractado fielmente el folleto que impugno, y he copiado literalmente sus principales argumentos.

Agotada muy en breve la primera edición, y teniendo bastantes pedidos de círculos y sociedades espiritistas, y de particulares, he resuelto hacer la segunda, adicionándola con una exposición concisa, para consignar el credo espiritista, bajo los diferentes puntos de religión, de ciencia y de filosofía.

A pesar del tiempo transcurrido y de haber prometido, tanto el autor anónimo del folleto que combato, como los redactores del

periódico en que se publicó, que refutarían cuanto yo expusiera en defensa del Espiritismo, todavía no han impugnado nada de lo que consigné en mi opúsculo. Temen la discusión, porque de ella brota la luz, y conocen que sus errores no habían de servir para otra cosa sino para poner más de relieve las verdades que he sustentado, y estoy siempre dispuesto a defender.

REFUTACIÓN DEL FOLLETO LA CÁTEDRA DE LOS CURIOSOS¹

Con gran temor vengo a la liza, Benito.

No es el caso para menos. Vuestro folleto-sainete, aunque le tituláis comedia, me dejó amilanado, al encontrar en él razonadores tan profundos o tan hondos como vuestro *D. Gerónimo* y vuestro *Perico*, y lógicos tan sutiles como vuestro payaso *Salsete*.

No sé qué admirar más en esa obra de tres ingenios, si la robustez de la argumentación, o el gracejo del estilo. ¡Qué conocimiento tan completo del asunto, objeto de la controversia! ¡Qué extensión de nociones científicas! ¡Qué interpretación tan pura y tan santa del Cristianismo! ¡Qué finura en el epigrama! ¡Qué aticismo en la frase! ¡Qué lenguaje tan culto y tan cortes!

¹ Titulado *La Cátedra de los Curiosos*, publicado en *España con Honra*.

No es de extrañar que yo vacile en decidirme a refutar esa producción nea de la flor y nata de los neos de Salamanca.

Pero como mi palabra está empeñada, y antes de conocer el folleto ofrecí contestarlo, no puedo prescindir de hacerlo, a pesar de esas graves dificultades. Me anima, sin embargo, la convicción que he adquirido con la lectura de la obra de Benito de que el diablo ha de ayudarme, personaje muy instruido en estas cosas de *Espiritismo y Magnetismo*, pues según el folleto en cuestión, él es quien nos presenta los raros fenómenos que ha explicado, más bien que impugnado, el folletista pseudónimo. Estando familiarizado con el diablo, conversando frecuentemente con él, y habiendo sido tan amable que nos ha hecho importantes comunicaciones, ya por las *mesas giratorias*, ya por *médiums psicógrafos*, ya a favor del *sonambulismo*, que los *curiosos de la cátedra* han visto hasta la lucidez a enormes distancias; y siendo un señor tan poderoso, ha de procurar sostener su obra, inspirándome para que pueda impugnar el folleto. De no ser así, imposible que ningún mortal se atreviera a combatir esa obra tan acabada, tan nutrida de ciencia, que pasará a los siglos venideros como la producción más notable del siglo XIX.

¡Es lástima no se hayan tirado de ella millones de ejemplares para que circulase profusamente por toda la redondez de la Tierra, pues con su lectura es bien seguro que no quedaría un espiritista ni un magnetista para un remedio! La historia transmitirá a las generaciones futuras, y como producción de la flor y nata de los neos de Salamanca, figurará en los catálogos de las obras que tratan de los quesos de bola y de las calabazas.

En cuatro partes se divide el folleto de Benito. La primera se compone de una larga colección de frases cultas, elegidas para todas

las veces que el autor necesita aludirme directa o indirectamente, o bien hacer una mención de mis conferencias entre los *curiosos*. He aquí algunas que entresacamos a la casualidad; *el tío ese, el alcornoque, ignorante, bruto, montón de podredumbre, matasanos, etc., etc.* A parte de lo de *ateo y materialista rabioso*, calificación que hace extensiva a todos los médicos.

Esto último revela toda la penetración del autor del folleto y su conocimiento del *Espiritismo*. La lógica no puede ser más severa: defiende y propaga la doctrina espiritista, doctrina que admite la existencia del alma inmortal, la vida eterna del espíritu, y un Ser superior a toda la creación. Creador de cuanto existe, desde los resplandecientes soles hasta el más insignificante de los asteroides, desde esos globos colosales que ruedan en el espacio hasta el más diminuto grano de arena, desde el animal de organización más complicada hasta el zoófito, desde el hombre inteligente hasta el neo; luego soy ateo y materialista. La consecuencia no puede ser más lógica; lo es tanto como aquella otra consignada también en el folleto: *El que no es carlista no es católico, luego, todos los liberales son ateos.*

Los cientos de palabras cultas que me dedica, aun cuando el Código penal tiene el mal gusto de calificar entre las injurias, son las consecuencia de la moral evangélica, a la manera como la defienden los fieles intérpretes de la religión católica, y de la cual está empapado el autor del folleto, por lo que no estoy conforme con las apreciaciones del Código, pues todavía no se ha visto que el olmo de peras, ni uvas los alcornoques, ni sentimiento de justicia los católicos romanos, ni respeto y amor al prójimo la gente nea. Es bien seguro que si existiera el Santo Tribunal de la Inquisición no nos libraríamos de la hoguera ninguno de los concurrentes a la *Cátedra de los*

Curiosos, ni aun aquellos que, faltando a su propia dignidad, se introdujeron en ella para desempeñar el papel noble de polizontes y llevar noticias de lo que pasaba con el *diablo haciendo comedias*. El folletista ha hecho mal en denunciarlos, pues aun cuando sus relaciones con el jesuitismo u otras cofradías dependientes de esa asociación masónica, conjuración permanente para conseguir el poder teocrático universal, les imponga la obligación de ser espías, quedan con esa denuncia muy mal parados los que se han introducido en mi casa, que he tenido abierta para todos los que parecían caballeros por el traje.

Instado por algunos amigos, me propuse hacerles conocer una doctrina, en mi opinión civilizadora, que aún no había penetrado en esta ciudad subyugada todavía por el fanatismo clerical y completamente dominada por el jesuitismo. Quise que vieran los fenómenos del Espiritismo y del Magnetismo, citándoles todas las explicaciones posibles, incluso la de la intervención del diablo dada por la Corte romana, diciéndoles la mía, que es la de la escuela de Allan Kardec, y permitiéndoles discutir las y exponerme todas sus dudas para resolverlas. Y cuando en una tertulia científica, compuesta de hombres serios y honrados, que en vez de pasar la noche alrededor de una mesa de banca o en otros pasatiempos análogos, se reúnen para estudiar fenómenos que caen en el dominio de la ciencia y que la inteligencia humana debe conocer, se introducen en ellas algunos como espías, es ciertamente poco honroso para quien tal hace. Y ya que ha habido quien desempeñe tan bajo papel, no ha debido denunciarlos el folletista, pues aun cuando yo ya los conocía, por mi parte hubiera guardado la reserva, compadeciendo la pequeñez de su alma y su romo entendimiento, y deseando la purificación de sus sentimientos.

También corresponde a la primera parte del folleto la comparación que el autor hace de mi casa con las casas de prostitución, dando a estas la preferencia, y asegurando que es mejor ir a ellas que a las reuniones espiritistas. No nos extraña tal cosa, y ya sabíamos que estas son las aficiones de la gente a quien representa ¡¡*España con Honra!*! Y por si no era bastante, usa el verbo *fornicare* lo menos seis veces, unas en latín y otras en castellano, en varios tiempos y personas. Sin duda esta literatura nea es del agrado de los oídos castos de los redactores del folleto y del periódico, y de sus *amatores*.

Ni una palabra más diré sobre esa primera parte del folleto, consagrada a mi personalidad. Únicamente añadiré que la moral del Espiritismo, *dictada por supuesto por el diablo*, aconseja no solamente perdonar a los que nos injuria, sino además devolver beneficios por agravios.

En la segunda parte comprenderemos todo lo que contiene de carlista el folleto, su caridad para cuantos no pertenecen al partido político del autor, su argumentación tan vigorosa para demostrar que los liberales no son católicos, sino ateos, y por ende materialistas, sin religión, Dios ni ley, herejes a quienes se deben exterminar hasta la quinta generación para honra y gloria del Señor, y contentamiento del rey D. Carlos VII, que según una profecía dada a conocer recientemente reinara a la caída del pontificado, al cual levantará en la punta de su espada.

No atinamos a darnos la razón en esta parte política en un folleto dedicado a impugnar el *Espiritismo*, cuya doctrina aceptan muchos hombres de opiniones carlistas y de todos los matices monárquicos, lo mismo que demócratas y republicanos, porque no es incompatible

con las ideas políticas. Mas sin duda el autor ha querido probar que siendo una doctrina del diablo, no deben admitirla los que viven con los Santos y de los Santos. Para poner más de relieve estas ideas, hace el folleto una escena melodramática con la conversión de su payaso *Salsete* de republicano en carlista. ¿Quién, al leer esa parte del diálogo, no se conmueve y se halla arrastrado por la lógica persuasiva de *D. Gerónimo*? Confieso que en mí hizo tal efecto que me he convertido al carlismo, y creo que a todos los republicanos y demás liberales que lean el folleto les sucederá lo mismo. Así es que, si no consigue convencer a los *espiritistas* de que su doctrina es obra del diablo, a lo menos habrá logrado el folletista Benito engrosar el partido carlista con todos los liberales convertidos por el influjo de sus razones macizas o de peso.

Como nuestro objeto es solamente defender el Espiritismo, prescindimos, aunque con sentimiento, de hacer más comentarios a la parte política del folleto, consignando en prueba de nuestra imparcialidad, que está a la altura del resto de la obra, campeando en ella un ingenio agudo o anguloso, que es igual, un carácter varonil o de macho, y una intensión fuerte como de un toro, y perdone Ud. el modo de señalar.

En la tercera y en la cuarta parte del folleto comprendemos todo lo que se refiere al Espiritismo y al Magnetismo, y como esta es la cuestión que tengo el compromiso de debatir, voy a analizar la serie de pruebas aducidas en contra de esa doctrina ridícula y supersticiosa, anatematizada por la corte romana, maldecida por el clero católico y sobre todo por los jesuitas, no obstante que ellos intentan provocar con frecuencia fenómenos espiritistas, habiéndolos obtenido en gran número, variadísimos y

sorprendentes, sin duda porque entre ellos está siempre el diablo o muchos diablos, si es que ellos mismos no lo son.

Es muy cierto que en la *Cátedra de los curiosos* no teníamos al principio *instrumentos* para sacar todo el cuerpo de Satanás, y en esto informaron bien a Benito los *caballeros* polizontes que se hicieron presentar con el pretexto de que deseaban conocer el Espiritismo. Por entonces no se le vio más que el rabo y su adyacente, por lo cual se creyó que no era Satanás en persona, sino algún neo condenado, delegado de S. R. Majestad, poco ducho en achaques de fenómenos espiritistas; así es que mientras estuvimos rodeados de espías solo obtuvimos rabotazos y coces, porque el delegado de Satanás, además del rabo, sacó también alguna vez la pata. Más adelante cuando ya no asistían a la cátedra los *Salsetes*, el diablo se nos mostró por completo y le vimos hasta los cuernos.

La primera cuestión que habría que debatir sería la realidad de los fenómenos espiritistas y magnéticos. Si Benito los hubiese negado yo no tendría otro medio sino probárselos con citas de autores respetables, y si no creía en ellos invitarle para que los presenciase. Pero Benito confiesa por boca de su *D. Gerónimo* que «hay una clase de fenómenos maravillosos cuya existencia no se puede en manera alguna negar sin pasar plaza de verdadero necio, irracional o incrédulo estúpido, porque están atestiguados por los hombres más fidedignos que se pueden desear en materia de hechos, pues a su mucha doctrina juntan esos testigos en su mayor parte probidad excelente y laboriosidad en investigar y examinar los hechos, habiendo practicado experimentos por sí mismos o asistido a los lugares donde tales experimentos se hacían, y habiendo visto por sus mismos ojos las cosas más estupendas cuya realidad no pudieron poner en duda».

Esta declaración tan explícita la apoya el autor del folleto en las respetables autoridades de los abates Fiard, Fustier, Wurtz, y en la obra de Mirville, así como en los autores de la *Civité católica*, en el P. Perrone y otros sujetos nada sospechosos para el folletista. Por si lo ignora, le diremos que una de las personas que primero conocieron el Espiritismo en España fue el Sr. Arbolí, obispo de Cádiz, quien enteró de estos fenómenos a varios sacerdotes instruidos y virtuosos, y habiéndolos comprobado en su presencia, consultó con el pontífice lo que debería pensar y aconsejar sobre ellos. Se le dijo por la Corte de Roma que los fenómenos espiritistas no podían negarse, pero que prohibiese a los fieles leer los libros de Espiritismo y hacer experimentos, y que les hiciese comprender que eran obras de Satanás. No estando esta declaración de acuerdo con la conciencia del obispo, este se limitó a prohibir los experimentos, pero no se opuso a la lectura de los libros.

Partimos, pues, de la base de que los fenómenos espiritistas son ciertos, y aun cuando convenimos de que en muchas ocasiones habrá farsa y charlatanismo, sobre todo en manos de aquellas personas que hacen objeto de lucro el Espiritismo y el Magnetismo, o bien exhiben estos fenómenos en los teatros, no es de ese Espiritismo ni de ese Magnetismo del que debemos ocuparnos, sino de aquellos fenómenos que se producen en reuniones de estudio, entre personas que no buscan en ellos un rato de diversión, como hacían los *Salsetes* que fueron a la *Cátedra de los curiosos* de Salamanca, sino que tratan de ver los hechos con sus propios ojos para buscarles después la explicación más racional. Son, pues, hechos averiguados y comprobados, que afirma el autor del folleto, «los movimientos de las mesas o veladores y de otros objetos inanimados. Que dan con sus movimientos contestaciones inteligentes, que un velador escribe

atándole un lapicero a una de sus patas y poniendo un papel debajo. Que hay personas en las que se puede desarrollar la facultad medianímica, llegando a escribir automáticamente, a veces de cosas que no conocen, y que dan contestaciones a preguntas mentales. Y, por último, conviene también en que se puede producir en algunos sujetos un estado anormal llamado sonambulismo, en el que además del sueño, la insensibilidad y la catalepsia, ofrecen el fenómeno maravilloso de leer con los ojos vendados, ver los objetos a distancias, aun a muchas leguas del lugar del experimento, y en ocasiones hasta predecir sucesos del porvenir». Tampoco niega el folletista las apariciones de los difuntos, puesto que las crónicas de la Iglesia católica están llenas de historias de aparecidos, que se han hecho visibles, que han dejado oír su voz, y han ofrecido otros fenómenos maravillosos que la Iglesia ha calificado de milagros.

Ahora bien, esos fenómenos curiosos, desde los movimientos de las mesas giratorias y parlantes hasta las comunicaciones escritas obtenidas por los *médiums*, desde los fenómenos sonambúlicos con la vista lúcida a distancias, hasta las apariciones de sujetos que ya no viven en la vida carnal, no pueden tener una causa material, no pueden ser el efecto exclusivo de la electricidad acumulada sobre un velador por la aplicación de las manos de los que hacen el experimento, porque en este caso no habría contestaciones inteligentes; ni un *médium* escribiría de cosas que no entiende, y en ocasiones en un idioma que no conoce, ni daría contestaciones acordes a preguntas que se le dirigen mentalmente; ni el sonámbulo vería a enormes distancias, ni revelaría sucesos del porvenir, ni haría referencia de comunicaciones que le hacen personas que ya murieron, y a quienes muchas veces ni el sonámbulo ni el magnetizador han conocido ni tenido de ellas antecedentes. Hay

pues en todos estos fenómenos una causa inteligente para su producción, por más que entren en juego agentes materiales para que puedan realizarse.

Hasta aquí estamos de acuerdo el autor del folleto y los espiritistas. Pero desde el momento en que tratamos de fijar cual sea la causa inteligente de los fenómenos espiritistas y magnéticos, cada uno seguimos un camino. Nosotros decimos que son las almas de los difuntos, y los católicos romanos aseguran que es el diablo. Además, las almas de los difuntos apenas salen del cuerpo van, según dice el folleto, o al cielo o al infierno o al purgatorio, y de esos lugares no pueden salir, por lo tanto, es imposible que se comuniquen con nosotros.

«*El espíritu o metaespíritu*, cuerpo de materia sutil de que el alma va siempre acompañada, según los espiritistas, y mediante cuyo fluido se puede poner en comunicación con la materia tangible o con el mundo material, no es sino una quimera, y nadie lo ha visto ni se ha demostrado su existencia —según lo afirma el autor del folleto— «Las almas no pueden conocer nada de lo que pasa en este mundo sensible, porque después de salir del cuerpo entienden a la manera de los espíritus, y el espíritu no puede percibir nada del mundo material sino por intermedio de los sentidos corporales. Ha habido algunas veces apariciones —dice el autor del folleto— de almas que han tomado un cuerpo aéreo para hacerse visibles, mas esto ha sucedido por un milagro. El compuesto llamado hombre es un ser más perfecto que el alma sola, porque puede todo lo que puede el alma, entender, discurrir y querer, y además otras que el alma sola no puede hacer, como sentir, vegetar y moverse; por esto el alma —según dice *D. Gerónimo*— apetece la unión con el cuerpo, y si el espíritu existiese, aquella unión sería una cosa accidental, quedando

tan hombre animal después como antes de la muerte, y tendría las mismas sensaciones y aun en un grado más superior. Pero el alma —añade— separada del cuerpo es inferior al hombre, y desea la unión al cuerpo porque con él adquiere nuevas perfecciones».

No pudiendo, pues, negarse los fenómenos espiritistas; pero siendo infundada la causa a que los atribuyen los partidarios de esta doctrina, un filósofo no debe hacer otra cosa, según el consejo del autor del folleto, sino decir que las almas de los difuntos no están aquí entre nosotros y que esos fenómenos son obra del diablo, cuyo natalicio, biografía, vida y costumbres, y demás menudencias de este personaje, nos refiere circunstanciadamente el folletista, como persona que lo conoce de cerca y lo ha tratado con intimidad. Porque una de dos, o esos fenómenos son milagros permitidos por Dios, o son fenómenos naturales. Lo primero no puede admitirse, porque no ha de estar Dios haciendo milagros a toda hora y en todo lugar en que a los *curiosos* se les antoje provocar manifestaciones espiritistas, a veces para fruslerías. Luego son fenómenos naturales producidos por el diablo en virtud de un pacto implícito o explícito hecho con los espiritistas y magnetizadores, mediante el cual pone a su disposición todo su poder, y esto es lo que se llama magia o brujería, de la que participan los abates Fiard, Fustier, Wurtz, el padre Perrone y los jesuitas de Roma que provocan muchos fenómenos de esta brujería.

Tal es en resumen la argumentación de fondo en contra del Espiritismo, y la misma que aplica contra el Magnetismo el autor del folleto que impugnamos, aparte de alguna que otra argucia de segundo término.

Creer hoy que existe un ser espiritual tan poderoso para lo malo como lo es Dios para lo bueno, es acreditarse de una perversión del buen sentido. ¿Qué hombre de mediano criterio acepta esos dos poderes universales, que se tratan de potencia a potencia, y que recuerdan dogmas de antiguas religiones paganas, admitiendo el principio del bien y el principio del mal? ¿No ve Ud. Señor Benito que, si hay ese Satanás tan fuerte y tan poderoso, que va contrariando los designios de Dios, es amenguar el poder del Ser Supremo? Esa doctrina es además impía, porque Dios habría sido injusto creando un *Espíritu* destinado eternamente para el mal, para su propia desdicha y para procurar la desgracia de los hombres. Y es más poderoso que Dios en el mundo de las almas, puesto que es mayor el número de los que se condenan y siguen a Satanás que el de los que se salvan y van al cielo, según lo enseña la Iglesia romana.

Es muy cierto que hay demonios, pero de carne y hueso, y...

«...son los hipócritas que hacen de un Dios justo un Dios vengativo, y que creen agradarle cometiéndolo en su nombre mil abominaciones, comerciando en su nombre, vendiendo su misericordia, pretendiendo disponer de la soberbia y de la venganza que le atribuyen.

»Se comprende que en épocas de ignorancia haya sido preciso materializar muchos conceptos, y que para que los pueblos se formasen idea de los malos espíritus se les representasen con cuernos y cola, como signos de bestialidad (¿entiendes Benito lo que voy diciendo?); así como a los espíritus buenos se les representa con alas blancas en señal de su pureza. Las palabras de Jesucristo en que se apoyan los que admiten la existencia de Satanás y de ángeles malos,

son figuradas como tantas otras suyas, lo mismo que muchos textos bíblicos». (Obras de Allan Kardec)

No disputamos su enseñanza, pero sí la falsa interpretación que se ha hecho de ella. La forma alegórica fue característica de la palabra de Jesús, porque hablaba según el tiempo y los lugares; y como no pudo decir nada que fuese falso, lo que parece chocar con la razón, es que ha sido mal entendido y peor interpretado. Ciertamente existen espíritus malos y tentadores de los hombres, pero son almas de los que ya han tenido existencia corporal, espíritus imperfectos que se gozan en hacer el mal; pero que han de perfeccionarse y modificar sus condiciones morales.

En prueba de que el lenguaje figurado era característico de Jesús, como lo ha sido de muchos profetas y de los textos bíblicos, no hay más que recordar los seis días de la creación que la ciencia ha venido a demostrar que fueron largas épocas, representando cada uno de esos días millones de años; la Tierra tenida en la Sagrada Escritura como el centro del firmamento, no es sino uno de los más pequeños planetas que giran alrededor del Sol; aquella otra parábola «después de estos días de aflicción se oscurecerá el sol, la luna perderá su resplandor, caerán del cielo las estrellas, y las potencias del firmamento serán quebrantadas, y os digo en verdad que no pasará esta generación sin que todas estas cosas se hayan cumplido» es también lenguaje figurado.

La interpretación, pues, que ha dado la Iglesia a las palabras de Cristo para sostener la realidad de un *Ser* tan poderoso como Satanás es absurda y contraria al buen sentido. Y para que no se nos arguya que debe acatarse lo que enseña la Iglesia docente aun cuando parezca un desatino, diremos que negamos ese derecho. El poder que

delegó Cristo en Pedro y en sus sucesores no fue para crear una oligarquía en el seno de la Sociedad cristiana; aquel poder era extensivo a todos los discípulos, a todos los iniciados en la nueva religión; y todo cristiano que practica bien la moral evangélica, tiene autoridad para explicarla y dar su sentido racional a los conceptos figurados. Y aun si esa Iglesia hubiera representado fielmente la voluntad del Salvador, podría tener derecho a ser respetada y obedecida; pero la gran mayoría de los que se abrogaron el derecho de ser representantes de Dios en la Tierra, habiéndose distinguido por su ignorancia, por su soberbia y por sus crímenes; habiéndose manchado cien veces la silla de San Pedro con hombres crueles, asesinos, libertinos, e incestuosos que se han sentado en ella; habiendo convertido la religión del Redentor en una mercancía, y los templos en bazares, vendiéndose los sacramentos, las oraciones, las misas, la indulgencia, inventando el purgatorio de donde sus embaucadores pretenden sacar las almas de los difuntos con arreglo al dinero que se les dé para ejercer esa industria, de la que tiene patente de invención; habiéndose convertido el confesionario en lugar de seducciones, llegando a ser peligroso para las inocentes jóvenes que se arrodillan a los pies de hombres lúbricos, que lo mismo respetan el templo que los lupanares, y siendo además la oficina del espionaje clerical para estar al corriente de la vida privada de las familias; y por último, habiendo convertido las iglesias en clubs furiosos, y en vez de predicar desde el púlpito la caridad y la fraternidad universal, se fomenta el odio, la venganza, el exterminio de los que no tengan las mismas opiniones que profesa esa oligarquía teocrática, han dado lugar con su conducta a que se levanten los pueblos para reivindicar sus derechos, para poner término a tanta iniquidad, para destruir esa sociedad organizada dentro de la sociedad cristiana, para concluir con esos usurpadores que se dicen

ministros del Señor y que tanto han ultrajado la religión del Crucificado, para devolver al Cristianismo toda su pureza y su prestigio que ellos le han quitado, para hacerla verdaderamente católica, universal, absorbente por el amor, por la caridad, porque ellos no son católicos, ni pueden serlo los que dicen «fuera de mi Iglesia no hay salvación»; para tratar los hombres directamente con Dios sin necesidad de procuradores.

Por eso ha venido el Espiritismo al lado de la democracia para derribar todas las tiranías, para acabar con todos los verdugos, para concluir con todos los déspotas, lleven corona o tiara, para fundar el reinado de la justicia, de la igualdad, de la fraternidad, del derecho, de la religión universal. Se afianzará el Cristianismo, pero caerá la Iglesia romana, cuya vida será ya muy breve, a pesar de que procura galvanizarse con el concilio ecuménico. Pero cuando la putridez se apodera de un cadáver ya no tiene poder el galvanismo para producir movimientos en sus músculos.

No aceptamos las interpretaciones absurdas que ha hecho la Iglesia romana de los textos bíblicos y de las palabras de Jesús, y creemos en cuanto a la existencia de los demonios que estos son las almas de los muertos pertenecientes a hombres que no han practicado la virtud y que en su estado de erraticidad aún persisten con sus tendencias al mal; pero que al fin han de llegar a conocer que no pueden lograr los goces que proporciona seguir por el camino del progreso de la vida espiritual. Esos imperfectos espíritus, que por un tiempo más o menos largo pueden ser tenidos como diablos, y entre los cuales habrá muchísimos curas y frailes, muchos reyes, cortesanos y aristócratas, muchos generales y todos los déspotas y explotadores de los hombres, han podido existir aun antes de la formación de la Tierra y de la creación del hombre en nuestro

planeta, porque millones de siglos antes de que nuestro globo tuviese condiciones de habitabilidad, ya existían infinitos mundos habitados por seres inteligentes, que hacen parte de la humanidad universal, la cual está esparcida en las miríadas de estrellas que son otros tantos mundos habitados. Así es que cuando apareciese el hombre de la Tierra habría ya innumerables espíritus que habían hecho su vida de pruebas para alcanzar la perfección, mientras que otros estarían muy retrasados en el camino del progreso. El Espiritismo admite, pues, Ángeles y Demonios, o, mejor dicho, espíritus ya perfeccionados y espíritus atrasados; pero no en el sentido en que los admite la Iglesia romana, como seres creados para ser permanentemente felices o desgraciados desde el mismo instante de su creación, sin mérito y sin demerito alguno, lo cual, como decíamos al principio, arguye contra la justicia de Dios.

No siendo pues Satanás otra cosa que un mito cae por su base toda la argumentación del folletista que atribuye a este señor, amigo suyo, la producción de todos los fenómenos espiritistas y magnetistas. Esta sí que es doctrina supersticiosa y ridícula hasta dejarlo de sobra, muy buena para asustar a los chicos traviesos, pero en la cual no creen los mismos que la propalan, aun cuando aparentan otra cosa por la cuenta que les tiene.

Y ¿sabe Ud., señor Benito, que, si es el diablo el que se presenta en todo fenómeno maravilloso, de esos que ahora están en moda, tiene gran tarea con tantas sociedades y círculos espiritistas como hay en el mundo? Ha de verse apurado para acudir a tantas partes a la vez, moviendo aquí las mesas, allá las manos de los que escriben, dando sueños a los magnetizados, llevándose su espíritu por los aires para hacerles ver los más maravillosos panoramas; y además debe ser muy

instruido porque contesta a cuestiones difíciles de ciencias naturales, de ciencias filosóficas, de matemáticas, de historia etc. etc.

Si Satanás es quien hace todo esto, hay que convenir en que ha mejorado de conducta y ya no es tan malo como le pintan; es mucho mejor que Ud. señor Benito, y mejor que muchos curas que Ud. conoce, porque en todas las comunicaciones que se obtienen en los círculos espiritistas aconseja la práctica de las virtudes y muy especialmente de la caridad que las resume todas. Se observa también que cuanta más formalidad hay en las reuniones, cuantas mejores costumbres tienen los concurrentes, y cuanto mayor es el fervor religioso de ellos, tantas más probabilidades hay de que se obtengan fenómenos espiritistas. Es además práctica corriente al hacer una evocación de un espíritu, suplicar a Dios que la permita, y en las sociedades espiritistas es también común dirigir alguna oración al Ser Supremo, rogándole humildemente aleje los espíritus imperfectos para que no influyan en las comunicaciones o consejos que se van a pedir, y que siempre deben tener un objeto de perfeccionamiento moral de los que lo demandan. Y precisamente cuando así se procede, es cuando se obtienen mejores fenómenos; pues cuando en las reuniones hay ateos, hombres incrédulos en todo, de virtudes dudosas, o bien de carácter ligero que toman el Espiritismo como una diversión o si hay distracciones en los concurrentes y piensan poco en Dios, cuando, en una palabra, *hay Salsetes*, entonces o no se obtienen fenómenos o estos son insignificantes y a veces inconvenientes, y solo se logran comunicaciones necias, insulsas o groseras.

De todo lo cual se infiere que el diablo se ha civilizado y convertido a la virtud, que no se asusta ya del nombre de Dios ni se irrita por ello, muy al contrario, invocándole es como se presenta

mejor a hacer sus habilidades y sus juegos de prestidigitación, que da buenos consejos, llenos de moralidad y unción evangélica, si todo esto se pide y se desea con fervor religioso. Vea Ud. lo que puede la civilización; hasta Satanás ha progresado y es ya mejor que los neos y que todos los *escribidores* de ¡¡*España con Honra!*!

Vamos señor Benito, ¿cree Ud. formalmente que es el demonio quien produce todos los fenómenos maravillosos del Espiritismo y el Magnetismo, y dice Ud. de veras que existe ese dios de las tinieblas y de la maldad? Pues se acredita Ud. de muy poco cacumen y de tener tragaderas de gran calibre. Eso mismo es lo que dice el vulgo ignorante en presencia de fenómenos cuya causa a él no se le alcanza. Cuando ese vulgo vio por primera vez una locomotora, dijo que era cosa del diablo, y todavía hay gentes sencillas que así lo creen. Cuando vio transmitir un despacho por un alambre a cientos de leguas en pocos segundos, creyó muy seriamente que solo Satanás podía hacer eso; es verdad que también lo creyó un Papa que anatematizó los telégrafos. Cuando ese vulgo ve juegos de prestidigitación o de física recreativa, también atribuye al diablo todos esos fenómenos. De manera, señor Benito, que esta Ud. al nivel de ese vulgo ignorante, y lo siento por Ud., porque antes de escribir el folleto gozaba Ud. la opinión de persona de regular criterio y de mediana instrucción, pero ahora va Ud. a quedar desacreditado con esa salida de pie de banco. Mire Ud. que hubiera adelantado mucho la ciencia y progresado la humanidad, si siempre que se ha presentado un nuevo fenómeno, de esos que entrañan una etapa en el adelantamiento de los pueblos, los sabios se hubieran encogido de hombros, y en vez de observar los hechos y de buscar su razón científica, se hubiesen contentado con decir *eso es obra del diablo* y

no debemos estudiarlo. Con que señor Benito, quédese Ud. con los demonios, que los espiritistas nos vamos con la ciencia.

Y puesto que se lo lleva a Ud. Satanás, le acompañaremos un poco para visitar su casa, lugar cerrado y circunscrito, situado en lo más profundo, en donde hay tantas almas que no tienen cuerpo, ni nervios, ni carnes, ni aun siquiera *periespíritu*, y que sin embargo las cuecen en calderas con alquitrán hirviendo, las asan en parrillas, las adoban con azufre derretido, y las trinchan bonitamente, atravesándolas las entrañas con aquellos largos tridentes de hierro hecho ascuas. ¿Sabe Ud. señor Benito, que todo esto envuelve mucha poesía, pero poesía de brocha gorda? Es hasta donde puede llevarse la fábula. Ni las descripciones del infierno que hicieron Homero y Virgilio, ni las de Dante, Tasso y Milton igualan a la fábula de la Iglesia romana.

Aquí tenemos la misma cuestión del diablo. La Iglesia ha dado siempre las peores interpretaciones, las más contrarias a la razón y al buen sentido a todos los textos sagrados.

«Es menester no representarse la otra vida llena de suplicios arbitrarios que más parecen tener por objeto la venganza que la expiación. La eficacia de las penas consiste en volver al alma la salud, levantarla de sus caídas, y revestirla de nuevas fuerzas para marchar con más seguro paso en los caminos en que se perdió. La justicia de Dios se armoniza así con su sabiduría y su misericordia, es decir con la razón y el amor considerados en su esencia eterna».

He ahí unas palabras que vienen muy al caso y que hemos tomado de Chateaubriand, a quien supongo no pondrá Ud. mala cara, señor Benito.

En primer lugar, en el universo no hay arriba ni abajo y no debe decirse, como no sea figuradamente que los cielos están en lo alto y el infierno en lo bajo. En segundo lugar, es también lenguaje metafórico suponer esos sitios como lugares cerrados y circunscritos. Y además las penas y los goces del alma no pueden ser materiales, porque el alma no es materia.

Si se pretende dar con ese lenguaje y esas comparaciones, con los tormentos del fuego, una idea de los grandes sufrimientos del espíritu después de su separación del cuerpo, será una manera tosca de dar a comprender el estado moral de las almas que no hayan cumplido con la ley divina, y aun así no se llegará a decir bastante lo que deben ser esas penas de la conciencia. Pero querer sostener la realidad de esos tormentos materiales, de esas calderas y alquitranes, y de azufre y plomo derretidos, es una majadería, señor Benito y le diré a Ud. lo que decía un filósofo de esos a quienes excomulga la Corte romana «cuando yo vea a dos curas que hablando solos de estas cosas no se rían, entonces creeré en ellas».

La inteligencia como la materia siguen el impulso de las leyes que las rigen. Así como a la glotonería y a la intemperancia siguen las indigestiones y las enfermedades. Así también a la ignorancia, a los vicios, a la falta de caridad, a no haber cultivado el bien, en una palabra, a no haber cultivado el espíritu por la instrucción y la virtud, siguen los sufrimientos de la conciencia, las penas del alma cuando esta se ha separado del cuerpo, porque los efectos de la instrucción y de la virtud no son para el cuerpo sino para el alma, que sigue poseyendo lo que adquirió en la vida corporal.

El alma es perfectible y Dios no ha de negarle que despegue, mientras no la redujera a la nada, las facultades de que le ha dotado

para que adquiriera su perfección. Pero la Iglesia romana se ha formado un Dios a su manera, atribuyéndole todas las pasiones de los hombres y ha creído que lo natural en Dios era que castigara al malo eternamente. La razón no permite hoy al hombre discurrir tan torpemente y con esa impiedad; y las palabras de Jesucristo han sido mal interpretadas. Lo que se deduce de ellas y de toda su doctrina es que el hombre que acude a Dios es perdonado, porque si grande ha sido su falta, más grande es perdonar. El que se opone pertinazmente a la ley de Dios, estará en la situación de su pertinacia; mas cuando a Dios acuda Dios lo perdonará. Lo que Dios perdona es al alma, no al cuerpo; luego cuando el alma acuda a Dios, hágalo cuando está unida al cuerpo o cuando esté ya separada, Dios no la desamparará. Cuando llega la muerte, el alma es la misma que antes, solo le falta el instrumento de sus manifestaciones materiales. El hombre muere, el alma sigue. La pertinacia a que se refieren las palabras de Jesucristo, aluden pues al alma. Creer que Dios no fuera misericordioso con el alma más que durante un periodo de treinta, cuarenta o cien años, es un absurdo y una impiedad. ¿Qué significa la vida del hombre comparada con la eternidad? Es menos que un momento en la vida. ¿Qué diríais del hombre que no perdona al que le pidiese perdón de las ofensas que le hubiese hecho? ¿Qué diríamos de Dios si fuese tan cruel y vengativo como le pinta la iglesia romana?

Los sufrimientos del espíritu en su estado libre no pueden ser arbitrarios, ni Dios ha de estarse ocupando como un juez de la Tierra de lo que cada uno ha hecho bueno o malo, sino que están sujetos a leyes fijas e invariables, y consisten en los remordimientos de la conciencia por el mal que se ha hecho y el bien que se ha dejado de hacer, en la desesperación que se apodera del alma al reconocerse desgraciada cuando ve que no ha llegado a la felicidad moral, a la paz,

a los goces de los que han sido buenos; y duraran el tiempo necesario para expiar las faltas y para andar otra vez el camino con mejores pasos. La alegoría de un infierno de fuego no es más que un lenguaje para expresar por comparación la intensidad de esos sufrimientos, por ser el fuego, o creerlo así los hombres, el tipo más cruel de los suplicios. Si hubiese espíritus eternamente malos, sus penas serian eternas; pero Dios no ha creado almas destinadas permanentemente al mal, sino todas perfectibles con sujeción a su libre albedrío, y por lo tanto han de perfeccionarse más o menos pronto según su voluntad. Esa voluntad podrá ser tardía, pero tarde o temprano se cumplirá la ley que rige el mundo espiritual.

Por lo que llevamos dicho se infiere lo absurdo y monstruoso que es admitir las penas eternas, como el considerarlas de una manera material. Como la Iglesia romana acostumbraba a quemar los hombres en vida, ha querido seguir achicharrándolos después de la muerte; y como los caracteres de su temperamento son la crueldad, la ira, y la venganza, quiere que Dios tenga también estos atributos.

Que los pueblos en épocas de ignorancia hayan atribuido al Ser Supremo las mismas pasiones de los hombres, puede ser disculpable; pero en pleno siglo XIX, y en la sociedad cristiana cuyo Dios es todo amor, caridad, misericordia, que manda a todos el olvido y perdón de las ofensas, es un pensamiento blasfemo hacia la justicia y la bondad divina. ¿Cómo no había de tener Dios las cualidades que exige a sus criaturas? Hay una notable contradicción entre la bondad infinita y la venganza infinita.

Esa doctrina de la eternidad de las penas ha sido en todos tiempos un manantial fecundo de incredulidad, de ateísmo o de indiferencia, pues desde el momento que el espíritu comienza a desplegar su

razón, rechaza esa monstruosa injusticia de castigar eternamente a tormentos terribles a los que se han separado del objeto de la creación, y envuelven en la misma duda y en la misma incredulidad las penas eternas y al Dios a quien se atribuyen.

Ni los concilios, ni los Padres de la Iglesia se han atrevido nunca a pronunciarse formalmente sobre esta grave cuestión, y los teólogos más ilustrados opinan que la palabra *eterno* es figurada, tomada en el sentido que vulgarmente tiene cuando se quiere expresar una larga duración cuyo término no se prevé, y que no quiere decir penas perpetuas hasta lo infinito. El castigo, ya lo hemos dicho, es el sufrimiento del espíritu por sus extravíos, es el dolor moral, necesario para conocer las consecuencias de las faltas y aprender en la experiencia propia a obedecer las leyes del mundo de la inteligencia; es el estímulo que mueve al alma por las amargas que sufre al replegarse sobre sí misma y volver al camino de la salvación.

Sostener la eternidad de las penas por faltas que no son eternas, puesto que las almas tarde o temprano han de arrepentirse y desear seguir otra vía, es negar la razón de ser de esas penas. Con esa mitología pagana ha hecho Roma más incrédulos que todos los libros que ella anatematiza por heréticos. Con la pena relativa y temporal todo está justificado y desaparece esa monstruosidad de un Dios vengativo e implacable. En esta cuestión como en otras muchas, o la Iglesia modifica la interpretación de sus dogmas con arreglo a la ilustración que los tiempos han traído para que se cumplan los designios providenciales, o esos dogmas perecerán entre sus propias manos.

Así como es una ley del mundo de los espíritus que se produzca en ellos el sufrimiento moral cuando no han llenado bien su misión

en la Tierra, así, de igual modo y manera, se desenvuelve el goce de la conciencia, esas satisfacciones indefinibles que alcanzan aquellos otros que se han perfeccionado por la virtud y la sabiduría. Los espíritus que a sí mismos se han cultivado en ese sentido comprenden más profundamente la creación, y por lo tanto conocen a Dios mucho mejor que los otros. No son ya susceptibles de odios, de envidias, de venganzas ni de otras bajas pasiones. Unidos entre sí y con su Creador por el lazo del amor gozan de la felicidad suprema; son felices por el bien que han hecho, y estas recompensas son también proporcionadas al grado de perfección que cada uno alcanza. Y como el progreso es ley general de todo lo creado, y los espíritus aspiran a un estado cada vez mejor, siguen realizando nuevos perfeccionamientos que los acercan más a Dios a quien van conociendo y comprendiendo más y más en sus obras. Para adquirir esos perfeccionamientos tiene el alma todo el universo, y por tiempo para realizarlos la eternidad. Pero por mucho que se perfeccione y se acerque a Dios, siempre guardará la distancia que media de la perfección relativa a la perfección absoluta. El cielo y los goces que en él se tienen no se deben considerar como el quietismo del alma dentro de un lugar circunscrito. Considerarlo así sería plagiar los Campos Elíseos de los antiguos; y si bien en sentido poético pueden permitirse las alegorías con que nos describe la Iglesia, en el sentido recto y filosófico no puede entenderse por cielo una localidad cerrada destinada para las almas perfeccionadas, pues el cielo es el espacio universal, los planetas, todos los mundos en definitiva, porque en cualquier parte se está cerca de Dios cuando se han hecho méritos para comprenderle. O ¿es que Dios ocupa un lugar determinado en el universo, y que está más distante de unos sitios que de otros?

No hay pues lugares determinados ni para las penas ni para las recompensas, cada alma lleva en su propia conciencia, por una ley ineludible del espíritu, su infierno o su gloria, sufrimientos o alegrías, tormentos o goces; pero como las almas han sido creadas, absolutamente todas, para la perfección, no hay ninguna que pueda eternizarse en el mal y todas han de llegar, unas con más prontitud que otras, según el uso de su libre albedrío, a la realización de su destino providencial.

Ese tiempo de tormentos durante el cual el alma conoce que hubiera sido mejor obrar bien, haciendo el propósito de rehabilitarse y resarcir el mal que haya hecho, así como la realización de esos propósitos, es en realidad el *purgatorio*; pero sin que se entienda como la Iglesia quiere que lo crea el vulgo ignorante, un lugar también de tormentos físicos, en donde se queman las almas con fuego material, y de donde salen con oraciones compradas en los bazares del clero romano. Las observaciones que hemos hecho antes, son aquí aplicables igualmente. El *purgatorio* no es un lugar a donde van los espíritus, sino un *estado* en que se hallan sufriendo las consecuencias de sus infracciones a la ley moral, como las sufre el cuerpo cuando falta a los preceptos de la higiene; y así como para recobrar la salud el cuerpo necesita dejar sus malos hábitos y volver a la observancia de las reglas higiénicas, así también el alma necesita arrepentirse de sus extravíos y subordinar sus nuevos actos a las leyes eternas del espíritu. El alma siempre es la misma, con cuerpo carnal o sin él, siempre tiene sus facultades esenciales, su conciencia, su libre albedrío y su actividad, y en cualquier tiempo, y en cualquier estado Dios le permite que las ponga en ejercicio para su perfección, rehabilitándose en el espacio, rehabilitándose en nuevas existencias

y en cualquier mundo de los infinitos que están poblados por la humanidad única y universal.

Con que ya ve Ud., señor Benito, que no hay ese Satanás de que Ud. nos habla, ni esos lugares cerrados a donde dice Ud. que van las almas y de los que no pueden salir. Luego la causa de los fenómenos espiritistas, que Ud. no niega, no se producen por la intervención de un ser quimérico. Y siendo la causa de ellos una causa inteligente, no queda otra que, o las almas de los difuntos, o la intervención directa de Dios. Esto último no es admisible, ya Ud. lo ha dicho y yo no lo niego, pues no ha de estar Dios ocupándose en ayudarnos a mover las mesas, hacer escribir a los *médiums* y permitiendo la lucidez al sonámbulo. Aparte de que en todo interviene la Causa primera, todos los fenómenos que se realizan en el Universo tienen leyes a que subordinarse, y los fenómenos espiritistas no forman excepción a esa regla. Desde el momento que se hace ver lo absurdo de la intervención de ese ser mitológico llamado Satanás, debemos creer que las comunicaciones obtenidas en el Espiritismo son una revelación, y cuando en ella se nos presentan verdades que la inteligencia humana no hubiera podido descubrir de otro modo, es preciso dar a esas verdades todo su valor, tanto más cuanto que están de acuerdo con la razón y con la conciencia, y van encaminadas al perfeccionamiento moral de los individuos y de las sociedades.

Aun cuando en todos los tiempos, desde las épocas más remotas, se han observado fenómenos espiritistas, nunca lo fueron con la abundancia de la época presente, ni tampoco fueron estudiados con la detención que lo son ahora, ni la razón del hombre tenía la cultura que hoy tiene para comprenderlos.

Cuando se fijó la observación en ellos hasta el punto de haber merecido la atención de las Corporaciones sabias, buscando su razón de ser, unos en la electricidad acumulada, otros en leyes de la organización, y los fanáticos en el diablo, se llegó a deducir que puesto que se obtenían contestaciones inteligentes la causa debía ser inteligente, y no pudiendo atribuirse a la inteligencia de las personas que provocaban el fenómeno, porque las circunstancias que estos reunían alejaban esa explicación, se interrogó a esa causa invisible para que dijera por quién y cómo se producían esos maravillosos fenómenos. La contestación fue que eran las almas de los difuntos, muchas de las cuales podían comunicarse con los *vivos*.

Desde entonces comenzó una serie de revelaciones hechas a los hombres de alta capacidad y a Sociedades de estudio que por todas partes se organizaron para recoger esa nueva doctrina que entraña una enseñanza científica y religiosa. Por este medio se ha sabido que el *Espiritismo* es la amplificación del Cristianismo, la realización de antiguas profecías y que viene a cumplir una nueva era en la humanidad, en la que tendrá su aplicación práctica a toda la Tierra la ley divina resumida en esta fórmula «*amar a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a ti mismo*». Esa ley no se ha hecho para un solo pueblo ni para una sola raza, ni para una sola religión, sino para la humanidad entera. Jesucristo tuvo la misión de perfeccionar la ley de Moisés, no de destruirla, enseñó que la verdadera vida no está en la Tierra sino en los cielos. Pero, así como Moisés, a pesar que recibió la verdad revelada, acomodó su palabra y estableció prácticas religiosas con arreglo al estado de ignorancia del pueblo que dirigía, del mismo modo Jesús empleó el lenguaje que podían comprender los hombres de su época, limitándose en muchas cosas a sembrar gérmenes de verdades, que él mismo declaró a sus discípulos no se

hallaban en estado de comprenderlas. Para entender su verdadero sentido era necesario que vinieran a dar la clave nuevas ideas y nuevos conocimientos con un grado más avanzado de madurez en el espíritu humano, había pues que esperar a que la ciencia hubiere progresado.

«La religión y la ciencia —dice Allan Kardec, en su libro titulado *El Evangelio Según el Espiritismo*— son las dos palancas de la inteligencia humana; la una revela las leyes del mundo moral, y la otra descubre las del mundo material; pero unas y otras tienen el mismo principio, que es Dios y por lo tanto no pueden contradecirse. Cuando la una aparezca como negación de la otra, la religión o la ciencia están en el error. Pero ese antagonismo que se ha creído ver en ellas proviene de la falta de observación y del exclusivismo con que se estudian dos órdenes de ideas; de donde ha nacido un conflicto que ha engendrado la incredulidad en una parte y la intolerancia en la otra.

»Han llegado los tiempos en que la enseñanza de Cristo reciba su complemento, dejando la ciencia de ser exclusivamente materialista y aceptando el elemento espiritual, y en que a su vez la religión deje de rechazar las leyes orgánicas e inmutables de la materia, apoyándose la una en la otra, para que la religión no sea desmentida a cada paso. Hasta hoy no han podido entenderse, marchando cada una por su lado y rechazándose. Era preciso llenar el vacío que las separa, buscar el lazo que las una fuertemente, y ese lazo es el conocimiento de las leyes que rigen el mundo invisible y sus relaciones con el mundo visible, leyes tan inmutables como las que arreglan el movimiento de los astros y la existencia de los seres. Demostrada por la experiencia esas relaciones, la fe deja de ser ciega

y se dirige a la razón, la cual nada encuentra ilógico en la fe, y el materialismo está vencido.

»En este momento se está operando una revolución moral que trabaja todos los espíritus y después de haberse estado elaborando durante dieciocho siglos toca ya a su término para marcar una nueva era a la humanidad. Fácil es prever sus consecuencias en las realizaciones sociales, y nadie se opondrá con éxito a ellas, porque son los designios de Dios como una evolución de la ley del progreso.

»El Espiritismo es esa ciencia nueva que viene a revelar a los hombres con pruebas irrecusables la existencia y la naturaleza del mundo invisible y sus relaciones con el mundo visible manifestándosenos, no como una cosa sobrenatural, sino como una de las fuerzas vivas e incesantemente activas de la naturaleza, como la fuente de una multitud de fenómenos que no se habían comprendido y estaban por esa razón relegados al demonio de lo fantástico. A esas relaciones es a las que aludía Jesús en muchos de sus pasajes, que quedaron ininteligibles y han sido falsamente interpretados. La ley del antiguo testamento estuvo personificada en Moisés; la ley del nuevo testamento en Jesucristo; y el *Espiritismo* es la tercera revelación, no personificada ya en un individuo, sino señalada por los *espíritus* en todos los puntos de la Tierra por un gran número de intermediarios, viniendo a constituir hasta cierto punto un ser colectivo, comprendiendo el conjunto de seres del mundo invisible, que vienen a suministrar sus luces a los hombres para hacerles conocer ese mundo y la suerte que les aguarda en él.

»El Espiritismo es de orden divino, y estaba anunciado por el mismo Jesucristo, como lo han presentado muchos genios en todas las épocas, entre ellos S. Agustín, quien decía en sus *Confesiones*, con

motivo de la muerte de su madre: “*estoy convencido que mi madre volverá a visitarme y a darme consejos, revelándome lo que nos espera en la vida futura*».

No entro, señor Benito, en las citas que pudiera hacer a Ud. para probarle que la aparición del Espiritismo y las muchas verdades que ha venido a revelar se encuentran predichas en la doctrina de Jesús, la cual no ha sabido comprender ni interpretar la Iglesia romana. Como Ud., ni su sabihondo D. Gerónimo han tocado este asunto, no hay para que yo me ocupe de él, y le recomiendo la obra antes citada, *El Evangelio Según el Espiritismo*, así como *La Génesis* del mismo autor, y en ellas verá que en esta doctrina tan ridícula y tan supersticiosa como Ud. la supone, lo de menos son esos fenómenos físicos que le contó a Ud. su *Salsete*, pues lo esencial es la nueva filosofía espiritualista que entraña, en la que se resuelven las más arduas cuestiones que hasta ahora no habían tenido solución, a pesar de los gigantescos esfuerzos de los más sabios psicólogos, oponiendo un dique al panteísmo y al materialismo que se iban apoderando de la conciencia humana, por la insuficiencia de las soluciones de espiritualismo anteriores a las formuladas por la filosofía espiritista.

Entraña además una nueva ciencia de la materia, armonizada con la Ciencia del Espíritu, mediante la cual se explican también multitud de fenómenos del orden orgánico e inorgánico, que no tenían explicación posible sino acudiendo a hipótesis más especiosas que sólidas. Y por último funda una nueva religión, he dicho mal, expone el Cristianismo en toda su pureza primitiva, le despoja de todas las falsas interpretaciones que han hecho de él así la Iglesia romana como las disidentes, y da su genuina significación a puntos que no habían sido bien comprendidos porque no era tiempo de que lo fuesen.

Tal es el *Espiritismo*, señores actores del sainete de Benito; y ahora vamos a ocuparnos de ese *periespíritu*, de esa cáscara o pericarpio que tanto les ha dado a ustedes que hacer y tanto les ha hecho reír. Presumo, sin embargo, que no han de comprender algo de lo que he de decirles sobre este particular, pues la verdad es que no han dado en su folleto muchas pruebas, que digamos, de estar a toda la altura de la ciencia moderna, especialmente de la *Astronomía trascendental* como de la ciencia del *Ser* que tan necesarias son para que el entendimiento se halle preparado a recibir ciertas verdades del *Espiritismo*.

En primer lugar, siendo cierto que se provocan movimientos de objetos inanimados, y que se obtienen contestaciones escritas cuando a esos objetos se pone un lapicero en condiciones para que pueda trazar caracteres, así como también se logran comunicaciones sorprendentes por el intermedio de personas que tienen la facultad medianímica, las cuales escriben automáticamente sobre asuntos que les son desconocidos; y convenidos como lo estamos en que esos fenómenos son el producto de una causa inteligente, se ha preguntado con repetición en todos los países y en todos los círculos donde se ha estudiado el *Espiritismo* acerca de la causa que movía los objetos y que hacía escribir a los médiums. Tenemos demostrado que no es el diablo, ni este personaje es otra cosa que un mito. Hay pues que recibir las comunicaciones que se obtienen como el producto de una inteligencia que no es la nuestra, sino que está fuera de nosotros; son por lo tanto una revelación, y en su virtud la demostración de las verdades que así se adquieren consiste en la efectividad de los fenómenos y en el convencimiento de que la causa de ellos es inteligente y no está en nosotros. De este modo el *Espiritismo* ha venido a completar las ciencias biológicas y psíquicas,

dando solución a multitud de cuestiones que estaban sin resolver, y así es como se ha sabido que el espíritu tiene siempre a su disposición una materia fluidica, mediante la cual se pone en comunicación con la materia ponderable. Decir que es una quimera el periespíritu porque no podemos verlo ni tocarlo no es en realidad un argumento serio. Tampoco impresiona a los sentidos el alma, y creemos en su existencia como creemos en la de Dios, aunque no sean seres visibles ni tangibles. La noción del periespíritu, presentida en todas las épocas por algunos grandes pensadores, como han latido en la conciencia de la humanidad tantas otras que más tarde han tenido un desarrollo cabal, es una noción revelada; y desde el momento que tenemos la evidencia de que las comunicaciones espiritistas son el producto de una causa inteligente extraña a nosotros mismos, no podemos menos de creer en la verdad de lo que se nos comunica, con tanto más motivo cuanto que esas opciones así adquiridas abren un vasto horizonte a la razón y pueden con ellas ensanchar notablemente la esfera de la ciencia.

Los que siguen los progresos intelectuales, que no son otra cosa sino manifestaciones del *Ser absoluto*, a pesar de los anatemas de la Corte de Roma que maldice la razón humana, chispa divina que Dios puso en el espíritu del hombre para que le estudiara y comprendiera en sus obras, los que siguen, repito, la evolución de la ciencia saben que todos los cuerpos grandes y pequeños no son más que metamorfosis de la materia elemental primitiva, llamada *coetica*, *cósmica* o *fluido cósmico* universal, y que en este último estado es imponderable. Cada uno de esos estados de la materia tiene sus fenómenos especiales. Los del estado ponderable son materiales o físicos. Los del estado de eterización se ligan más a la vida del espíritu. Y el hombre en el estado de encarnación no puede tener la

percepción más que de los fenómenos físicos, pues los que son del dominio de la vida espiritual escapan a los sentidos materiales. Así como en la forma ponderable de la materia hay multitud de gradaciones en ella, así también en la forma etérea hay una serie que la aproxima o la aleja de su pureza absoluta o de su primera modificación ponderable; y de aquí la existencia de varios fluidos, por más que todos sean modificaciones de uno solo. Y del mismo modo que los medios materiales sirven para la vida corporal, esos medios fluídicos sirven para la vida espiritual.

La revelación espiritista enseña de acuerdo con la ciencia que esos fluidos son de gran importancia en el universo, tanto que se les ha llamado dinamias o fuerzas, estableciendo así una diferencia radical entre ellos y la materia ponderable. Esa misma revelación enseña que el espíritu condensa a su alrededor algo de ese fluido para estar en relaciones con el mundo material tangible, formándose su periespíritu (aun cuando la frase no es todo lo exacta que debiera) de modo que según la perfección del alma así tiene más o menos poder para condensar esa materia, la cual es diferente según los mundos y los medios en que los espíritus viven.

La naturaleza del envoltorio fluídico está en relación con el grado de progreso del espíritu, y de aquí que los espíritus inferiores no pueden cambiar ese fluido ni modificarlo, como lo hacen los que ya están más avanzados; y cuyos fenómenos de unos y de otros son siempre la emanación de las leyes que rigen el elemento espiritual, tan constitutivo y esencial en el universo como el mundo material, y como éste sujeto a leyes fijas e invariables. La constitución pues del periespíritu no es idéntica en todos los espíritus desencarnados o encarnados, y se modifica con arreglo a su progreso moral. Los medios están siempre en relación con los seres que han de vivir en

ellos. Los peces respiran en el agua, los animales terrestres viven bien en el aire, y del mismo modo el fluido etéreo es para los espíritus lo que la atmósfera es para los seres que la respiran. Y de igual manera que los peces no pueden vivir en el aire, ni los animales de pulmones completo dentro del agua, los espíritus poco avanzados no pueden soportar la viveza de los fluidos más etéreos, y se establece una repulsión que los aleja de atmósferas más espiritualizadas.

Hay en esto una gran semejanza con lo que sucede en la vida corporal con los hombres. Los ignorantes se aterrorizan de los adelantos de las ciencias y se espeluznan ante un portentoso descubrimiento o ante una sublime concepción del genio; y si tiene el ridículo privilegio de vestirse de negro y por la cabeza, lanzan su *anatema* contra la razón y contra el invento. Lo cual hace pensar que esa parte del género humano lo constituye un número de espíritus atrasados, que empiezan su carrera en la vida, o que se han estacionado en la vía del progreso, y es un castigo o una expiación por infracciones que han cometido. Para cambiar de medio hay que cambiar de naturaleza, es decir que los espíritus necesitan despojarse de sus instintos malos y groseros, y purificarse moralmente para identificarse con un medio más puro.

Todo se liga y encadena en el universo, todo está sometido a la grande y armoniosa ley de la unidad, desde la materialidad más compacta hasta la espiritualidad más pura. Todo está sujeto a leyes eternas, y no se da un fenómeno que esté fuera de esas leyes. Pero no se habían conocido las leyes de los fluidos ni las del espíritu, y por eso los hechos de su dominio o se han negado o se han atribuido a milagros, o bien a la intervención del ser fantástico llamado diablo. Pero la potencia divina resplandece en todas las partes de su grandiosa obra y no necesita para atestiguar su poder perturbar la

creación ni sus leyes. Los llamados milagros, muchos de los cuales admitimos, aun cuando haya un gran número de farsa por conveniencia de los que se han erigido en mediadores entre Dios y los hombres, no son fenómenos contrarios a las leyes naturales, pues no hay nada sobrenatural en el universo, sino que han sido hechos sometidos a leyes aún no conocidas, del dominio de los fluidos y del mundo espiritual.

Es más digno de la grandeza de Dios, se le honra mejor inquiriendo esas leyes, que no presentándole como un mago produciendo fenómenos, a veces dignos de un prestidigitador, al mismo tiempo que se le pone en competencia para estos hechos maravillosos con Satanás. En verdad que nadie ha rebajado tanto la majestad divina y ha sido motivo de incredulidad como la Iglesia romana con sus erróneas enseñanzas y sus patrañas. Hemos llegado a la época en que se va la fe, la fe que está en contra de la razón y del buen sentido, pues la fe en las cosas graves, la fe en Dios y en la inmortalidad permanece viva en el corazón del hombre; y si aparece como sofocada por la mefítica influencia de historias pueriles con que la Iglesia de Roma la ha rodeado, se levanta más fuerte desde que se desprende de esa influencia, como la abatida flor despliega su corola así que recibe sus rayos al sol vivificante. La doctrina espiritista es el sol que aparece en el horizonte para purificar la inteligencia de los elementos nocivos, el materialismo y el romanismo que conducen a los hombres al escepticismo o a la indiferencia.

Todo fenómeno del mundo espiritual es tan natural como los pertenecientes al mundo físico. No hay ni ha habido jamás milagros en el sentido de la realización de hechos contradiciendo las leyes naturales. Hay milagros y prodigios, sí, en el sentido de realizarse

hechos admirables, testificando la sabiduría divina, y en este concepto todo es milagro en la creación. Solamente que se ha querido hallar su relación con leyes del mundo físico, y como no es por ellas por las que se rigen aparecían como en contradicción con esas leyes. Y este es uno de los vacíos que ha venido a llenar el Espiritismo en la ciencia, adquiriendo por revelación el conocimiento de lo que es el periespíritu, de lo que son los fluidos o las formas etéreas de la materia primitiva, la vida del espíritu libre del cuerpo carnal, el modo y tiempo de la unión con este y su separación, su progreso infinito en la eternidad y a través de los mundos. Y por esto es el Espiritismo una ciencia nueva, o un complemento de la ciencia, pues nos ha traído soluciones a difícilísimos problemas que no podían encontrarse por los solos esfuerzos de la razón. Así es que sobre muchas de las verdades que constituyen esta doctrina no se pueden pedir demostraciones de cierto orden, y basta probar la base que, como hemos visto, es indestructible.

Admitidos los fenómenos como una realidad, convenidos en que se obtienen comunicaciones que no son el producto de agentes materiales sino de causas inteligentes, y que esta inteligencia no es la nuestra; y descartada la ridícula explicación de la intervención de Satanás, no queda otro camino que aceptar las comunicaciones espiritistas como procedentes de espíritus que gozan ya la vida libre, y por lo tanto las nociones que así se obtengan son verdades reveladas, tanto menos recusables cuanto que una razón ilustrada las encuentra en armonía con lo ya conocido de las ciencias, y advierte que viene a ser su complemento. De suerte que la fe espiritista es una fe razonada y no una fe ciega como la que exige de los hombres el romanismo.

Esas revelaciones han enseñado también el modo de cerciorarse de si la comunicación procede de un espíritu superior, de una inteligencia avanzada, o si la hace un espíritu atrasado.

Los fluidos cósmicos son pues la atmósfera y el elemento de los espíritus, y de ella toman los elementos para sus actos, realizándose fenómenos especiales en esos medios ambientes suyos, perceptibles para el espíritu y que escapan a los sentidos del cuerpo carnal. Dichos fluidos son el vehículo del pensamiento como el aire es el vehículo del sonido. Y no es, señor Benito, que los espíritus manipulen los fluidos etéreos como el hombre maneja los gases, los líquidos y los sólidos de la Tierra, sino que les basta su pensamiento, su voluntad y su actividad esencial, porque estas facultades son al alma lo que los miembros son al cuerpo. Así que con el pensamiento les imprimen dirección, los aglomeran, los condensan, los dilatan, les dan una forma y un color determinados, cambian su modo de ser físico y químico, y se sirven de ellos para ponerse en contacto con la materia tangible, para hacer que entre en movimiento un objeto inanimado, que una persona trace inconscientemente caracteres, frases, períodos y discursos, para ostentarse a veces visible, para realizar esas apariciones que Ud. no niega y que el Espiritismo admite, sin achacar el fenómeno a milagro, pues lejos de eso no ve otra cosa que un hecho natural supeditado a las leyes que rigen el mundo de los espíritus y el fluido cósmico universal. Por este medio y con sujeción a esas leyes le basta a un espíritu pensar y querer darse a conocer a una persona bajo la apariencia de cuando vivía, y se muestra en efecto con sus rasgos fisionómicos, y todos los caracteres que tuvo en su vida carnal. Este fenómeno se ha repetido muchas veces y se le observa con frecuencia en los estudios que se hacen del Magnetismo aplicado al Espiritismo.

Cuando ustedes no niegan estos hechos los clasifican de milagros y se satisfacen. Nosotros sabemos explicarlos; las revelaciones espiritistas nos dan la teoría, y creemos no faltar a Dios ni a la religión admitiendo esa teoría e investigando la causa y el modo y manera de realizarse tales fenómenos, pues no porque la razón alcance a conocer el mecanismo dejan de ser grandiosos y un testimonio de la infinita sabiduría del Creador. Ustedes piensan que se hacen agradables a Él con solo abrir la boca y los ojos espantados en presencia de las maravillas que nos ofrece por doquiera, condenando al quietismo su razón y maldiciendo al que la ejercita. Nosotros pensamos que la razón nos la ha dado para estudiar sus obras, y que nos hacemos dignos de su amor penetrando cuanto podamos en los misterios de su creación, libro abierto siempre a la inteligencia humana, y en cuyas páginas van leyendo las generaciones que se suceden unas a otras en la extensa vida de la humanidad. Lectura que se hace bien paulatinamente según el deseo de las inteligencias llamadas a vivir la vida del progreso, y con demasiada rapidez según la aspiración y los intereses de la oligarquía clerical, ya porque ese gran libro está escrito en jeroglíficos que no entiende, ya porque a veces no tiene cuenta que haya quien los descifre.

El espíritu crea pues objetos fluídicamente por su pensamiento y su voluntad, y se puede aparecer uno con el aspecto carnal que tuvo, de sus vestidos, etc. etc.; y del mismo modo y por un efecto análogo su existencia es tan fugaz como el pensamiento mismo. Siendo esos fluidos cósmicos el vehículo del pensamiento, y pudiendo este modificar sus propiedades, es evidente que los pensamientos buenos o malos han de influir en sus propiedades, han de impregnarse, digámoslo así, de la pureza o impureza de los sentimientos. Los fluidos que rodean o que proyectan los malos espíritus están

viciados, mientras que los que reciben la influencia de los buenos espíritus llevan caracteres de la perfección moral que los hace vibrar. Si los fluidos ambientales se modifican por la proyección de los pensamientos del espíritu, su envoltorio periespiritual, que es parte constitutiva de su ser, y recibe de un modo permanente la impresión de sus pensamientos, debe con más razón participar de sus buenas o malas cualidades, y se modificara conforme varíen los pensamientos y sentimientos en el espíritu.

Al encarnarse el espíritu conserva el periespíritu con sus cualidades propias, y esa unión no debe entenderse como que el espíritu y su envoltorio fluídico están circunscritos por el cuerpo, sino que lo penetran a este por irradiación, como el calórico penetra los cuerpos, y le forman una atmósfera fluídica, que los sonámbulos ven en sus magnetizadores. El periespíritu tiene una influencia grande en el organismo, pues él es el punto inicial de las evoluciones de la materia para organizarse, y durante la vida carnal se puede poner por su expansión y dilatabilidad en relación con espíritus libres, como sucede en ocasiones durante el sueño natural y mucho más en el sueño magnético.

El pensamiento se transmite de espíritu a espíritu por el vehículo de los fluidos, de los que el mismo periespíritu está formado. Por lo tanto, se asimila dichos fluidos, que tienen sobre él una acción tanto más directa cuanto que por su irradiación y su expansión se confunde con ellos. Así como los fluidos obran sobre el periespíritu, este reacciona a su vez sobre el organismo material con el que está en contacto molecular. Si los efluvios son de buena naturaleza, el cuerpo siente una impresión saludable, si son malos experimenta una impresión penosa, que puede llegar hasta producir desordenes físicos si la influencia es permanente y enérgica. Los sitios o medios

donde abundan los malos espíritus están impregnados de malos fluidos, que influyen moleestamente y de un modo nocivo sobre el periespíritu de los vivos, perturbando su moral y su físico. Ni más ni menos que cuando uno se mete entre neos y carlistas, se siente uno asfixiar con la atmósfera mefítica que forman con sus venenosos efluvios. Estas influencias y estas acciones y reacciones entre los fluidos y los espíritus, se desenvuelven lo mismo en el mundo espiritual, que durante la vida del cuerpo material.

Las reuniones de los hombres, las asambleas, los clubs, etc., son focos de irradiación de pensamientos diversos, que llegan al espíritu de cada uno de los concurrentes, como los sonidos nos llegan por el aire. Si esos pensamientos nos son armónicos y simpáticos, sentimos una impresión agradable. Si no nos llegan ondulaciones fluidicas armónicas a nuestros sentimientos, la impresión nos es molesta, y a veces no es necesario que la palabra nos comunique los pensamientos de una reunión. Hay sitios en los que experimentamos disgusto con solo entrar en ellos, por efecto de los malos pensamientos de los concurrentes que están formando una atmósfera moral asfixiante para los que están habituados a fluidos más puros. Tal sucede a los que viven en la diáfana atmósfera de la libertad y del progreso cuando entran en un club de hombres que vienen dos siglos rezagados en la senda que la humanidad recorre, y predicen tanto error, tanto absurdo, y hasta crímenes en vez de fomentar la caridad y la ciencia que hoy deben ser el alma de las sociedades. El pensamiento produce, pues, un efecto físico que reacciona sobre lo moral, y que solo el Espiritismo explica satisfactoriamente. Esos fenómenos, como otros muchos de su género, se explicaban con decir que eran dependientes de nuestras simpatías o antipatías, lo cual no era más que dar un nombre bonito

al hecho, dejándonos en la ignorancia de lo que eran esas simpatías y el mecanismo de su producción.

Así como también se da razón con esta doctrina de los sueños, del sonambulismo natural y patológico y del artificial o provocado. Muchas veces los fenómenos maravillosos que el hombre observa los toma como obra de la superchería y no cree en su realidad porque no encuentra la ley que los rige; o bien si la evidencia es tanta que impide negar los hechos, acude para explicarlos a hipótesis que suelen no satisfacer la razón, y por lo tanto mantienen la incredulidad de los que los estudian en la historia y no buscan su convencimiento en la repetición de estos hechos, o bien se acude a lo sobrenatural y a la intervención del diablo, cuando se tiene una inteligencia endeble y no muy provista de conocimientos.

Vea Ud. señor Benito, como la admisión del periespíritu, que en nada se opone al dogma católico ni aun siquiera está negado por el *hombre infalible* que dirige la orquesta en la ópera bufa que los *bonzos* del romanismo vienen representando hace siglos, establece una teoría que la razón admite sin violencia, mediante la cual se esparce una gran luz sobre la esencia de la vida, sobre ese principio vital negado por unos, admitido por muchos, pero sobre el que se ha divagado hasta lo sumo por las diversas escuelas médicas y filosóficas de todas las épocas.

El periespíritu es, en efecto, el lazo de unión entre la vida corporal y la vida espiritual. Por él se realizan en el hombre fenómenos especiales que no tienen su causa en la materia tangible. La inspiración, los presentimientos, la vista espiritual o psíquica que tienen muchas personas, son la consecuencia de la irradiación de ese periespíritu por la atmósfera de los fluidos etéreos y su comunicación

con los espíritus. Es pues el periespíritu el órgano sensitivo del espíritu, y por su intermedio tiene la percepción de las cosas espirituales que escapan a la vista, al oído y a los demás sentidos orgánicos, localizados y limitados a la recepción de cosas materiales, mientras que el espíritu ve, siente y entiende por todo su ser lo que está en la esfera de la irradiación de su fluido periespiritual. Por su medio el alma lleva su acción fuera del organismo, como sucede en la visión sonambúlica, en la que no se ve a través de los ojos del cuerpo, sino con los del espíritu y por intermedio del periespíritu que toca los objetos y lleva al alma la noción clara de ellos. En el éxtasis, y muchas veces en el sueño, hay una emancipación del espíritu, cuyo estado le aproxima a la vida que ha de tener después de la muerte del cuerpo. En esos momentos antes citados el cuerpo sigue su vida vegetativa, y el alma goza la vida espiritual, continuando ligada al cuerpo por el periespíritu, y es cuando le abandona definitivamente, que sobreviene la muerte.

Y vea Ud. Como hemos llegado a sentar la base de una doctrina opuesta a la sustentada en su folleto sobre algunas cuestiones psicológicas. Según el Espiritismo, la vida normal del alma es la vida libre o desencarnada, y la vida carnal no es sino un accidente para realizar un progreso, mientras que el folletista Benito asegura que la vida natural del espíritu está en su unión con el cuerpo, y que sin él no puede conocer nada de lo que pasa en este mundo sensible, porque después de salir del cuerpo, el alma entiende a la manera de los espíritus, que no pueden percibir el mundo material sino por intermedio de los sentidos. Y, sin embargo, ustedes aseguran que se quema con fuego material en los infiernos y en el purgatorio, de cuyo último lugar salen con los responsos, las misas, y las bulas que se

compran en los bazares del romanismo, cuyas preces y cuyas bulas conocen, oyen y leen, aun cuando no tienen oídos ni ojos, ni lengua.

Deseche Ud. la doctrina espiritista, y no hay manera de explicar las relaciones entre el mundo visible y el mundo invisible. Ciertamente que la visión no la hacen los espíritus a favor de los ojos de materia orgánica, ni oyen mediante las ondas sonoras del aire; pero argumentar de este modo es suponer que todo está supeditado a las leyes físicas que rigen la materia ponderable en la Tierra.

Está la luz que podemos llamar material; y la luz etérea; la primera tiene focos circunscritos en los cuerpos luminosos, y su modo de ser es adecuado para impresionar los sentidos corporales; la segunda tiene su foco en todas partes, y su modo de ser es armónico y apropiado para que los espíritus perciban los objetos del mundo material. Por esta razón no hay obstáculos para la visión espiritual, y en el sueño, a veces, el espíritu ve personas y lugares, lo mismo que hace el sonámbulo, porque para el alma en esos estados de semi emancipación no hay cuerpos opacos, ni oscuridad, pues el mundo espiritual está iluminado por la luz también espiritual o fluídica, si se prefiere mejor este último nombre, y tiene sus efectos propios, que no se supeditan a las leyes del lumínico de la física ni de la visión orgánica. La vista a distancia, que el autor del folleto no niega, en los casos de sonambulismo magnético o natural, o bien en la oscuridad más profunda y con los ojos cerrados, se explica perfectamente con esta doctrina, más de acuerdo con la razón que la explicación tonta de la intervención del diablo.

El espíritu después de separado del cuerpo, entiende a la manera de los espíritus. Esto es una verdad; pero no lo es la afirmación de D. Gerónimo, de que no pueda percibir nada del mundo material sino

por el intermedio de los sentidos corporales. Desconociendo la teoría de los fluidos es como se puede creer lo que dice el folletista; pero basta recordar lo que sucede en el sonambulismo natural para convencerse de que el espíritu tiene percepciones de objetos sin que le lleguen por los sentidos corporales.

Citamos el sonambulismo natural, porque es un fenómeno bastante común, y apenas habrá personas que no hayan presenciado o tenido noticias de esos sujetos que se levantan y hacen una porción de cosas propias de la vigilia, sin que sea un obstáculo para ellos la falta de luz. Supongo que D. Gerónimo tendrá noticia de uno de estos casos muy notables, ocurrido con un joven sacerdote del seminario de Burdeos, atestiguado por multitud de personas, entre ellas por el Arzobispo que fue a presenciar algunas noches los extraordinarios fenómenos que ofrecía el sonámbulo seminarista. Se levantaba de noche dormido y se sentaba a su mesa a estudiar y a escribir, componiendo sermones tan bien o mejor que lo hubiera hecho despierto. Si necesitaba consultar algún libro, lo buscaba y registraba para tomar las notas que le hacían falta. Cuando ya tenía escritas algunas cuartillas las leía en voz alta, corregía las erratas que encontraba, así de letras como de conceptos, tachaba lo que no le parecía bien, y ponía entre líneas las correcciones. Varias de las noches que le observaron le ponían sin que él se despertara, un gran cartón entre su cara y el papel en que estaba escribiendo, lo cual no era obstáculo alguno, porque seguía con la misma agilidad entregado a su ocupación y a su estudio sonambúlico. A este joven no le impresionaba la luz física, no veía los objetos a través de las pupilas, pero su espíritu los percibía. Desechad la teoría de los fluidos y del periespíritu, y no tienen explicación satisfactoria esos curiosos fenómenos.

«El compuesto llamado hombre –dice el profundo filósofo D. Gerónimo– es un Ser más perfecto que el alma sola, porque puede todo lo que puede el alma, entender, discurrir y querer, y además otras que el alma sola no puede hacer, como sentir, vegetar y moverse».

Mire D. Gerónimo, que se desliza Ud. mucho, y van a tomar acta de sus palabras los devotos timoratos, que con razón podrán decir: pues si el alma no puede sentir sino cuando está unida al cuerpo, poco nos importan las calderas de Pedro Botero ni las llamas del purgatorio; y si esta idea cunde entre los *paganos*, van a sufrir un quebranto los fondos destinados a conceder licencia y pasaporte por los curas para que las almas se trasladen desde el purgatorio al cielo. ¡Qué torpeza la nuestra! Estábamos en la persuasión de que el cuerpo no era más que el conductor de las impresiones, y que el alma era la que sentía. Pensábamos que solo los materialistas sostenían lo contrario y ahora vemos que un espiritualista tan sabio como D. Gerónimo, niega al alma la facultad de sentir. Tampoco habíamos caído en la cuenta de que la mayor perfección consiste en la suma de cosas que se ejecutan, y por lo tanto no pudiendo el alma sola hacer más que entender, discurrir y querer, el compuesto llamado hombre es más perfecto, porque puede moverse, sentir y vegetar, y por lo tanto comer, digerir y ... Solo a D. Gerónimo se le podían ocurrir tan peregrinas ideas.

También niega al alma el movimiento. Entonces ¿Cómo van al cielo, al purgatorio o al infierno? Porque para esos viajes, aun cuando no se necesite alforjas, habrá menester algún vehículo, siquiera sea tren de 3^{ra}, toda vez que las almas no pueden moverse.

No sea Ud. cernícalo, hombre, pues el alma sin el cuerpo tiene toda la perfección que le es propia por su esencia, y además la que haya adquirido durante su unión con el cuerpo, que para eso el espíritu vive la vida carnal, por más que algunos la hayan pasado sin ganar una línea en el camino del progreso que todos deben recorrer. Y no solo entiende, discurre y quiere, como Ud. dice, sino que también tiene conciencia y por lo tanto siente, o, en otros términos, su actividad se manifiesta por el sentimiento, por el movimiento, por la voluntad y el pensamiento.

«La vida –decía el célebre químico Humphry Davy– se debe a la presencia del alma. Jamás podré creer que división, ni tenuidad, ni sutilización, ni yuxtaposición, ni combinación alguna de las partículas de la materia, puedan crear la sensibilidad, ni menos que la inteligencia puede ser resultado de combinaciones de átomos insensibles e inertes. El alma nada tiene de común con el espacio, y en sus transiciones, es independiente del tiempo, de suerte que puede pasar de una a otra parte del universo, merced a leyes enteramente extrañas al movimiento».

Flammarion dice a este mismo propósito:

«El alma es de naturaleza trascendental e independiente de las condiciones de la materia, del espacio y del tiempo: es por lo tanto absurdo preguntar en qué lugar existe un espíritu, porque desde el momento en que a ese espíritu se le encadena o se liga a lugar determinado, se le impone una extensión. Así que el espíritu no existe en lugar determinado; sino que obra en sitio determinado. El alma, después de la muerte no necesita transportarse a otra parte, porque ella no está en ninguna, es indiferente a todos los lugares, y en consecuencia si pluguiese a Dios establecer después de mi muerte

un nuevo lazo entre mi alma y un cuerpo organizado en la luna, desde aquel momento estaría y sería en la luna, sin haber hecho viaje alguno, y aun si en este mismo instante Dios concediera a mi alma poder sobre un cuerpo organizado en la luna, estaría y sería igualmente aquí que en aquel astro, sin que en ello mediase la más leve contradicción. Los cuerpos son los únicos que no pueden estar al mismo tiempo en dos lugares. Los espíritus, que por su misma naturaleza ninguna relación tienen con los lugares, no encuentran obstáculo ni barrera para obrar simultáneamente en varios cuerpos, siquiera se hallen situados en lugares muy lejanos; punto de vista bajo el cual puede decirse que el espíritu se halla a la vez en todos esos lugares».

Véase confirmado con las anteriores citas lo que hemos repetido muchas veces, esto es, que los impugnadores del Espiritismo lo combaten porque sus fenómenos no se avienen con las leyes del mundo físico, por no haber comprendido que el espíritu está sometido a otras leyes muy diferentes, tan naturales como las físicas, y por lo tanto lo que procede es aplicarse a estudiarlas antes de meterse a críticos de cosas que se desconocen.

Quedamos pues, señor D. Gerónimo en que la doctrina que Ud. defiende es el materialismo, y pertenece Ud. a la escuela sensualista de Condillac. Ya habrá Ud. conocido que no es cierto aquello de que el alma sola es menos perfecta que el compuesto llamado hombre, porque el alma sin el cuerpo puede hacer muchas cosas más y mejores que mientras esta unida al cuerpo. Esa unión es en efecto accidental y la toma para adquirir nuevas perfecciones. ¿Cómo puede Ud. creer que la vida carnal sea la normal del alma, y la vida libre o sin cuerpo carnal un accidente? Cuando digo que es Ud. un

sensualista a macha-martillo, es porque a cada paso lo está Ud. manifestando.

Teme Ud. además que si el periespíritu existiese, el hombre conservaría la animalidad, lo mismo después que antes de la muerte. A ese argumento que Ud. pone debo hacer una concesión. Hay en efecto muchos que, aún después de muertos, son tan animales como cuando vivieron. Figúrese Ud. que podrán dar de sí, ni en esta ni en la otra vida, esas almas de cántaro de los escritores de *¡España con Honra!*, y tantas otras del mismo jaez. Necesitan pasar por muchos filtros antes de perder su animalidad tan piramidal.

¿Qué es lo que caracteriza la animalidad sino la parte orgánica? Pues entonces ¿Cómo argumenta Ud. con tamaños desatinos? Si nosotros dijéramos que el periespíritu tenía nervios, músculos, venas arterias, etc. etc., estaría en su lugar la observación de Ud.; pero pensar que es un animal el alma porque tenga una sustancia etérea, no se le ha ocurrido a nadie más que al autor del folleto de cuya impugnación nos ocupamos. Y como el sentimiento y el conocimiento, la percepción y la idea pertenecen al espíritu y no a los órganos, y como además el periespíritu le pone en contacto con la atmósfera fluídica en que vive, la cual envuelve todo el mundo tangible y visible, tiene la percepción de los objetos materiales en un grado superior y con mayor extensión que en la vida carnal porque la organización establece limitaciones a las facultades del espíritu. El mundo material existe para que el elemento espiritual pueda realizar sus evoluciones y adquirir perfeccionamientos; luego sería un concepto muy raquítico pensar que solo en la Tierra y durante el fugaz momento de la existencia carnal, el espíritu está en relación con la materia para desplegar sus facultades y adquirir nuevas perfecciones. Para llenar ese objeto, que es su destino ineludible,

tiene por tiempo la eternidad, y por espacio todo el universo. Era pues necesario para ello que durante todos sus progresos estuviese en relaciones con el mundo material, y que tuviese medios que estableciesen un lazo entre su esencia espiritual y los objetos materiales.

La existencia del principio espiritual es un hecho que no necesita demostración, como no la necesita tampoco el principio material. Si hay efectos inteligentes, hay causa inteligente que los produzca, puesto que no hay efecto sin causa. Y ese elemento espiritual es una consecuencia de la existencia de Dios, porque ¿Cómo concebirle si no hubiera creado más que la materia? Era pues una necesidad la existencia del elemento espiritual en la creación, y no podía menos de estar dotado ese elemento de la perpetuidad. El Espiritismo viene a demostrar con pruebas de hecho la supervivencia de los espíritus, y a combatir por lo tanto al materialismo y al ateísmo. Por esta razón no puede menos de extrañarse que la Iglesia vea un enemigo en el Espiritismo, cuando debiera haberlo acogido como auxiliar ilustrado y provisto de demostraciones irrecusables.

Ese principio espiritual no tiene su origen en el elemento cósmico universal; porque si así fuera sería un modo de ese elemento, como el calórico o la electricidad, y sufriría todas las vicisitudes de la materia. Las cualidades con que se nos manifiesta son para no dudar que el principio espiritual tiene una existencia propia, y cuando ese elemento se individualiza constituye los seres llamados espíritus, como cuando el elemento material se individualiza constituye los cuerpos, ya orgánicos ya inorgánicos.

Admitido el principio espiritual como de existencia propia e independiente de la materia, sobreviene preguntar cuál es su origen

o su punto de partida. He aquí un problema que no se puede todavía resolver sino por hipótesis porque es de aquellos asuntos que Dios no ha revelado aún y que la inteligencia humana no puede poseer sino a favor de conjeturas. Sin embargo, partiendo de la justicia absoluta del Ser Supremo, y a favor de lo poco que sobre esta cuestión han podido manifestar los espíritus que han hecho comunicaciones en los círculos que se dedican al estudio del Espiritismo, se puede establecer que todos los espíritus tienen un mismo punto de partida, como toda la materia le tiene igualmente en la cóctica o en la etérea universal. Que todos los espíritus han sido creados ignorantes, con una igual actitud para progresar por su actividad individual. Que todos llegarán al grado de perfección compatible con la criatura por sus esfuerzos propios. Y que siendo todos hijos de un mismo padre, son objeto de igual solicitud por su parte, porque ninguno está más favorecido que otro ni dispensado del trabajo impuesto a todos para llegar a su destino providencial.

«A la vez que Dios ha creado mundos materiales de toda eternidad, ha creado igualmente de toda eternidad seres espirituales. Sin estos, los mundos materiales no hubiesen tenido objeto. Mejor se conciben seres espirituales sin mundos materiales, que estos sin aquellos. Los mundos materiales suministran a los espíritus elementos de actividad para el desarrollo de su inteligencia; y habiendo creado Dios de toda la eternidad, existiendo una creación permanente y eterna, y siendo el progreso la condición normal de los seres espirituales, y la perfección relativa el objeto a que todos aspiran, han llegado muchos al punto culminante de la escala de su progreso, mientras otros están al principio de ella. Antes de que la Tierra existiese, se habían ya sucedido innumerables mundos en la creación; antes de que hubiera salido del caos de los elementos,

estaba el espacio poblado de mundos habitados por seres espirituales en todos los grados de perfección, desde los que empezaban su carrera en la vida hasta los que habían alcanzado la suma de perfección posible, y llegado a la categoría que designamos con el nombre de ángeles, no porque estos hayan sido una creación especial y privilegiada, sino porque pertenecen a las primeras creaciones» (*La Génesis según el Espiritismo*)

La materia existe para que el espíritu desarrolle sus facultades; por esto el cuerpo es el instrumento del espíritu, y en vez de haber dispuesto Dios unirlo a cuerpos resistentes, como piedras, metales, etc., determinó en su infinita sabiduría que el cuerpo fuese orgánico, flexible y capaz de recibir todas las impulsiones de la voluntad y de prestarse a sus movimientos. Pero a medida que el espíritu adquiere nuevas aptitudes se reviste de un envoltorio apropiado al nuevo género de trabajo que debe realizar, o a las nuevas facultades que va a desplegar.

Como no basta una sola existencia carnal para realizar todos los progresos de que es susceptible el espíritu, como hay muchos que, aun cuando la existencia única fuera suficiente para adquirir la suma perfección, no cumplen ese objeto, a veces por su propia voluntad, y otras por causas ajenas a ella, como sucede a los niños que mueren antes de haber tenido en ejercicio su razón, a los que nacen idiotas, a los que reciben una educación extraviada de la senda de la virtud, a los que pertenecen a razas atrasadas, como los hotentotes, etc., de aquí que el Espiritismo admita las reencarnaciones, o la multiplicidad de existencias corporales, ya en este planeta, ya en otro de los miles de ellos que están habitados.

Desde que un espíritu comienza su evolución, necesita revestir formas corporales apropiadas a su estado de infancia intelectual, envoltorio que cambia a proporción que sus facultades se vigorizan y aumentan, como el cuerpo del niño se modifica y consolida, a proporción que es más vigoroso su espíritu. Y como de toda eternidad han existido mundos en los que se han desarrollado cuerpos organizados y a propósito para recibir espíritus, de todo tiempo también han hallado los espíritus elementos necesarios para su vida carnal, cualquiera que fuese su estado de progreso. El cuerpo sufre las vicisitudes de la materia, y después de haber funcionado algún tiempo se desorganiza y muere; pero el espíritu sigue viviendo y tomando nuevos cuerpos apropiados a su grado de perfección.

El Espiritismo enseña cómo se verifica esa unión, y con ello no se profana el dogma católico. En vez de limitarse a decir «esto es un misterio, y la cosa sucede como Dios quiere que suceda» la nueva ciencia ha venido a descubrir ese misterio y a revelar el mecanismo de esa unión, razonando la teoría. El espíritu por su esencia es un ser indefinido que no puede tener una acción directa sobre la materia. Necesitaba pues un agente intermediario, el periespíritu, que pertenece a la materia por su origen, y al elemento espiritual por su naturaleza etérea. Sin este elemento no se concibe la unión del cuerpo con el espíritu. Cuando este debe encarnarse en un cuerpo en vía de formación, se liga a él por un lazo fluídico, que es la expansión de su periespíritu, y cuyo fenómeno comienza desde la concepción. A medida que el germen se desarrolla, se va consolidando la unión, bajo la influencia del principio vital y del periespíritu, quien, poseyendo propiedades de la materia, se une molécula a molécula con los elementos dinamoideos del embrión, y cuando este ha completado su desarrollo, entonces ya la unión es también íntima y

acabada, y el ser humano aparece a la vida exterior. Por un mecanismo inverso, esa unión del periespíritu y de la materia orgánica, cuando el principio vital deja de obrar, y llega la muerte, la unión, que se sostenía a favor de fuerzas activas desaparece porque falta la acción de esas fuerzas o del principio vital que las resume; y el periespíritu se desprende molécula a molécula, y queda el espíritu libre del cuerpo carnal. Esta separación es a veces rápida, fácil y tranquila, otras laboriosa y lenta, penosa y aun terrible, lo cual depende del estado moral del espíritu, y por lo tanto de su mayor o menor perfección y de su apego a la vida material.

Desde que el espíritu comienza a unirse al embrión, se apodera de él un estado de turbación, que aumenta a medida que la unión se hace más íntima, hasta el punto de perder toda conciencia de sí mismo, y cuando el niño nace empieza a desplegar sus facultades en proporción del estado de los órganos. Aun cuando se borre el recuerdo de su pasado, no pierde las facultades, cualidades y aptitudes que ha adquirido en existencias anteriores, las cuales quedan en estado latente y dispuestas a desplegarse cuando el desarrollo corporal sea susceptible de secundar los impulsos del alma. Cuando vuelve a la vida espiritual, se despliega otra vez ante su conciencia todo su pasado, teniendo otra vez otro período más o menos largo de turbación, desde que se desprende del cuerpo hasta que se despeja por completo la conciencia de su nuevo estado, turbación más o menos duradera y penosa, según el grado de perfección moral e intelectual. De este modo no hay solución de continuidad en la vida espiritual, porque el espíritu es siempre el mismo, antes, durante, y después de la encarnación, la cual no es más que una fase de su existencia.

Estas nociones se hallarían fuera del alcance de las investigaciones de la ciencia, y no estaríamos en posesión de ellas si no hubiesen sido reveladas. Como partimos de la base demostrada que las comunicaciones obtenidas en los círculos de estudio del Espiritismo las hace una causa inteligente, y que esa causa no es el diablo, no podemos menos que aceptarlas como verdaderas, tanto más cuanto que satisfacen a la razón, aun cuando solo se considerasen como una hipótesis de la ciencia humana.

De cuando en cuando se observan fenómenos extraordinarios y sorprendentes de sujetos que revelan conocimientos de asuntos que no han estudiado. Años atrás hubo un pastor llamado el pastor de Segovia, que no sabía leer ni escribir y resolvía de plano muchos y difíciles problemas de matemáticas. Este hecho y otros análogos no se explican sino diciendo que tienen esos sujetos disposición natural, o cuando más un frenólogo dirá que está desarrollando el órgano del cálculo. Pero el Espiritismo los explica más satisfactoriamente, sabiendo como sabe que el espíritu ha pasado por otras existencias, y en ellas ha podido adquirir conocimientos que conserva latentes y que solo necesitan que se estimulen las aptitudes del individuo para que se manifiesten como conocimientos innatos. Los que son poetas, pintores, músicos, sin que nadie los enseñe, son un testimonio de esta verdad. Y no basta acudir a la frenología, porque esta probará, todo lo más, que hay órganos vigorosos para cultivar esos estudios, pero no da razón de las manifestaciones espontáneas y sin cultivo previo de esos estudios, mientras que el Espiritismo viene hasta a completar la frenología, enseñando que el espíritu al unirse con el embrión imprime a este el sello de sus facultades y aptitudes, y él mismo se moldea, digámoslo así, los órganos de su cuerpo. De aquí también la razón de que de unos mismos padres nazcan unos hijos

de mucho talento o muy dispuestos para lo bueno, y otros de escaso entendimiento y con perversas inclinaciones, no obstante que la educación haya sido igual en todos ellos.

Vea Ud., señor Benito, como es exacto lo que hemos repetido varias veces, asegurando que el Espiritismo es una nueva ciencia, o el complemento de las ciencias, adquirida por revelación, y resuelve multitud de problemas que no habían tenido solución hasta ahora. Todavía pudiera explicarle a Ud. otras muchas cosas sobre Espiritismo, que Ud. no ha meditado bien, si es que las ha leído. Le recomiendo que no tome este asunto ni a risa, ni a desprecio, pues tratándose de saber el porvenir de nuestra alma y de las personas que nos son queridas, sería proceder temerariamente o acreditarse de necio, mirar con indiferencia o con burlas estas cuestiones. Como dejo refutada su argumentación, y aun apuntadas otras verdades del Espiritismo que Ud. no ha tocado, suspendo por un momento este asunto para decirle algo sobre los fenómenos magnéticos.

Al paso que Ud. se mofa del Magnetismo, tampoco niega los hechos, solo que acude a su explicación favorita, esto es, a la intervención del diablo para dar razón de la insensibilidad del sueño, de la lucidez, de la visión a distancia, y de las predicciones. Y por lo tanto condena Ud. el Magnetismo por inmoral, por herético, y por mil cosas más con las que su D. Gerónimo trata de crear miedo a sus lectores para que se horripilen al oír hablar de Magnetismo o Espiritismo, y huyan haciendo la señal de la cruz. No sé dónde ha podido estudiar estas cosas su sabio D. Gerónimo para que haya sido inducido a afirmar «que espiritistas y magnetistas tienden a la relajación de las costumbres, a ocasionar discordias en las familias, contumacia y rebeldía a la autoridad eclesiástica, orgullo y rebelión contra la civil, consejos prácticos de conducta inicua, etc., etc., y que

magnetizadores y *médiums* son personas mundanas en sus pensamientos, en sus afectos, en sus obras y que están bien lejos de ser santas por cierto».

Y luego añade: «Preguntad a los que andan en esos tratos cuanto crecen en el amor de Dios y en la santidad de costumbres, cuantas plegarias dirigen a la Divinidad al ponerse a hacer semejantes cosas, con qué humildad, con qué pureza de corazón, con qué maceración de la carne se llegan a los entretenimientos magnéticos o espiritistas, y se os echarán a reír».

Pues no se han de reír, hombre de Dios, al escuchar tanta majadería. Si no fuera porque el bueno de D. Gerónimo dice que no ha visto nunca experimentos de magnetismo ni quiere verlos por no condenarse, creeríamos que había hecho sus estudios en lupanares y tabernas, sitios para él preferibles a las reuniones de estudio de los fenómenos espiritistas y magnéticos.

Por nuestra parte hemos tenido la suerte de haber estudiado estos asuntos en autores de gran moralidad, y en reuniones de personas de vida práctica intachable, de buenas costumbres, de religiosidad, de caridad suma, y que no se insubordinan contra las autoridades. Aparte de que esto último nada tiene que ver con el Magnetismo. Se puede muy bien creer en él y practicar todas las virtudes, y tener en poco o en nada a las autoridades eclesiásticas, que lo serán de aquellos que quieran subordinarse a ellas, como también profesar el dogma del derecho de insurrección de los pueblos contra las autoridades, cuando estas no representan la opinión general, falsean las leyes y gobiernan despóticamente.

En cuanto a las plegarias a la Divinidad al entregarse a los entretenimientos magnéticos, las hemos presenciado en bastantes

círculos dedicados a estos estudios. Por lo que hace a la maceración de la carne, no sabemos si alguno se preparará de este modo. Creemos que no hace falta semejante tontería; pero si alguna vez D. Gerónimo quiere hacer ensayos magnéticos, puede flagelarse buenamente cuanto quiera, o para mayor garantía entregar sus espaldas a un arriero loco para que le sacuda con el mismo coraje que a un macho lerdo.

Para mayor robustez de su impugnación nos cita la encíclica de 30 de julio de 1856, dada por la *Sagrada Inquisición Romana*. Este argumento sí que tiene fuerza de 40 caballos, y si la encíclica hubiera salido por acuerdo del concilio llevaría fuerza de 400 por lo menos. Y digo, con la fresquita infalibilidad del Papa, si le da la humorada de repetir esa condenación del Magnetismo, y por añadidura excomulgar a los que creen en esas cosas, va a desarrollarse una epidemia de tisis que no habrá por dónde coger a las sociedades. Afortunadamente para la salubridad pública, se cerrarán pronto las sesiones del concilio, y Pio IX irá a ejercer su infalibilidad al paraje a donde lo arrastren las oleadas revolucionarias. Y a propósito de esa infalibilidad, me decía hace pocos días una persona muy instruida de esta población y partidaria también del Espiritismo, que si el Papa fuera infalible, no lo sería por sí, sino porque el Espíritu Santo le comunicará sus decisiones, en cuyo caso el Papa no era más que un *médium*, y la doctrina de la infalibilidad venía a robustecer el Espiritismo. Dejando esto aparte, seguiremos ocupándonos del Magnetismo.

Aun cuando es difícil discutir con seriedad sostenida leyendo el folleto de Benito, haremos un esfuerzo para continuar nuestra argumentación. Si el autor se hubiese limitado a censurar el abuso que puede hacerse del magnetismo, hubiésemos unido nuestro

asentimiento a sus censuras, porque, en efecto, puede abusarse de este agente. Mas esto no es razón para prohibir su estudio y su ejercicio. También se puede abusar de la medicina, de la farmacia, y de otras profesiones; también se puede hacer un mal uso del opio, del cloroformo, y de otra porción de sustancias enérgicas, y no por ello se le ha ocurrido a nadie proscribir el estudio y la práctica de la medicina, ni el empleo de sustancias, por más que alguna vez hayan servido a intentos criminales. El señor de Lima, persona muy instruida, que ha cultivado mucho la magnetología, ha publicado recientemente una Memoria, en la que dice a este propósito:

«Unos practican el magnetismo con la grandeza del alma que conviene aplicar a todo lo que es noble, imponente y serio, únicamente para practicar el bien en interés de la ciencia y para practicar alguna cura. Si obtienen los enfermos un sueño lúcido, aprovechase de él para el diagnóstico y la terapéutica de las dolencias. Otros se ocupan del magnetismo con ligereza, ignorancia o por tráfico. No se ocupan del magnetismo más que para obtener el sonambulismo, del que hacen una miserable especulación o espectáculo, cuando no emplean esta preciosa facultad en maniobras culpables. Este último magnetismo se encuentra en todas partes, en los salones, en los teatros y en ciertos gabinetes de sonámbulos *extra-lúcidos*. No encontrando en esta práctica más que un medio de satisfacer su curiosidad, su interés, o de atribuirse un poder sobrenatural, no se inquietan de si este agente, que produce el bien, puede causar mal, según la dirección que se le dé, haciendo caso omiso si este agente es eficaz o lleva la perturbación causando una desorganización física o moral».

Ya hemos dicho al principio de este folleto que no nos ocuparíamos del Espiritismo ni del Magnetismo que se ejerce por los

charlatanes, por los embaucadores, o por los que se proponen hacer un mal uso de esta ciencia, sino de aquellos otros fenómenos que se intentan en reuniones de estudio, con un fin noble, con el de practicar el bien, con el de instruirse y adquirir algún perfeccionamiento moral. Es verdad que a veces los que son conocedores del magnetismo provocan el sonambulismo y todos los fenómenos más sorprendentes que pueden obtener, sin otro objeto que el de aquellos que los presencien se convenzan de su realidad, si nunca los han visto. Pero aun en esto hay un buen fin, puesto que se proponen destruir la ignorancia, llevando a ciertas inteligencias, medios de convicción para que no desprecien un descubrimiento tan importante, llamado a influir poderosamente en el progreso de la humanidad. Fuera de estos casos encaminados al proselitismo de una doctrina que tiene elevados fines, los verdaderos magnetizadores no lo practican como no sea con un objeto de instrucción o de filantropía.

El magnetismo sirve, en efecto, como agente curativo. Antes que el cloroformo y el éter, se le ha empleado para producir la insensibilidad en los sujetos que iban a sufrir alguna dolorosa operación quirúrgica. En la facultad de medicina de Paris, en los hospitales y en la práctica particular ha prestado importantes servicios como anestésico. Es muy común en los países más adelantados que el nuestro en las ciencias, y allí donde no hay un clero tan ignorante como en España, que pone su veto a todo lo que es progresivo, que se saque un gran partido del magnetismo para curar muchas enfermedades, como agente terapéutico directo, modificando con un fluido saludable el nocivo que tiene el enfermo. Todos los días se están viendo estas curaciones, la historia se refiere a millares, y entre las que pudiéramos citar, haremos solo mención

de las que no hace muchos años obtenía un anciano coronel que residía en Pau, citadas en *La Filosofía del siglo XIX del doctor Guepin*, quien no creyendo los prodigios que se referían, hizo un viaje para presenciarlos, y asegura que llegaban tullidos, paralíticos, y afectados de otras graves dolencias, y sanaban bajo la influencia del poderoso fluido magnético del coronel, el cual no sería hereje ni habría hecho pacto con el diablo, puesto que se rodeaba de prácticas religiosas, y exigía a sus enfermos que hicieran rezos y oraciones devotas mientras él se entregaba a ellas también fervorosamente al imponerles las manos para curarles con su fluido y su voluntad.

Sirve además, cuando se logra la lucidez, para aclarar un diagnóstico dudoso, e indicar los agentes curativos que son más convenientes. Hemos tenido ocasión de presenciar alguno de esos fenómenos maravillosos entre médicos instruidos, que todos se proponían un buen fin, y en quienes no había el más remoto intento de superchería.

Aplicado al Espiritismo, se pueden obtener importantes comunicaciones del mundo invisible, por medio de personas que tienen, y en la que se ha cultivado para este objeto, la lucidez sonambúlica. Es un medio de comunicación que ofrece más garantías y mayores ventajas que los médiums psicógrafos. Porque por el intermedio del sonámbulo se puede sostener una conversación con un espíritu, y adquirir la seguridad de si hay o no mistificación.

Estas son las ventajas que se logran del magnetismo, siempre que los que lo practiquen se propongan un fin noble y digno, un fin virtuoso, y no fruslerías, ridiculeces, o bien algún objeto inmoral o ilícito. Si en una sesión de Magnetismo oímos a un necio que pregunta en qué número le tocará el premio grande de la lotería, o

bien si se lucrará mucho en una especulación que tiene pendiente; si escuchamos alguna tonta que interroga al sonámbulo para saber dónde y en qué ocupa su marido las horas que no está en casa; o viceversa, un marido celoso hace esas indagaciones, nos apartamos de ese sitio, porque ese no es nuestro Magnetismo. Mas si se pregunta al sonámbulo o sonámbula acerca de la enfermedad que tiene un sujeto, y que señale, si puede, los medios que serían más convenientes para curarle o aliviarle; si alguno pide por medio del sonámbulo reglas de conducta moral para corregirse algún vicio o sobre el modo de mejor llevar a cabo obras filantrópicas que intenta; o bien se interroga para que se den soluciones a cuestiones arduas de asuntos científicos, allí estaremos porque ese es nuestro Magnetismo, el que conocemos, el que hemos estudiado, el que practicaremos cuando tengamos oportunidad y necesidad de él.

Nos parece, señor Benito, que en esto no hay perversión de costumbres, ni rebelión a las autoridades, ni tantas otras cosas malas como dice Ud. que acarrearán los espiritistas y magnetistas. Pero Ud. califica a todos de personas mundanas y de conducta inicua, fundándose en que la Iglesia tiene anatematizado este descubrimiento. Ud., y sin duda su catolicismo, lo proscriben en absoluto, no el abuso, sino toda la práctica y todo estudio de magnetología; y he aquí por qué yo digo que soy *antes filósofo y fisiólogo que católico*, frases que pronuncié al inaugurar mi cátedra de Fisiología en el curso anterior, y que tanto se le han indigestado a D. Gerónimo y consortes. Cuando el catolicismo, tal como Uds. lo entienden, no como él es y lo será, cuando el romanismo perturbador desaparezca, sale al encuentro de los adelantos de la inteligencia, y de los progresos de la humanidad, atribuyendo a obra del diablo los hechos y descubrimientos que no puede negar, entonces hay que

decir: ¡atrás las preocupaciones religiosas! ¡paso a la inteligencia! Sí señor, antes filósofos y fisiólogos que católicos, toda vez que el fanatismo y la ignorancia quieren divorciar el catolicismo de la ciencia.

Pero, aunque nos cuidamos poco de las decisiones de la corte de Roma, nos parece que su prohibición con respecto al magnetismo se refiere solo a los abusos que se pueden cometer, y no al uso que se haga de este agente con buen fin. Y si así es, ha procedido de mala fe el autor del folleto, insertando la parte de la encíclica que habla de los abusos y omitiendo la que se ocupa del buen uso del magnetismo. Ha debido también hacer mérito de la obra de Teología moral de M. Gousset, arzobispo de Reims, de la de M. Bouvier, obispo de Mans, las lecciones del abate Campert, algunos sermones de Lacordaire, cuyos autores, todos católicos, admiten el magnetismo y aconsejan que se permita su empleo como un remedio natural y útil, puesto que no se permite nada que pueda ofender la sana moral y la virtud. Decía el abate Lacordaire:

«Las fuerzas magnéticas, que aún no las reconoce la ciencia, yo las creo sinceramente, y prefiero obedecer a mi conciencia antes que a la ciencia que las prohíbe. Por una preparación divina contra el orgullo del materialismo, Dios ha querido que hubiese en la naturaleza fuerzas irregulares e irreductibles a fórmulas precisas, casi incontestables para los procedimientos científicos. Sumido en un sueño ficticio el hombre, ve a través de cuerpos opacos y a grandes distancias, indica remedios eficaces para aliviar y aun curar las enfermedades del cuerpo, parece saber cosas que antes no sabía, y olvidarlas en el momento de despertar... Con esto Dios ha querido dejarnos luces de un orden superior, una especie de cráter por donde nuestra alma, escapada un momento de los lazos estrechos del

cuerpo, se envuelva en los espacios que no puede sondear, y que le advierten que el orden presente oculta un orden futuro, ante el cual el nuestro no es más que el principio».

Que dice Ud., señor Benito, de esta manera de apreciar el magnetismo por el ilustradísimo y católico Lacordaire. Lejos de atribuirlo a obra del diablo, lo considera como una cosa providencial para enseñanza del espíritu, para que este conozca algo de sus destinos futuros, elevándose durante el sueño magnético al mundo espiritual, producto de fuerzas naturales, que son, como todas, de origen divino. Si considerará Ud. también a Lacordaire y a todos los demás sacerdotes católicos que le he citado como hombres de conducta inicua y costumbres mundanas, y que lo que han escrito sobre magnetismo haya sido para introducir discordias en la familia e inducir a la desobediencia a las autoridades.

De propósito he buscado estas citas de autores y teólogos respetables que Ud. no recusará, pues si hubiese acudido a *Deleuze*, a *Puisegur*, a *du Potet*, y a tantos hombres sabios que han cultivado el magnetismo, es probable que los hubiese Ud. tenido en tan poco aprecio como a Mesmer, de quien ni siquiera sabe Ud. la biografía. Por esto no ha debido Ud. meterse a escribir sobre cosas que no ha visto, que no conoce, y que ha estudiado poco y de mala manera. Así que lejos de conseguir su propósito de refutar el Espiritismo y el Magnetismo, no ha logrado Ud. otra cosa que patentizar su incompetencia, su petulancia y su ignorancia supina, contribuyendo, sin embargo, a la propagación del Espiritismo y del Magnetismo, con la polémica que ha provocado sobre un asunto cuyo estudio hubiera quedado en un pequeño círculo en esta ciudad, sin la cooperación de su folleto y del periódico *¡España con Honra!*, que me ha ayudado a difundir una doctrina civilizadora, que se ha levantado enfrente de

los errores y preocupaciones de la corte romana y de la ignorancia del clero.

No fue Mesmer, señor autor del folleto, quien inventó la teoría sobre el magnetismo. Esta ciencia, que ya se había practicado en muchos pueblos de la antigüedad, y que aplicaron a la medicina en tiempos más recientes Paracelso, Van Helment, Maxwell y otros muchos médicos anteriores a Mesmer, solo recibió de este la sistematización y el haber llamado la atención sobre un agente que en su época estaba olvidado. Lejos de haber creado esos magnetizadores saltimbanquis de que Ud. nos habla, que se marchaban a ganar la vida por el mundo con sus sonámbulas, fue un hombre de genio, y de entusiasmo por un agente que él creyó podía curar todas las enfermedades sin necesidad de otros recursos terapéuticos, y llevo su propaganda por Francia e Inglaterra, creando una sociedad científica que se llamó *Armonía*, a la que perteneció lo más selecto de París en ciencias y en posición social, y cuya Asociación tuvo bien pronto sucursales en Estrasburgo, Lyon, Amiens, Narbona, Malta, etc. Después se ha cultivado por hombres de clara inteligencia, y hoy es el magnetismo aceptado por cuantos se dedican a los estudios biológicos y están dotados de entendimiento para comprenderlo, porque los talentos berroqueños no son a propósito para estas cosas, aunque sobre sus cabezas se haya puesto una borla de doctor.

¿Habremos de volver sobre su manoseada doctrina de la intervención de Satanás en la producción de todo fenómeno magnético? Cuanto hemos dicho de ella al ocuparnos del Espiritismo es aplicable al Magnetismo. Supongamos que no hubiese hoy una teoría aceptable para explicar los fenómenos magnéticos, que no fuera cierto lo que dicen los fluidistas ni los espiritistas, todo lo más

que sería permitido era negar las teorías y aguardar a que ulteriores progresos nos aclararan la causalidad de hechos innegables y evidentes. Por manera que la teoría de la intervención del diablo es una hipótesis interina. Desgraciadamente para el Magnetismo, de las revelaciones obtenidas por su medio, así como por el Espiritismo, no ha resultado comprobado el purgatorio del romanismo, ni los *médiums*, ni los sonámbulos han dicho que era preciso para salvarse dar mucho dinero a la Iglesia, pues si las comunicaciones obtenidas por ellos hubiesen aconsejado tales cosas, así como que la humanidad debía entregar su alma, su cuerpo y su bolsa al clero, y sobre todo a los jesuitas, entonces es bien seguro que la sagrada Inquisición romana hubiera promulgado cien encíclicas, diciendo que el magnetismo era cosa divina y la más sustanciosa del mundo.

La intervención del diablo es, pues, una explicación tonta y ridícula, y como en contra de ella hemos expuesto opiniones tan respetables como la de Lacordaire y otros sabios teólogos, dejamos que Ud. se ponga de acuerdo con ellos acerca del modo de apreciar los fenómenos magnéticos.

Se ha entretenido Ud., señor D. Gerónimo en analizar la teoría de los fluidistas y presume haberlas impugnado. Al ocuparme del Espiritismo he dado a Ud. la doctrina de los fluidos como la entiende la ciencia moderna, y con ella y la intervención del espíritu se explican satisfactoriamente todos los fenómenos de la magnetología.

Hubiera Ud. empezado negando el fluido, y no tenía necesidad de tanto argumento. Pero lo dejó Ud. para lo último, y no lo encuentra el lector hasta que llega al rabo del folleto, si es que tiene paciencia para leerlo a Ud. de cabo a rabo.

Es muy incierto que existe el fluido magnético, dice Ud., sin dar grandes razones para esta negativa, y que si existe no puede salir de los *vasos fluidicos*, no pudiendo ser emitido hacia afuera, sino todo lo más hacia adentro, pues lanzado fuera dejaría de ser animado por el alma y de estar por lo tanto sujeto a la voluntad y de ser instrumento de esta; y además, que hay solución de continuidad entre el magnetizante y el magnetizado, y si ningún imperio puede ejercer sobre el organismo, como no lo puede ejercer en su propio cuerpo sobre un miembro cuando este cesa de estar en comunicación con la cabeza por haber cortado el nervio de la voluntad o del movimiento que establecía la comunicación.

El fluido, llámelo Ud. magnético, vital, biótico, adámico, o como Ud. quiera, existe y se prueba su existencia por los hechos. ¿Es cierto que una persona puede influir sobre otra con la mirada y con los pases de sus manos hasta el punto de producir en ella el sueño, la insensibilidad, la catalepsia, el éxtasis, la lucidez sonambúlica, y todos los fenómenos maravillosos que Ud. mismo no puede negarse sin pasar plaza de necio e incrédulo estúpido? ¿Es cierto que cuando una persona está ya habituada a la influencia del magnetizador, le basta a este su voluntad para conseguir los fenómenos, que los produce sin advertírsele previamente a la persona que magnetiza? ¿Es cierto que muchas veces se quita un dolor a quien lo padece, sin más que la aplicación de la mano de otra persona, aunque no haya contacto inmediato? ¿No le ha sucedido a Ud. alguna vez acordarse sin motivo para ello de alguna persona a quien hace meses o años que no ha visto, y a poco de ese recuerdo presentársele a Ud. en su casa o encontrarla en la calle? Pues todos esos fenómenos no se realizarían si no hubiese en el cuerpo vivo un agente del orden de los fluidos imponderables, como la electricidad y el magnetismo

mineral, pero de un orden superior, puesto que sus efectos los son, fluidos que se emiten a distancia y cuyos movimientos impresionan a otros. Además, eso de los *vasos fluídicos* es una herejía anatómica, y los que existen son para la circulación de líquidos. Los fluidos imponderables penetran todo el organismo, rodean todas las moléculas, y se emiten al exterior como un cuerpo calentado lo hace con el calórico que contiene. Las personas magnetizadas ven a sus magnetizadores envueltos en una atmósfera luminosa, y cuando son susceptibles de magnetizarse por diferentes sujetos, distinguen el tono del fluido de cada uno, que varía desde el rojo al violeta, y designan fluido fuerte al que es rojo o que más se acerca a este color, y fluido débil o suave al violáceo.

Si Ud. hubiera presenciado estudios prácticos de magnetismo sabría por experiencia propia todas esas cosas; pero ya se ve, como son obra del diablo, un buen cristiano debe negarse a verlas. Tampoco tiene Ud. conocimiento de un hecho curioso que no deja de ser frecuente en los hospitales. Citaré a Ud. uno muy auténtico. En la Facultad de Medicina de Madrid se le amputó una pierna a un enfermo, y cuando ya estaba en su cama, se quejaba de que sentía frío en la pierna cortada, la cual había quedado en el anfiteatro. Dispuso el profesor que se envolviese dicha pierna con bayetas calientes, y el operado sintió el calor y se consoló con esto. Por algunos minutos, y aun durante algunas horas, los amputados creen tener todavía en su sitio el miembro cortado, y sienten frialdad, o bien dolores, o sensación de peso, que refieren al pie, a la pierna, a la mano o a la parte que se ha separado del cuerpo. Los hombres ligeros se satisfacen con decir que son alucinaciones de los enfermos; pero si se medita sobre esos hechos no puede menos de comprenderse que queda por un tiempo más o menos largo una unión fluídica entre el

cuerpo y el miembro amputado. Y vea Ud. como los hechos demuestran la existencia del fluido, su emisión fuera del organismo, su continuidad por algún tiempo entre el cuerpo y un miembro cortado. Por otra parte, hay en la vida ordinaria mil hechos triviales que no tienen otra explicación de su producción que la existencia del fluido que los engendra. ¿Cómo se explica sino la simpatía o antipatía que se establece instantáneamente entre dos personas que se ven por primera vez? ¿Cómo se desarrolla una pasión amorosa entre dos jóvenes con una sola mirada? ¿Cómo ejerce el hombre gran dominio sobre muchos animales, aun sobre las fieras, que se intimidan a veces con su mirada? Ese mismo ejemplo que Ud. cita de la culebra que atrae a los pajarillos, ¿Qué es sino magnetismo? A todos esos hechos, así como a los fenómenos sonambúlicos, los llama Ud. fascinación. Mas esto no hace otra cosa que cambiar el nombre. Explique Ud. el mecanismo de la fascinación, y no encontrará Ud. explicación plausible, si no acude a la influencia de los fluidos.

Seguidamente añade Ud. que esa opinión del fluido «no solo es improbable sino absurda por ser insuficiente para explicar la transmisión de las ideas del magnetizante al magnetizado, pues por útil que se quiera suponer a dicho fluido, siempre será material y extenso e incapaz por consiguiente de trasportar cosas espirituales destituidas de todo el cuerpo, como son las ideas, los mandatos, etc.».

A parte de que los fluidos imponderables no tienen las cualidades de la materia tangible, el argumento no es de solidez alguna. Más materiales que el fluido son la lengua y la mano, y sirven para transmitir ideas con palabras y con signos, y más material es un telégrafo y hace lo mismo. Cuando el espíritu pone en ejercicio su voluntad, esta mueve el fluido, lo mismo para que entren en juego los órganos del cuerpo a quien anima, que para hacer entrar en

vibraciones unísonas el fluido de otra persona; y por este mecanismo el espíritu del magnetizado recibe la transmisión de las ideas del magnetizador, es decir, una ondulación de fluido armónica a la idea, pues las ideas no pasan por el fluido como las cartas por un buzón, según parece que Ud. lo entiende.

«A efectos inteligentes corresponden causas inteligentes» dice Ud. también. Cierto: mas ese argumento aplíquese Ud. a los que sostengan que el fluido solo es el productor de los fenómenos magnéticos. A nosotros que defendemos la influencia del espíritu, como agente, y la del fluido como su instrumento, no nos alcanza esa impugnación. Hay entre los hechos magnéticos algunos que son puramente fisiológicos, como el sueño, la insensibilidad y la catalepsia, y otros realmente inteligentes como la lucidez; pero tanto en unos como en otros es innegable la intervención del principio espiritual.

Por la misma razón, las consideraciones que hace Ud. en el número 3º de la IV de sus conclusiones, no impugna nuestras doctrinas; por el contrario, vienen a robustecerlas, porque en efecto, el fluido por sí solo no da explicación de todos los hechos de la magnetología, como no la da tampoco la exclusiva acción del espíritu. Bajo ese punto de vista el magnetismo no es más que una forma de las manifestaciones espiritistas, y no hay por qué separar sus fenómenos de los que pertenecen al Espiritismo. El espíritu del magnetizador *quiere* influir sobre el magnetizado, y esa actividad del principio espiritual basta para que su periespíritu y el fluido que hay en su organismo se irradien hacia el magnetizado que, si tiene receptividad y está en condiciones de ser influido, se supedita a la acción magnética, y sucede en él lo que el magnetizador desea con arreglo a las leyes que rigen los fluidos imponderables que hay en la

organización. De este modo se produce el sueño y la insensibilidad de los órganos, se establece a voluntad del magnetizante la catalepsia general o parcial, se acelera o retarda también a voluntad la circulación, y se obtienen otros varios fenómenos fisiológicos sumamente curiosos y sorprendentes. El espíritu del magnetizado puede no adquirir una lucidez propia, sino expresar únicamente pensamientos e ideas de su magnetizador, que las percibe por el intermedio de los fluidos puestos en conjunción, y en ese caso es cuando, en efecto, las comunicaciones del sonámbulo no pasan de los límites de los conocimientos de su magnetizador, mas otras veces, por un estado de perfección del espíritu del sonámbulo, se establece en él la lucidez propia, y tiene un modo de ser, aunque momentáneo, igual al del espíritu cuando ya no está unido al cuerpo, conservando empero su ligazón con este a favor del periespíritu. Entonces el sonámbulo ve, oye y habla de cosas ajenas a las impresiones que pueda comunicarle el magnetizador. En esos casos hace descripciones de poblaciones que él no conoce ni su magnetizador tampoco, se despliega en él algo del orden profético, porque alcanza más extensión su inteligencia, y además se pone en comunicación con los espíritus libres que le auxilian con sus conocimientos superiores, cuando la magnetología se emplea para objetos buenos y dignos; y en esos casos también es cuando la persona magnetizada nos puede referir conversaciones mentales que tiene con espíritus de personas que ya han muerto, y que se le presentan con rasgos tales que los deudos o interesados en estas comunicaciones no puedan dudar de la identidad del espíritu con quien se comunican. Por este procedimiento hemos visto en muchas ocasiones sostener una conversación entre una madre y un hijo ya difunto, sirviéndose del intermedio del sonámbulo, así como obtenerse comunicaciones sabias y sublimes dictadas al magnetizador por espíritus superiores.

De este modo, y aprovechando esa lucidez, se logra que el sonámbulo vea los órganos enfermos de un sujeto con la misma claridad que si fuesen transparentes, contribuyendo a establecer con precisión un diagnóstico, así como por la mayor penetración del espíritu del sonámbulo, o bien porque algún espíritu le instruya, puede indicar el remedio que convenga en una enfermedad sobre la que se consulta a la ciencia del Magnetismo.

En todos estos hechos hay, pues, el espíritu como agente principal, y el fluido magnético como medio para que tengan realidad todos esos fenómenos. Lo mismo sucede con el movimiento de las mesas giratorias, con los *médiums* que escriben, sobre todo los que lo hacen inconscientemente, y con los demás fenómenos que se han estudiado en el Espiritismo. Los espíritus mueven con su voluntad el elemento fluídico, que ellos mismos tienen en su periespíritu, haciendo entrar en vibración el que vitaliza a las personas que rodean una mesa que se intenta mover. La impulsión parte de una inteligencia, el movimiento de la mesa es un hecho físico debido al impulso que recibe del fluido de las personas que han aplicado sus manos sobre ella, que a su vez ha sido puesto en vibración por el que irradia del espíritu libre que se comunica o pone en relación con ellas; y lo mismo sucede con los *médiums psicógrafos*, cuyo brazo y mano se agitan para escribir por impulso del fluido suyo movido por el de un espíritu desencarnado.

No pertenecemos, señor Benito, a la escuela de los fluidistas ni a la de los que solo dan importancia a la influencia del espíritu. Como Ud. ha visto, nuestra opinión es una síntesis de ambas escuelas. Una persona doctísima del Círculo magnetológico-espiritista de Madrid, el señor Huelves, decía en una sesión no ha mucho celebrada en dicha sociedad:

«La actividad libre del espíritu traducida en hechos concretos, manifestándose en cada momento y en todos los momentos de la vida sin relación con el tiempo y el espacio, así también como en sus relaciones múltiples con la existencia, es lo que todos conocemos con el nombre de voluntad. La unión con la materia, unas veces concreta, otras difusa, manifestándose en un hecho primordial a que se subordinan los demás todos, se traduce en el lenguaje vulgar y aun científico con el nombre de fluido.

»De esta suerte la voluntad y el fluido no son sino una misma cosa, dos fases distintas del inmenso sendero que la inmensidad eterna desarrolla a nuestros ojos como único fin de nuestra vida, como único descanso a nuestro porvenir. El fluido es la materia, es la fatalidad en la creación, es la mitad de la creación, en una palabra, si se nos permite de esta suerte dividir la obra divina. La voluntad es el espíritu mismo, es la libertad en la creación, la mitad restante de la creación entera.

»¿Podrán separarse en el hombre la voluntad y el fluido, el espíritu y la materia? ¡Imposible! El hombre como ser libre, como ser racional ya, no puede abdicar de su libertad, de su actividad consciente o inconsciente, no podría existir un punto ni obrar un acto sin voluntad. El hombre también, manifestándose en la materia como ley de su progreso, ser complejo que no puede abandonar la materia porque sería aniquilarse, ni durante su estancia en un mundo, ni en sus periodos de existencia diseminada, no puede obrar un acto ni existir un punto sin fluido... Nuestros sentidos se reducen a uno solo, al del tacto, tacto de más o menos movimiento, tacto de materia, tacto de fuerza, en suma.

»Nuestras facultades anímicas se resuelven en la actividad, porque todo nuestro progreso, si ha de ser nuestro, ha de ser voluntario, y sin voluntad la actividad es irresponsable. El hombre vive la vida de la materia por el fluido, y la del espíritu por la voluntad. ¿Cómo tan importante función, la función magnética de su vida había de depender de una sola de esas dos fuentes, cuando ninguna otra cuenta tan menguado origen? El hombre magnetiza por la voluntad y con el fluido. El Magnetismo es el Espiritismo de los vivos: el Espiritismo es el Magnetismo de los muertos».

Hemos copiado los bellos conceptos que anteceden porque están tan de acuerdo con nuestras opiniones, que no hubiéramos podido expresarlas mejor con frases propias. La impugnación tan laboriosa de D. Gerónimo no ataca a los que, como el señor Huelves y yo, no pertenecemos a una de las dos escuelas que se han disputado el campo de la verdad acerca de la causa de los fenómenos magnéticos. Con nuestra doctrina tiene Ud. la explicación de los fenómenos magnéticos que a Ud. le parecen fuera del orden de las leyes físicas, así como de aquellos que llama Ud. inestables y aun que se verifican contra la voluntad del magnetizador, pues si la persona magnetizada llega a entrar en relación con espíritus libres, pueden estos dominarla con su voluntad y con su fluido aun contra los intentos del magnetizador.

En la quinta conclusión reasume Ud. sus argumentos contra los que explican por la acción sola del espíritu los fenómenos magnéticos, y demás insiste Ud., sin haberlo probado, en que las almas no tienen medios para mover la materia ni entrar en comunicación con los mortales, conviniendo sin embargo en que los espiritistas tienen razón al asegurar que esos fenómenos se producen por una causa inteligente. Como ya he refutado esta opinión al

ocuparme del periespíritu, sería inútil y molesto repetir la doctrina que ya dejó sentada y probada sobre este particular. Que esta doctrina es antigua, añade Ud. por remate de argumentación, y que ya la expuso a mediados del siglo pasado Swedenborg, espiritualista místico de Inglaterra. Y mucho antes que este, señor D. Gerónimo, pues en todos los pueblos y en todas las edades de la humanidad se encuentra algo de Espiritismo y Magnetismo. Mas esto lejos de probar que nuestra doctrina es falsa, probará que es verdadera; cuando parece encarnada en la conciencia humana. Porque una noción haya permanecido durante más o menos siglos en un estado embrionario, más o menos latente entre los pueblos, no se puede deducir que no sea verdadera. Solo que, en la época presente, a favor del nuevo giro que ha tomado el espíritu humano, brotan con más vigor que nunca las verdades del Magnetismo y del Espiritismo, cuya ciencia ha adquirido un gran desarrollo, a pesar de los esfuerzos que se hacen por las inteligencias atrasadas para sofocarla.

Que no hemos leído jamás el Evangelio, y que sin embargo pretendemos apoyar en él nuestras barbaridades, dice Ud. también en sus conclusiones, y ensarta algunas citas para corroborar su aserto. Colocamos unas cuantas, y con esto volvemos al Espiritismo, considerado bajo su aspecto religioso.

«Si me amáis, guardad mis mandamientos. Yo rogaré a mi Padre, y Él os enviará otro *Consolador*, a fin de que permanezca eternamente con vosotros. *El Espíritu de Verdad*, vosotros le conoceréis, porque permanecerá con vosotros y estará con vosotros. El *Consolador*, que mi Padre enviará en mi nombre, os enseñará todas las cosas y os hará recordar todo lo que yo os he dicho. Os digo en verdad que os es útil que yo me vaya, porque si yo no me fuese, el *Consolador* no vendría, y cuando él haya venido convencerá a los que

no hayan creído en mí. Tengo aún muchas cosas que decir; pero ahora no podéis comprenderlas; mas cuando este *Espíritu de Verdad* venga, os enseñará toda la verdad porque no os hablará por sí mismo, sino que dirá lo que haya aprendido, recibirá lo que está en mí, os anunciará las cosas del porvenir, y de este modo me glorificará». (*Evangelio de S. Juan*, Cap. XIV y XVI).

En esta predicción vemos anunciada la venida del *Espiritismo*, vemos también que Jesús no dijo todas las cosas, porque no podían comprenderlas sus discípulos, y por lo tanto las religiones fundadas sobre el Evangelio no han estado nunca en posesión de toda la verdad, puesto que se reservó completar sus instrucciones más adelante. Anunció que vendría el Consolador o Espíritu de Verdad a enseñar todas las cosas y a recordar las que él había dicho; luego su enseñanza no era completa y preveía que lo que él dijo sería desnaturalizado, como en efecto lo ha sido por todas las sectas cristianas, empezando por la Iglesia romana. Si en la época en que habla Jesús, los hombres no se hallaban en estado de comprender las cosas que le quedaron por decir, no hay que pensar que transcurridos pocos años estarían ya preparados. Hacían falta grandes progresos en las ciencias, y por lo tanto en la inteligencia humana, y esto no podía conseguirse sino después de muchas generaciones. Si el nuevo Mesías hubiese venido poco tiempo después de Cristo, el terreno no hubiese estado aún dispuesto para su enseñanza. El *Espiritismo* es una gran revelación que completa el Evangelio y aclara las partes oscuras que no se habían comprendido.

El nuevo enviado no podía ser el mismo Jesús, puesto que dijo: «rogaré a mi Padre para que os envíe otro Consolador», tampoco se refería a una individualidad, como se deduce de las palabras «a fin de que permanezca eternamente entre vosotros y esté en vosotros». Una

individualidad, un espíritu que tomase cuerpo carnal como Cristo, no podía permanecer eternamente con nosotros y todavía menos estar en nosotros. Por lo tanto, alude a una doctrina, que cuando se la conoce, se la apropia el espíritu y puede estar eternamente en nosotros. El Espiritismo realiza todas las condiciones del Consolador, pues no es una doctrina individual, no es una concepción humana, a ningún hombre puede señalársele como su fundador. Es el producto de la enseñanza colectiva de los espíritus a quienes preside y dirige el *Espíritu de Verdad*. No suprime nada del Evangelio; lo completa y aclara a favor de nuevas leyes que revela, pone la religión en armonía con la ciencia, y explica satisfactoriamente lo que la incredulidad tenía por inadmisibles. Ha tenido sus precursores y sus profetas que han presentado su venida, y con su poder moralizador prepara el reinado de la felicidad sobre la Tierra.

Si se pretendiese que esa profecía de Jesús quedó realizada el día de Pentecostés con la venida del Espíritu Santo y que este inspiró a los apóstoles, aclarando su inteligencia y desarrollando en ellos las facultades medianímicas, no hubiera quedado nada oscuro e incompleto; pero el Espíritu Santo no les enseñó nada nuevo, y los apóstoles no realizaron lo que Jesús anunciaba con la venida de otro Consolador, ni poseyeron por ello toda la verdad; así es que por las oscuridades del Evangelio y las interpretaciones contradictorias que se le han dado, nacieron la multitud de sectas que dividen el Cristianismo desde el primer siglo.

También se ve en esa profecía, y en otras palabras que citaremos, la ley de las reencarnaciones, o la necesidad de la multiplicidad de existencias. «Otro vendrá más tarde que os enseñará lo que yo os digo al presente, y os dirá toda la verdad, revelándoos las cosas del

porvenir». ¿Cómo los apóstoles habían de recibir esa nueva enseñanza dada por el anunciado Consolador, si no volviesen a tener nuevas existencias corporales? No tiene sentido o esa profecía es contradictoria, si no se admite que los apóstoles y los hombres de su tiempo habían de volver a nacer para comprender lo que entonces Cristo no quiso decirles porque no le hubieran comprendido, y para que creyesen en Él los que no creyeron en su época.

Otro pasaje muy explícito encontramos en el capítulo XVI del Evangelio de S. Mateo, que dice:

«Entonces sus discípulos le preguntaron: ¿Por qué los escribas dicen que es necesario que Elías venga antes? Jesús respondió: es verdad que Elías debía venir a restablecer todas las cosas; pero yo os declaro que Elías ha venido ya y ellos no le han conocido. Entonces sus discípulos comprendieron que era de Juan Bautista de quien les hablaba».

Luego el espíritu de Elías encarnó en la persona de Juan Bautista. He aquí una prueba del principio admitido por el Espiritismo sobre la pluralidad de existencias.

En corroboración de lo mismo, allá va otra cita, D. Gerónimo, tomada del capítulo III de S. Juan:

«Había un hombre entre los Fariseos llamado Nicodemo, senador de los judíos, que vino por la noche a buscar a Jesús, y le dijo: Maestro, sabemos que has venido de parte de Dios para instruirnos como un doctor, porque nadie sabría hacer los milagros que tú haces, si Dios no estuviere contigo.

»– Jesús respondió: En verdad os digo que nadie puede ver el reino de Dios, si no nace de nuevo.

»– Nicodemo dijo: ¿Cómo puede nacer un hombre que es ya viejo? ¿Podrá entrar en el seno de su madre para nacer segunda vez?

»– Jesús le respondió: en verdad os digo que si un hombre no renace del agua y del espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que ha nacido de carne, es carne, y lo que ha nacido de espíritu, es espíritu. No os admiréis de lo que os he dicho, que es necesario que nazcáis de nuevo. El espíritu sopla donde quiere, y vosotros oís su voz, pero no sabéis de donde viene ni a donde va: lo mismo sucede a todo hombre que ha nacido del espíritu.

»– Nicodemo preguntó: ¿Cómo puede suceder esto?

»– Jesús le dijo: ¡Qué!, ¿eres maestro en Israel, e ignoras estas cosas? Si no me creéis cuando hablo de cosas de la Tierra ¿Cómo habéis de creerme cuando os hable de las cosas del cielo?».

Tenemos, pues, que el Espíritu de Elías encarnó en el cuerpo de Juan Bautista; y que Jesús afirmó con sus palabras la ley de las reencarnaciones, pues aun cuando se valió de la palabra figurada *agua*, hay que tener en cuenta el estado de los conocimientos científicos de su época, y que en la antigüedad se creía que la Tierra había salido de las aguas, y que este cuerpo era el elemento generador de todas las cosas. El agua era entonces el símbolo de toda la naturaleza material: como el espíritu lo era de la inteligencia. Por eso se decía: que el espíritu de Dios era llevado sobre las aguas; que el firmamento estaba en medio de las aguas; etc., etc. Así que, la frase «si el hombre no renace del agua y del espíritu» debe entenderse «si el hombre no renace con cuerpo y con su espíritu». Esto se deduce también de la ampliación de sus palabras, añadiendo «lo que ha nacido de la carne es carne, y lo que ha nacido del espíritu es espíritu».

La creencia en las reencarnaciones formaba parte del dogma judío, y Jesús, lejos de combatir esa creencia como combatió otras muchas, la corroboró, según acabamos de ver. En Isaías se lee el siguiente pasaje:

«Aquellos de vuestro pueblo a quienes se ha hecho morir, vivirán de nuevo. Los que hayan muerto en medio de mí, resucitarán. Despertad de vuestro sueño, y cantad las alabanzas al señor, vosotros los que habitáis en el polvo, porque el rocío que cae sobre vosotros es un rocío de luz, y vosotros arruinaréis la Tierra y el reino de los gigantes». (Isaías, Cap. XVI, vers. 19.)

Además de la pluralidad de existencias, el Espiritismo admite la pluralidad de mundos habitados por seres inteligentes; o, en otros términos, la humanidad está esparcida por todo el universo. En cuanto al espíritu que anime a los habitantes de esos mundos (de los racionales hablamos, pues los hay orgánicos inferiores al hombre como en la Tierra) no hay más diferencia que en el grado de su progreso, porque en cuanto a su esencia y a su destino son los mismos en todos ellos. Con relación al cuerpo material que animan, está en armonía con las condiciones de cada planeta.

En el Evangelio hay también palabras de Jesús que apoyan esta verdad, confirmada por la ciencia. «*Hay muchas habitaciones en la casa de mi Padre*. Si esto no fuese así, ya os lo hubiera dicho, porque yo me voy a prepararos la habitación». (S. Juan, Cap. XIV, vers. 2)

¿Cuál había de ser la casa de su Padre sino el universo, y los diferentes mundos esas muchas habitaciones a que hacía alusión Cristo en las frases que hemos citado antes? La ciencia ha venido a establecer ya la certidumbre filosófica de que hay millares de mundos habitados por seres inteligentes; y las revelaciones obtenidas en los

círculos de estudio de Espiritismo concuerdan con la ciencia y con el Evangelio, sabiéndose hoy que hay mundos superiores e inferiores, esto es de diferencias de perfección, que reúnen las condiciones físicas apropiadas al grado de avance de los espíritus; y por lo tanto el espíritu humano va recorriendo esas habitaciones conforme su estado moral se perfecciona; sin poder llegar a aquellos mundos que no están en armonía con su estado de progreso. Las comunicaciones de los espíritus nos enseñan que hay mundos de expiación o de pruebas, tal como la Tierra; otros son de perfeccionamiento; y en todos ellos hay una vasta escala desde los grados más inferiores hasta los más superiores. El estado moral de los espíritus necesariamente ha de guardar relación con el estado de progreso físico de cada globo estelar, porque todo mundo ha de ofrecer condiciones adecuadas para la vida moral y material de sus habitantes inteligentes. Los mundos tienen también su evolución permanente, porque todo está sujeto a la ley del progreso, y los seres de que están poblados no podían menos de armonizarse con el estado de perfección de cada mundo. Las condiciones de la vida moral y material son diferentes de las de la Tierra en los mundos más avanzados. El cuerpo será en muchos menos material, con menos necesidades físicas, sin enfermedades, con poco predominio de la materia, en una palabra. Los sentidos más finos, en más o en menos número que en la organización del hombre de la Tierra, y los órganos todos serán diferentes, conforme las funciones que correspondan al modo de ser la existencia material y a las facultades intelectuales y morales que el espíritu tenga que cultivar en cada uno de esos mundos.

La venida de *El Espíritu de Verdad*, o del Espiritismo, quedó profetizada pues, aun cuando en las formas alegóricas tan características del lenguaje de Jesús. El fin de los tiempos y las señales

precursoras son una bella figura que no se ha sabido interpretar. Se anunciaba en los Evangelistas que el Hijo del hombre aparecería sobre las nubes del cielo, con una gran majestad, rodeado de sus ángeles, y que a esto precederían mil desolaciones, de guerras, de enfermedades, de temblores de tierra, que se oscurecería el sol, que caerían del cielo las estrellas, y que después el Hijo del hombre enviaría a sus ángeles que harán oír el sonido de sus trompetas, reuniendo sus elegidos desde un extremo al otro del cielo. En el Cap. XIII de S. Marcos se lee, que el día y la hora de esos sucesos nadie lo sabe, ni los ángeles que están en el cielo, ni el Hijo, sino solamente el Padre. Hablando de los signos precursores de esos tiempos, se encuentra también en el Cap. XXIV de S. Mateo el dicho de que se levantarán muchos falsos profetas que seducirán a muchas gentes. En todas estas alegorías vemos grandes verdades, expresadas de modo que hiriesen fuertemente la imaginación, porque en los tiempos de Jesús se creía que los grandes sucesos de la humanidad debían ir precedidos o acompañados de trastornos en el firmamento, como terremotos, oscurecimiento del sol y de la luna, caídas de las estrellas y cataclismos análogos. Así es que no solo se menciona en la muerte de Jesús, sino también en la de César y en una porción de circunstancias de la historia del paganismo, porque los escritores para significar la trascendencia de un acontecimiento le pintaban rodeado de esos trastornos en la naturaleza, los cuales no han tenido lugar, y el buen sentido admite solo como bellas figuras retóricas. Mas en el fondo de esas alegorías se encierra la gran verdad de las calamidades sin cuento que vienen afligiendo a la humanidad, engendradas por la lucha entre el bien y el mal, entre la ignorancia y la ciencia, entre la fe y la incredulidad, entre las ideas progresivas y las retrógradas. Se anuncia también que el Evangelio será predicado por toda la Tierra y restablecido en su pureza primitiva; y por último

que vendrá el reinado del bien que será el de la paz y el de la fraternidad universal, el verdadero reinado de Jesús, porque Él presidirá a su establecimiento, viniendo los días de alegría después de los de aflicción.

Cristo dijo que solo el Padre sabía cuándo se cumplirían estas cosas, y que ni los ángeles ni el Hijo las sabían. Luego no hacía alusión a los sucesos de su época, sino a tiempos lejanos; y esos trastornos de la naturaleza deben tomarse como el estado moral de las sociedades. Pero Jesús les hablaba a sus discípulos de estas cosas como si ellos hubieran de ser testigos de ellas; luego es evidente que debían renacer y tal vez formar parte del ejército de hombres inteligentes y virtuosos que hoy llevan la ciencia y la fe reunidas en la conciencia de la humanidad, para que no haya más que una sola familia, una sola religión, una sola creencia fundamental, que asuma todas las demás y las despoje de sus impurezas, estableciéndose de este modo el verdadero catolicismo, el cristianismo universal, que no es por cierto el estrecho y menguado que enseña la Iglesia romana.

«Cuando el Evangelio se haya predicado por toda la Tierra, entonces llegará el fin». No parece racional que Dios destruya el mundo precisamente en el momento en que entra en la plenitud del progreso moral, en el tiempo de la completa encarnación de su enseñanza en la humanidad. Aquí hay otra alegoría, y ese fin del mundo no alude a la destrucción del universo, ni aun siquiera a la desaparición de nuestro planeta, sino a la terminación del viejo régimen de las sociedades, al fin del reinado del mal, del mundo gobernado por las malas pasiones de los hombres, sustituidas por el entronizamiento del Evangelio en toda la redondez de la Tierra. Época feliz que será precedida por grandes luchas entre la inteligencia y la ignorancia, entre el error y la verdad, entre los

fanáticos, los perversos y los explotadores de hombres, y los sabios, los virtuosos, y todos los que llevarán incrustado en su ser el sentimiento de la caridad y de la fraternidad universal.

Concluiré las citas del Evangelio, aun cuando pudiera hacer otras muchas, con una en la que también apoyamos nuestras barbaridades.

«En los últimos tiempos, dijo el Señor, esparciré mi espíritu sobre toda la carne, vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, los jóvenes tendrán visiones, los ancianos tendrán sueños». *Actas*, Cap. II; vers. 17.

Vamos a cuentas, D. Gerónimo. ¿No le parece a Ud. que las nuevas ideas, las tendencias, las aspiraciones y los presentimientos de los pueblos durante lo que va del presente siglo, son el anuncio de que se elabora un nuevo orden de cosas y que el mundo viejo está próximo a desaparecer?

«Yo esparciré mi espíritu sobre toda la carne» no es otra cosa que la venida del Espiritismo, las comunicaciones tan esparcidas hoy, y que cada vez lo serán más, de los espíritus con los vivos para generalizar la enseñanza de Cristo. «Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, vuestros jóvenes tendrán visiones» es la profecía de que la facultad mediúmnica ha de desarrollarse en la nueva generación.

Y en efecto, aunque en todos los tiempos se han visto casos de mediumnidad, han sido casos insólitos, mientras que hoy aparece como una facultad muy común en las personas jóvenes, y muy fácil de desarrollar en los que se proponen lograrlo con buena fe y sana intención. Nunca como ahora se han visto tantas personas susceptibles de servir de intermedio para las comunicaciones con los espíritus, ya por la escritura automática, ya por la inspiración, ya por

el sonambulismo, ya por el éxtasis natural. Nunca ha tenido la humanidad tantos profetas. Esas pléyades de poetas, de oradores y de filósofos que, desde fines del siglo pasado y en el presente, vienen combatiendo con sus ideas, con su palabra y con las armonías de su sentimiento el régimen social que nos sofoca, la atmósfera de errores, de preocupaciones y de tiranía que asfixia a la humanidad ¿Qué han sido y son sino los profetas de los tiempos que se acercan, de la época de igualdad y de fraternidad que está llamando a nuestras puertas?

Está preparándose el advenimiento de la República democrática universal, y por lo tanto la realización de toda la enseñanza democrática de Jesús, y con ella viene el Espiritismo como religión única y universal, que no excluye a ninguna, siempre que admitan la existencia del *Ser* absoluto, la existencia del alma y su supervivencia al cuerpo, cualesquiera que sean por otra parte el nombre con que designen a la causa primera y las formas del culto que le tributen. Cierto que antes que esto suceda ha de haber grandes luchas, y hace tiempo que en ellas estamos, haciéndose cada vez más colosales, porque es necesario destruir antes todos los obstáculos, concluir con todos los déspotas, acabar con todos los explotadores de los hombres, echar del templo a todos los fariseos, no con la inquisición y los patíbulos, sino con la luz de la razón y de la verdad; y entretanto los profetas de la democracia y del Evangelio completo y puro se multiplican por todas partes, los unos anunciando las reformas sociales, y los otros las reformas religiosas, que los pueblos van aceptando, a pesar de las predicaciones de los fanáticos y de los obstáculos que a ello oponen los reaccionarios de todos los matices políticos y religiosos.

Basta lo expuesto para dejar completamente refutado el chabacano folleto titulado *La Cátedra de los Curiosos, o el diablo*

haciendo comedias. Y no solo queda echa la refutación, sino que además he consignado, tan compendiosamente como he podido, las verdades fundamentales del *Espiritismo* y del *Magnetismo*, con el objeto de dar a conocer en esta ciudad una nueva doctrina, que entraña un gran progreso intelectual, que es moralizadora y cristiana, y que solo está en pugna con el materialismo, el ateísmo y el romanismo farisaico. Contesto de este modo a la algarabía de instrumentos bélicos que han alborotado a Salamanca con acompañamiento de *platillos, bombo y bombardón*, pretendiendo sublevar las conciencias contra el Espiritismo y los espiritistas, trompeteando y haciendo mucho ruido desde la conversación privada hasta los descompuestos artículos que vieron la luz en el ya difunto periódico *¡¡España con Honra!!* y desde el confesionario hasta el púlpito. A todos he contestado y espero a cualquiera que intente nuevas impugnaciones a la doctrina que dejo sentada.

No concluiré sin hacer mención de la manera como termina su folleto Benito. Dice que es un pecado horrendo estudiar las cuestiones de Espiritismo y Magnetismo, así como también lo es ir a ver los experimentos, aun cuando solo sea por curiosar, y que igualmente se condena quien presta su casa para tales estudios. Todo ello nos tiene sin cuidado a los espiritistas, que creemos es mayor pecado no querer estudiar estas cosas, que sirven para perfeccionar la inteligencia y la conciencia de quien las cultiva. Pero lo más estupendo de la obra es la fórmula final con que sintetiza toda su doctrina y sus aspiraciones el autor: hela aquí: *guerra al liberalismo bajo cualquier forma que se oculte, todos son lobos de la misma camada.* Con quien tal dice no se debe hacer otra cosa que regalarle un cabezón para que lo sujeten a un pesebre.

Es verdad que uno de los interlocutores, el sabihondo don Gerónimo, convida a sus comparsas Perico y Salsete a celebrar la confección del folleto con una botella de *espíritu*, parodiando lo que el actor bufo Arderius dice en una zarzuela: «tratándose de Espíritus, yo estoy por el espíritu del vino». Así no es extraño que la obra de Benito revele en su autor una marcada embriaguez de soberbia, que unida a su ignorancia supina y a su petulancia, le fotografian perfectamente.

APÉNDICE

DIOS

Dios es la inteligencia suprema, causa de todas las cosas. Importa poco el nombre con que le designemos, siempre que convengamos en que investigando las causas de cuanto existe, hemos de llegar a una que es la primera y anterior a todas las otras. Pues esa causa primera, increada, de la que todo procede, es Dios. Suprema e infinita inteligencia, que abarca el infinito, y está dentro y fuera de la creación, sin que pueda concebirse un ser más inteligente, ni tampoco comprenderse como principio ni fin, pues si hubiera tenido principio, o hubiese salido de la nada, le hubiera creado otro ser superior a él. Pero la nada, nada produce, y si le hubiese creado otro ser, este sería Dios, y siempre llegaríamos a la existencia de una causa primera, increada, infinita y eterna. Es además inmutable, porque si estuviese sujeto a cambios, no serían estables las leyes que rigen el universo y que dependen de él. No así sus obras que siguen un continuo progreso; y en este sentido es como puede decirse que Dios progresa en sus obras, sin que esto implique mutabilidad en él, que todo lo tiene presente.

Dios es inmaterial, esto es, que su naturaleza difiere de todo lo que llamamos materia, porque si fuese de naturaleza material estaría

sujeto a las transformaciones de la materia. No tiene formas apreciables a nuestros sentidos, y no es por lo tanto *un Señor*, como dice el catecismo de la doctrina cristiana, ni puede admitirse sino como lenguaje figurado la descripción de una personalidad semejante a la humana para hacerle comprensible. Pero esta manera de describirle induce a juicios erróneos sobre su naturaleza y sus atributos, especialmente en libros destinados a niños, que adquieren el hábito de comparar a Dios con un hombre, tanto en la forma como en sus cualidades.

Es Dios todopoderoso, porque ha hecho todas las cosas. Si no las hubiese hecho todas, las que él no hubiera hecho, serian obra de otro Dios, y esto sería además de absurdo, imposible. Es también infinitamente justo y bueno, como lo prueban las leyes divinas que resplandecen en todas las cosas grandes y pequeñas. Su infinita sabiduría supone además la infinita justicia y la infinita bondad, porque lo infinito de una cualidad excluye la posibilidad de la existencia de otra cualidad que la aminore o que la anule. Es por lo tanto infinitamente perfecto, pues no se le concebiría si le faltase alguna perfección, o si hubiese otro ser más perfecto que él. Pero como es infinito y superior en todo para poder ser Dios, por eso su perfección es igualmente infinita, y sus atributos no son susceptibles de aumento ni de disminución.

Dios es único, porque no podría existir otro Dios sino con la condición de ser infinito en todo, porque si hubiese entre ellos la más ligera diferencia, uno sería superior al otro, y el inferior no sería Dios. Además, lo infinito del uno limitaría lo infinito del otro, y serían infinitos limitados, lo cual es un contrasentido.

Luego Dios es la suprema y soberana inteligencia, y es único, eterno, inmutable, inmaterial, todo poderoso, presente en todas partes en esencia y potencia, infinitamente justo y bueno e infinito en todas sus perfecciones.

Todas las ciencias para ser verdaderas necesitan estar en armonía con esos atributos divinos. Toda teoría, todo principio, todo dogma, toda creencia, toda práctica, que estén en contradicción con uno solo de esos atributos, que tienda a anularlos, o a rebajarlos siquiera, no pueden estar en la verdad. Ni en filosofía, ni en psicología, ni en moral, ni en religión, hay nada verdadero, desde el momento que se apartan o contradicen en lo más mínimo las cualidades esenciales de la divinidad.

ESPÍRITU Y MATERIA

El hombre de la Tierra es tan presuntuoso que pretende conocerlo y saberlo todo, y si no fuera porque en esa misma aspiración vemos una prueba de la vida eterna de su espíritu, condenaríamos ese orgullo sin límites de su inteligencia. Aquel que presume que nada hay que pueda escaparse a la comprensión de la razón humana cae frecuentemente en lamentables errores. Quien por el contrario admite que la inteligencia del hombre de nuestro planeta tiene un alcance adecuado a las condiciones de organización y medios de existencia en este globo, y que por lo tanto han de faltar aún sentidos al cuerpo y facultades al alma para percibir y comprender muchas cosas del universo, evita los escollos de los racionalistas y materialistas, y completa sus conocimientos, hasta donde es posible adquirirlos en la Tierra, dando fe y crédito a las verdades reveladas, como lo son las que se obtienen por las buenas comunicaciones de los espíritus. Y aun cuando estos, por superiores y elevados que se les suponga, no podrán enseñarnos aquello que esté fuera de nuestro alcance intelectual, siempre sus comunicaciones completan los esfuerzos de nuestra razón y nos llevan a la posesión de conocimientos que no podríamos adquirir ni por los sentidos ni por razonamientos.

Por esto es que el Espiritismo, aunque en filosofía coincide mucho con la más avanzada de las escuelas modernas, que es la de Krause,

da soluciones más amplias, más completas y más comprensibles. Por esto también, aunque la ciencia biológica haya adquirido un gran desarrollo, y se tengan resueltas cuestiones antropológicas trascendentales, las comunicaciones espiritistas comprueban esas soluciones, y afirman otras que la ciencia solo se atrevía a señalar como hipótesis. Por esto igualmente las comunicaciones espiritistas completan todo lo adquirido por los estudios de astronomía trascendental y de geología, y a su favor se ha podido formar una doctrina cosmogónica, en parte revelada, y de acuerdo con lo adquirido por la ciencia. Por eso, en fin, esas mismas comunicaciones ilustran la razón y el sentido moral, para confirmar lo que la razón y la ciencia ya presentían acerca de la insuficiencia de todas las religiones positivas, y la necesidad de que la humanidad acepte una sola, única y universal, la del amor y la caridad, pero sin querer tampoco violentar a los pueblos ni a los hombres para que abandonen prácticas, fórmulas y símbolos a que prestan hoy acatamiento, y que sustituirán cuando estén más ilustrados por la práctica de las virtudes, que es la verdadera religión, y que no exige templos, imágenes ni sacerdotes.

Ved como el Espiritismo ha venido con soluciones nuevas en filosofía, en ciencias y en religión. Ya hemos visto como comprende a Dios, y cuan distinto es el concepto que tiene de la inteligencia suprema o de la causa primera, del concepto histórico que hasta aquí había tenido formada la humanidad acerca de la gran causa. Otro tanto sucede con el espíritu y la materia.

Por mucho que esforcemos nuestra razón no llegaremos a comprender lo que eran el espíritu y la materia antes de haber comenzado la creación. No conocemos la esencia del espíritu, ni tampoco la esencia de la materia, porque aun cuando los

materialistas están orgullosos porque presumen que su método es el mejor, no admitiendo nada fuera de la materia y llamando materia a lo que impresiona a los sentidos, a poco que se medite se comprende que lo que impresiona los sentidos no es la materia sino los cuerpos, que son modos de ser de la materia, pero esta no la conocen, ni la han visto, ni la han tocado, ni saben nada de su esencia ni de su estado anterior a su constitución en forma de cuerpos. Es hipotético cuanto se ha dicho sobre este particular; y el Espiritismo al aceptar revelaciones de ultratumba acerca de tan arduas cuestiones, no se pone en contradicción con la ciencia humana, sino que busca alguna luz en el asunto acerca de los que la razón permanecería siempre en tinieblas sin ese auxiliar tan poderoso.

Los esfuerzos de la razón humana completados por la revelación espiritista permiten hoy creer que el espíritu y la materia son la creación primera de Dios, o mejor dicho su creación única, porque las posteriores no son sino la consecuencia forzosa de las propiedades de esos elementos y de las leyes porque habían de regirse. Como Dios es de toda la eternidad, y no se concibe en Él un período de contemplación y de quietismo, el espíritu y la materia deben ser también como Él eternos; y como nada había sino Él solo llenando el infinito, el espíritu y la materia no son más que la realización de su voluntad; y figuradamente, para hacer esto más comprensible, pudiéramos decir que una grande atmósfera espiritual, salida de la inteligencia única, penetrando otra de materia primitiva, en el estado de eterización como salió al emanar también de Dios mismo, llenaban el espacio infinito, y una y otra atmósfera, penetradas por la grande inteligencia, eran el periespíritu de Dios, y que impulsados por Él esos dos elementos, espíritu universal, y materia primitiva universal, marcharon ya a realizar en la eternidad

todos los fenómenos de una creación permanente y de un progreso infinito, con sujeción a sus propiedades respectivas y a las leyes establecidas desde el primer impulso recibido.

El espíritu era la fuerza y la materia su medio de manifestarse, y ninguno de estos dos elementos podía tener realización sin el otro.

Una vez el espíritu universal moviendo a la materia universal, y obedeciendo a leyes determinadas para su respectiva esencia, leyes armónicas siempre entre sí las de un elemento con las del otro, la creación se ha hecho con esos elementos y con sujeción a esas leyes, y cuantas evoluciones realicen la materia y el espíritu son el cumplimiento de esas leyes, sin necesidad de que supongamos, como lo quieren las teologías, que Dios está siempre interviniendo de un modo inmediato, tanto en los fenómenos materiales como en los espirituales. Las fuerzas tienen sus leyes de evolución, como la materia las tiene para responder a los impulsos de aquellas, y el espíritu obedece a sus leyes, que por no haberlas estudiado y conocido bien, se han inventado absurdas explicaciones para dar razón de los actos del espíritu humano.

Tenemos pues como anteriores a la creación tres elementos, Dios, o inteligencia suprema, espíritu universal, y materia universal en su estado primitivo, que son la única trinidad del universo. El espíritu era la fuerza, el agente de la vida, el elemento intelectual, pero todo latente en aquel tiempo y sin otra cosa en acción que su actividad. La materia, imponderable entonces, inerte por sí misma, pero con receptividad para exteriorizar todas las impulsiones del espíritu. La misión del espíritu fue realizar la creación, objetivarse y objetivar la voluntad divina, desenvolverse en el curso de la materia, desarrollar por su medio sus facultades latentes desde la simple actividad o

movimiento hasta la sensibilidad y el instinto, y hasta la inteligencia y la conciencia individuales, con otras facultades que aún no desarrolla en su paso por la vida de la Tierra y que despliega en vidas y en mundos de mayor perfección.

Las evoluciones pues del espíritu van unidas a las de la materia, y ésta existe para que aquél pueda realizar sus progresos y cumplir su destino. Como se ve no fueron creados en un principio espíritus individuales, como tampoco muchas materias, sino una sola materia susceptible de adquirir multitud de modalidades y de individualizarse en cuerpos, y un solo espíritu susceptible también de modalidades y de individualizarse en el curso de su perfeccionamiento.

CREACIÓN

Luego que el espíritu universal único, y la materia primera única emanaron de la causa primera, funcionaron conforme a sus propiedades y con sujeción a las leyes impuestas por la inteligencia absoluta. Y el espíritu movió la materia en el espacio. Y en su movimiento obedeció a la ley de la atracción que determinaba mayor aglomeración en unos puntos que en otros, se establecieron centros de movimiento, y la materia se subordinó a la concentración y a la expansión, o sea a las fuerzas centrífuga y centrípeta de la mecánica celeste. Esa materia primitiva o cóética quedó de este modo acumulada en más cantidad en algunos parajes que en otros, como si un gran océano se dividiera en muchos lagos; y cada una de esas masas cósmicas eran el germen de sistemas planetarios.

Lo que la ciencia conoce con los nombres de luz, magnetismo, electricidad y calor, no eran agentes materiales, sino propiedades de la materia cósmica, y mejor dicho modos de su movimiento, pero movimientos que se convertían en agentes poderosos para las transformaciones de la materia. A favor de esos agentes, una masa cósmica se fraccionaba en porciones que tenían en sí un centro de atracción, de condensación y de movimiento, y a la vez una de las fracciones sostenía a las otras atraídas hacia sí, desplegándose entre esa fuerza atractiva y la tendencia a alejarse en cada masa un movimiento alrededor de la masa central, iniciándose de este modo

la primera fase de los sistemas planetarios, con sus soles, sus planetas y los satélites de estos, que son desprendimientos de la materia cósmica de aquel alrededor del cual giran, porque quedaron dentro de su esfera de atracción. El movimiento de cada cuerpo estelar alrededor de su eje y alrededor del centro común del sistema, producía mayor densidad en su materia, condensándose y solidificándose por capas desde la periferia al centro, fenómeno que debía ser más rápido cuanto menos volumen tuviese cada cuerpo estelar, y al verificarse esa condensación de la materia cósmica en cada planeta, se desplegaron grandes acciones físicas y químicas, debidas a las modalidades del movimiento de esa materia, es decir a su lumínico, a su calórico, a su electricidad y a su magnetismo, y hubo la primera asociación atómica, la génesis de los átomos elementales, y después de la moléculas, polarizándose de modos diversos, cada uno de los que constituía modalidades diferentes de la materia, y que fueron los cuerpos llamados simples en nuestra química y sus análogos en los demás cuerpos estelares. A su vez estos primeros cuerpos se combinaron entre sí y vinieron los compuestos, sucediéndose una serie de grandes operaciones para la formación del estado ponderable de la materia en cada planeta.

Esa creación de mundos no fue toda a la vez, sino sucesiva y permanente, de tal modo que cuando un sistema planetario se hallara en el período de simple nebulosa o de aglomeración de materia difusa, ya otros sistemas habrían completado su formación y ostentarían toda su belleza y brillantez, llevando consigo hasta el desarrollo de la vida orgánica y de la inteligencia. Hoy mismo pasa eso a nuestra vista, y el telescopio penetra en lugares lejanos del espacio y nos permite contemplar cuerpos celestes en diferentes periodos del desarrollo estelar, desde la tenue nebulosa que

comienza, hasta los mundos decrepitos que se disgregan para volver en forma de materia cósmica a la masa etérea de donde salieron. El mismo fenómeno se observa en los mundos de un mismo sistema; mientras que unos están ya muy avanzados en su consolidación, hay otros enrarecidos aún y casi gaseiformes y sin condiciones aún de habitabilidad. La creación de mundos continúa, y por eso la llamamos permanente y eterna.

A juzgar por lo que conocemos de la Tierra, que es el planeta que nos es posible estudiar mejor, transcurrieron en él largos períodos sin que tuviese condiciones para el desenvolvimiento de la vida orgánica, y por lo tanto es de inferir que en otros planetas haya sucedido y suceda también lo mismo. Pero no se debe deducir que todos tengan idénticas ni aun semejantes condiciones físicas, ni tampoco que las organizaciones y sus medios ambientes sean análogos a los de la Tierra. Acerca de esta, la geología nos instruye, y la revelación espiritista confirma, sobre las varias épocas de la formación de sus terrenos, de la aparición de la vida orgánica, de los cataclismos que han tenido lugar y que hacían cambiar la situación de terrenos ya formados.

Cuando las condiciones de nuestro planeta permitieron determinadas combinaciones de los cuerpos de la química, nació la materia orgánica y aparecieron los primeros seres vivos, sin gérmenes previos y por una primera generación espontánea, cuyas organizaciones han ido siendo cada vez más complicadas, desapareciendo unas especies para ser reemplazadas por otras en cada una de las largas épocas geológicas, que representan millones de años y de siglos, según lo atestiguan los terrenos diversos desde las rocas primitivas hasta los horizontes superiores del cuaternario, con el grande espesor de muchas de sus capas, con las señales de los

repetidos trastornos acaecidos en su estratigrafía, y la inmensidad de restos orgánicos fósiles que la paleontología está descubriendo todos los días. Cada época geológica ha tenido condiciones distintas de las anteriores para el desarrollo de la vida orgánica, y siempre las especies nuevas han sido más perfectas que las antiguas. Y como si las especies inferiores se hubiesen metamorfoseado en las inmediatas superiores, se ve que se bosquejaban órganos en aquellas, que luego adquirirían su desarrollo en la época inmediata, como se ve en los reptiles alados que fueron los precursores de los pájaros. Este fenómeno está sujeto a una ley fisiológica cuya fórmula es: que las necesidades crean los órganos, y que todo lo que así se adquiere, se conserva por generación. De aquí que al ocurrir cambios grandes, extensos y profundos en el planeta, que influyeran fuertemente y por mucho tiempo en los seres orgánicos que entonces existían, hubo de suceder que los que no pudieran resistir estos cambios perecieran, llegando así a desaparecer especies enteras que no se han reproducido después, y que aquellos que pudieran hacer compatible su existencia con las nuevas condiciones de los medios ambientes, modificaron sus organizaciones por la influencia de esos nuevos medios, lo cual iniciaba modificaciones en la estructura anatómica para poder realizar otros impulsos fisiológicos; y así es como se desarrollaban nuevos órganos y aparatos, modificándose las especies, que pasaban de una inferior a otra más perfecta. De este modo la organización ha ido metamorfoseándose desde los moluscos hasta los peces, los reptiles, las aves y los mamíferos hasta llegar por transiciones a los monos, al orangután y al hombre.

En toda esta dilatada evolución de la materia en nuestro planeta, análoga a las que se verificaran en los otros, el espíritu es quien le da la impulsión, adquiriendo él mismo modalidades y perfecciones en

ese movimiento incesante, ineludible en su ser. De este modo despliega cuanto en él había latente, y se individualiza y adquiere personalidad, desarrollando instintos al pasar por unas organizaciones, afectos en otras y facultades intelectuales, de conciencia y libre albedrío en las últimas. Son pues las organizaciones como filtros por donde el espíritu va pasando para adquirir cada vez mayores perfeccionamientos.

El hombre pues considerado en su parte orgánica o material es el último esfuerzo de la potencia creadora del planeta, transformación de seres de otra especie inferior, y que se ha perfeccionado con las generaciones, porque los hombres primitivos debieron ser formas más toscas y groseras que los actuales y hasta dotados de imperfecciones en algunos aparatos, que se habrían ido con el tiempo corrigiendo. De aquí se infiere que, como las causas geológicas que dieron lugar a esa metamorfosis de una especie inferior en la especie humana debió ser bastante extensa, los individuos metamorfoseados no fueron un solo macho y una sola hembra, sino varios o muchos a la vez, y en diferentes regiones del globo. Hubo pues muchos Adanes, diferenciándose por razón de las causas de localidad, y de aquí la multiplicidad de razas humanas, procedentes de distintos padres, aunque formando una sola especie, toda vez que el cruzamiento de ellas no da productos híbridos, que sería lo que argüiría contra esa unidad. Los que conocen la historia natural saben que el carácter distintivo de las especies es ese, que no es posible el cruzamiento, o si lo hay, los productos son infecundos o híbridos, aun cuando alguna vez la potencia prolífica se continua hasta la segunda o tercera generación, pero al fin se agota y siguen ya infecundos los hijos.

Bajo el punto de vista espiritual el hombre es una individualización del espíritu universal único, que ha venido

evolucionando a través de la materia inorgánica y organizada hasta llegar a adquirir la perfección que corresponde a la organización a quien anima. El espíritu ha seguido pues la misma marcha que la materia, la cual, desde la cósmica primitiva, ha pasado por varios estados de la materia ponderable, y después de la organizada, recorriendo la larga escala desde los zoófitos hasta la organización humana. Solo que lo que hay de material en los seres es mudable y transitorio, y lo permanente es el espíritu, que en el hombre no solo tiene ya personalidad sino también libertad y conciencia, con sujeción a la ley de sus evoluciones continuas.

Hay motivos para pensar que con el transcurso de los siglos vendrán otros cataclismos en nuestro planeta, que trastornen los continentes y los mares; y cambien las condiciones de los medios ambientes, haciéndose con estos incompatible la vida de muchas especies, y modificándose profundamente las de los que puedan resistir las nuevas influencias telúricas. De este modo se transformarán las organizaciones y aparecerá la de las razas humanas modificadas hasta el punto de tener otros órganos, y constituir una especie humana superior a la de hoy, con más alcance intelectual, con mayores facultades desplegadas en su espíritu, con menos necesidades físicas, con menos malas inclinaciones, con mejores aptitudes para la virtud y para el estudio, o sea para el ejercicio de la vida espiritual.

Como hay millones de sistemas planetarios, y cada uno en distinto grado de desarrollo, hallándose unos en el principio de su formación, mientras otros estarán ya disgregándose para convertir su materia en elemento cósmico y volver al éter universal de donde sale y a donde vuelve todo lo que es materia, y como el espíritu una vez individualizado sigue un progreso indefinido, necesita buscar en

su camino eterno mundos, cuyas condiciones materiales sean adecuadas y armónicas a su grado de perfección, y de aquí que vaya recorriendo planetas y sistemas planetarios por toda la inmensidad. De esta manera obedece a la ley del progreso impuesta a todo lo creado, adquiere nuevas facultades, conoce cada vez mejor a Dios en sus obras, y llena su destino, que es el perfeccionamiento continuo.

La materia existe para que el espíritu se manifieste, como ya hemos dicho, y el espíritu se une a la materia que le es armónica y adecuada, y él mismo le imprime el modo de ser que debe tener para servirle a sus fines. Compréndase, según esto, que llamando humanidad a todos los seres inteligentes, ésta se halla esparcida en todo el universo en diferentes grados de progreso según los diferentes mundos; y las organizaciones han de ser variadas y distintas en cada uno de ellos, tanto menos materiales como mayor sea la perfección de los espíritus. De aquí se infiere que habrá mundos en los que los cuerpos que sirven a los espíritus inteligentes serán poco densos, serán tenues, en algunos como gaseosos y aun etéreos; así como también sus funciones orgánicas se irán apartando de la animalidad, tendrán menos necesidades; quizá haya mundos en donde no exista la necesidad del sueño, o del reposo; tal vez haya donde los seres humanos no se produzcan por sexos, sino por combinaciones de elementos materiales del planeta bajo la voluntad del mismo espíritu, y cada uno se organice su cuerpo material, y no haya por lo tanto sexos, ni generación; es probable que varíe también el número y el alcance de los sentidos, y que el espíritu tenga más facultades que en nuestro planeta, y por lo tanto adquiera conocimientos que aquí no es posible ni aun siquiera imaginar.

Acerca de todos estos grandes problemas que nosotros no podemos resolver, sino a los sumo formar conjeturas, que más

parecen fábula que ciencia, las comunicaciones espiritistas han suministrado instrucciones, que no podíamos haber adquirido ni por los sentidos ni por el discurso; y los espiritistas conocen algo más que los sabios a cerca de estas cuestiones, pues los espíritus avanzados se han dignado revelar el estado de algunos mundos, el modo de la organización humana en varios de ellos, ciertas condiciones de su existencia, de duración de vida y otra porción de cosas, que aunque no tenemos por ahora medios de comprobar, están de acuerdo con las ciencias astronómicas y biológicas que conocemos, y satisfacen nuestra razón, llenando vacíos que siempre quedan en la ciencia humana por mucho que se la profundice.

Como se ve, en el Espiritismo lo menos importante son esos fenómenos maravillosos que busca el vulgo, pues lo más grande es su doctrina. Es verdad que a ella se ha llegado por esos fenómenos, como la alquimia sirvió de base para la química, y la astrología de punto de partida para la astronomía. En buena hora que se repitan esos hechos y que se provoquen, sobre todo en los círculos familiares, que es donde mejor se obtienen; pero en las sociedades de estudio lo principal debe consistir en buscar buenos médiums, y procurar con ellos el perfeccionamiento de la doctrina, que se nos presenta bajo tres aspectos, como filosofía, como ciencia y como religión.

EL ESPIRITISMO COMO FILOSOFÍA

Se dice por algunos que la filosofía espiritista es la misma de Krause, y que esto es debido a que los médiums han leído o han oído hablar de esa última escuela filosófica alemana, y cuando dicen recibir comunicaciones sobre cuestiones de filosofía, estas son soluciones krausistas. Desde luego llama la atención que cuantos libros se han escrito sobre Espiritismo, cuantas comunicaciones se han dado en todos los países y en todos los círculos de estudio, evocando espíritus para consultarles sobre asuntos filosóficos, estén de acuerdo y no se contradigan, siendo una coincidencia bien para que todos los médiums se hallen al corriente de la filosofía krausista, tan poco estudiada y generalizada en algunos países, como sucede en España.

Aparte de que la filosofía espiritista es más completa que la de Krause, resuelve también mayor número de cuestiones y de un modo tan sencillo y claro que están al alcance de cualquiera. Se está más en lo justo pensando que la evolución de la filosofía venía preparando las inteligencias para que pudieran recibir el Espiritismo, y que la escuela krausista, como la más avanzada, es la que más se parece a la nuestra. ¿Quién podría afirmar que Krause no ha sido inspirado por inteligencias encarnadas superiores, como lo son y han sido tantos

otros hombres que han dado conceptos a la humanidad para su progreso, o bien un espíritu encarnado con grandes conocimientos de otras existencias, que ha venido a llenar una misión? ¿Cuántos hay y ha habido en todos los tiempos que son médiums sin saberlo? No quiere decir esto que Krause, y otros hombres en diferentes estudios, no deban sus conocimientos y su superioridad a sus propios esfuerzos, pues los que conocen el Espiritismo saben perfectamente que no por hallarse un espíritu separado del cuerpo, posee ya el *súmmum* de la ciencia; y como cada espíritu, encarnado o no, tiene un grado de progreso igual al camino que lleva recorrido y conforme al cultivo de la virtud y del estudio, hay muchos que en el estado de encarnación saben más y son mejores que multitud de los que están desencarnados. Y esto explica la inferioridad de muchas comunicaciones que obtienen los médiums, sus contradicciones entre ellas y con nuestras ideas en ciertas materias. Toda comunicación espiritista corresponde al grado de perfección del espíritu que la dicta.

Dejando esta digresión y volviendo al tema de este capítulo diremos que toda la parte filosófica puede condensarse en el modo como cada escuela comprende la inteligencia humana. Por eso el sello o carácter de los materialistas consiste en decir que todo cuanto existe es materia, y que todos los fenómenos intelectuales y de conciencia son un efecto de un grado avanzado de la materia orgánica; que por lo tanto no hay espíritu ni vida futura, porque lo que no es materia es la nada, y no siendo el espíritu materia, el espíritu es la nada; así como siendo la inteligencia un producto de la organización, cuando esta muere se disgregan sus partes, cesa la causa de los fenómenos inteligentes, y se aniquila la vida intelectual y moral. Parten de un supuesto falso, pues convienen en que materia

es todo lo que afecta los sentidos; pero no hay premisas para deducir que lo que no afecte los sentidos sea la nada, sino que lo lógico es afirmar que no es materia. Y habiendo fenómenos que no caben dentro de las leyes de la materia, que no son mecánicos, ni físicos, ni químicos, ni fisiológicos, son producidos por otra cosa que no es materia, y que se ha convenido en llamar espíritu. Cual sea la esencia del espíritu, ya hemos dicho que no lo sabemos, como tampoco conocemos la esencia de la materia. Es probable que en mundos más perfectos la inteligencia alcance a conocer estas cosas.

El materialismo moderno no se conforma con que la inteligencia del hombre concluya con la muerte, y para explicar la perpetuidad del ser, admite que la materia se modifica hasta el punto de transformarse en un elemento material inteligente y consciente, de la esencia de los fluidos, quizás el mismo fluido magnético, que habiendo evolucionado dentro de un cerebro humano, se desprende de él al morir, como el perfume de una flor, y continúa viviendo con los conocimientos y los recuerdos de lo que adquirió y la conciencia de su existencia. Como se ve, hay aquí más diferencia de opiniones por el modo de expresarlas que por el fondo de ellas. Son espiritualistas vergonzantes, puesto que tienen que venir a parar a la creación de una materia con todas las propiedades del espíritu, y necesitan sacarlas de las leyes que rigen la materia para que siga el impulso de otras leyes, que los espiritualistas señalan para el elemento no material.

El panteísmo tiene por carácter admitir un espíritu universal, inteligencia única del mundo, que anima toda la materia, que pasa por ella en sus múltiples variedades, y que vuelve al foco común, perdiendo su individualidad. Dios es todo, y todo es parte de Dios. Son tantos los errores de este sistema y han sido tan refutados, que

no nos entretenemos a reproducir lo que se ha dicho para impugnarle. Basta para no estar conformes con él, saber que después de la muerte se pierde la personalidad humana, y que en su vida futura todos los espíritus se confunden en uno solo, llevando a ese espíritu universal, unos la sabiduría, otros la ignorancia, otros las bellezas de la virtud, otros los horrores del vicio; y que todo lo personal queda aniquilado o confundido en un mismo ser.

Los espiritualistas admiten una entidad distinta de la materia; pero los filósofos de esta escuela se han limitado a averiguar sus propiedades y facultades, a establecer su actividad, su libre albedrío, su conciencia y todas sus facultades, así como su inmortalidad; y solamente las teologías han sido las que han entrado en la cuestión de querer averiguar su origen y sus destinos ulteriores. Ciertamente es incompleta la filosofía espiritualista, si se limita a comprender el espíritu en solo el momento de su unión con el cuerpo humano; y he aquí por qué el Espiritismo es el complemento de la filosofía espiritualista, y hasta de la parte práctica y experimental que le faltaba. Así como la ciencia de la materia sería incompleta también, si no se remontara a inquirir su origen y las leyes que las rigen en todas sus metamorfosis.

El Espiritismo enseña, como ya dejamos apuntado, que antes de la creación había espíritu universal con actividad y facultades latentes, no individualizado todavía, y que moviendo y metamorfoseando la materia, fue y sigue individualizándose, desplegando facultades hasta adquirir la conciencia, el libre albedrío y la inteligencia, que son los caracteres del espíritu cuando acciona sobre la organización humana. Enseña también que cuando un espíritu encarna por primera vez en una organización humana, sin haberlo estado aun en otros planetas, ha cultivado ya los instintos en

la escala zoológica. Admite que el espíritu comienza su unión con el cuerpo en el momento mismo de la concepción, a favor de un fluido etéreo que siempre le acompaña, más o menos tenue según su grado de perfección, al cual se da el nombre de periespíritu, y que él mismo impulsa los materiales de la generación para determinar las aptitudes de su organización. Admite igualmente que en esta nueva organización perfecciona y purifica sus instintos de animalidad anterior, y en ella encuentra el medio de desplegar nuevas facultades. Es doctrina espiritista que cuando llega el momento de separarse el espíritu del cuerpo carnal, se desliga de este el periespíritu, que es quien constituye la esencia de la vida, y quedando libre el espíritu con su periespíritu, el cuerpo se subordina a las leyes de la materia y se disgrega, y el espíritu sigue viviendo, conserva su individualidad, tiene conciencia de su existencia y de todo lo que ha ejecutado. Esta vida, que se llama libre, no es lúcida desde el instante de la muerte. Hay un período de turbación, más o menos largo, durante el cual el espíritu no tiene conciencia clara de su existencia. El conocimiento y las creencias en el Espiritismo abrevian ese período, así como han de prolongarle la falta de cultivo intelectual, el apego a los goces materiales, el escepticismo y otra porción de causas.

El espíritu ve su propio cuerpo luego que le ha dejado, ve hasta la putrefacción del cadáver, y cuando se halla en la turbación, que es lo más frecuente, todo esto es para él como un sueño o una pesadilla, hasta que poco a poco adquiere la conciencia de que terminó su vida corporal. Para los espíritus avanzados esa lucidez viene muy pronto, y en algunos en el instante mismo de la muerte.

Como el progreso no termina ni puede terminar con el alcanzado en una existencia, y como el espíritu necesita la materia para progresar, una vez desencarnado vuelve a tomar otro cuerpo, bien en

la humanidad de nuestro planeta, bien en otros mundos donde haya condiciones armónicas a su grado de perfección. Así el espíritu humano camina de planeta en planeta, hasta llegar a un grado de progreso tal que no necesite esas encarnaciones materiales, y sus evoluciones sucesivas y sin fin se hagan en mundos u horizontes etéreos, habiendo adquirido tan alto grado de perfección por la ciencia y por la virtud, que constituyan esa elevada jerarquía que figuradamente han llamado ángeles y arcángeles algunas religiones.

En esa marcha de los espíritus de un planeta a otro, no hay un orden para todos, pues esto depende de su perfección mayor o menor, ni tampoco la perfección de los diversos planetas guarda relación con la distancia del sol. Las comunicaciones espiritistas han dado algún conocimiento acerca de este particular, y señalado en qué planetas es más avanzada la inteligencia de la humanidad. Un espíritu puede encarnar en la Tierra sin haber encarnado aún en otro planeta, o bien después de haber tenido una o varias existencias en uno o varios planetas; como pueden encarnar muchas veces en la Tierra por necesitarlo así para adquirir condiciones que le permitan encarnar luego en otra parte. Y ese progreso no está encerrado en nuestro sistema planetario, sino que el espíritu sigue perfeccionándose en todos los sistemas, que como son infinitos, es también su progreso sin fin. A veces un espíritu no encarna en un mundo para adquirir perfecciones en él, sino para llenar una misión providencial y hacer que la humanidad progrese.

Siempre que un espíritu encarna de nuevo, lo verifica por el procedimiento que hemos dicho, y vuelve a caer en un período de turbación, perdiendo el recuerdo de todo su pasado mientras recorre su nueva existencia material. Hay sin embargo aptitudes,

inclinaciones, ideas y a veces hasta conocimientos innatos, debidos a que el espíritu recuerda los de otras existencias.

Véase pues como el Espiritismo no es la filosofía de Krause, por más que ésta, como muy avanzada, se halle incluida en aquella, y como estudia el espíritu en todas sus evoluciones, desde su punto de partida del espíritu universal hasta la mayor perfección que nuestra razón puede concebir, en sus múltiples vidas parciales, que son fases de su única vida imperecedera.

Basten estos ligeros apuntes para comprender el alcance y la esencia del Espiritismo considerado como filosofía. Examinémosle ahora como ciencia.

EL ESPIRITISMO COMO CIENCIA

El estudio del Espiritismo y las verdades que encierra parten de hechos, y tienen su base como todas las ciencias positivas. En la primera parte de este folleto me he ocupado ya de los hechos. Todos los fenómenos espiritistas se realizan, como ya probamos, por la influencia de los espíritus, valiéndose en los físicos del fluido de su espíritu, del fluido de los médiums, y del fluido que rodea y penetra los objetos. No insisto en estas explicaciones porque ya las tengo dadas en la primera parte. Me limito ahora a desvanecer una duda que se viene oponiendo a los hechos espiritistas.

Dicen muchos que no han visto ningún fenómeno, y otros afirman que no han visto sino muy pocos, y que por lo tanto no creen en ellos ni en las consecuencias doctrinales que de esos hechos deducimos, mientras por sí mismos no los comprueben. Y añaden, que como para la constitución de las ciencias se necesita dos factores, el de la razón y el de los hechos, faltando este último en el Espiritismo que ellos han visto, no puede tener carácter de ciencia. Hay en esta argumentación un rasgo de orgullo o de presunción injustificada, porque solo se da valor a la experiencia personal, y se duda del testimonio de los demás hombres. No es tampoco exacto que las ciencias solo necesiten dos factores, la razón y los hechos, sino

también un tercero, cual es el de la autoridad o la tradición, pues si así no fuese, si no diésemos crédito a lo observado por los demás, las ciencias no existirían, comenzarían por los hechos observados por cada uno y morirían con el individuo. Cada hombre se formaría su ciencia con sus hechos propios, sin tener en cuenta los que los antepasados y sus mismos contemporáneos hubiesen observado. Ni todos los hechos necesarios para la constitución de una ciencia se presentan cuando nosotros queremos, ni la vida del hombre es tan larga que pueda estudiar y ver cuantos presenta la naturaleza.

Es pues indudable que se necesita conceder un valor importante a la historia de cada ciencia, y admitir los hechos que otros han observado, aun cuando nosotros no hayamos podido comprobarlos por nuestra propia experiencia, siempre que ese testimonio de la autoridad reúna las condiciones exigidas en sana filosofía para ser admitido como fuente de conocimiento. Ahora bien, los fenómenos espiritistas se han producido en todos los pueblos del globo, en presencia de personas de todas condiciones, sin estar confabuladas para sostener una superchería, delante de hombres sabios, de sujetos a veces incrédulos en el Espiritismo; y esos hechos están referidos en multitud de libros y periódicos, por testigos que tomaron todas las precauciones para no ser engañados, por comisiones de corporaciones científicas, por periodistas ajenos al Espiritismo y que solo buscaban la certidumbre de hechos maravillosos para saber a qué atenerse al dar cuenta de ellos a sus lectores.

Cuando los fenómenos espiritistas se hallan de este modo confirmados, es una orgullosa pretensión no darles crédito, porque uno de nosotros no haya podido observarlos o haya visto pocos. La naturaleza de su origen inteligente hace que no podamos provocarlos siempre que queramos, porque necesitamos contar con la voluntad

de espíritus libres; y, ¿quiénes somos nosotros para pretender que todo el mundo espiritual se ponga a nuestra disposición siempre que se nos antoje para realizar fenómenos espiritistas? Es necesario merecerlo para obtenerlos; y como no está en nuestra mano experimentarlos siempre que nos plazca, precisa en la Ciencia Espírita dar crédito al testimonio de los hombres, y admitir los hechos que están afirmados por la autoridad.

Ahora bien, los hechos espiritistas, comprobados personalmente por cada uno de nosotros, o aceptados por el testimonio de otros, han venido a enseñarnos dos órdenes de conocimientos: unos que la humanidad puede adquirir por sus propios esfuerzos de inteligencia y el auxilio de los sentidos; y otros que nunca hubiera llegado a adquirir la humanidad con el trabajo de la razón ni con los sentidos, pudiendo a lo sumo fraguar hipótesis sobre ellos. Los conocimientos que los espíritus nos suministran del primer orden les llamo comunicaciones, y a los del segundo revelación. Si los espíritus nos refieren los hechos geológicos, por ejemplo, y nos ilustran sobre la serie de especies que han vivido en el globo terrestre, nos dan una comunicación, porque esos conocimientos los puede adquirir la ciencia humana sin auxilio de los espíritus; pero si estos nos dicen que dentro de un millón de años se trastornarán los mares y los continentes, que perecerán todos los seres orgánicos actuales, y que aparecerá otro ser mucho más inteligente que el hombre actual, con diferente organización, con otros sentidos y otras funciones, entonces nos hacen una revelación, porque sobre este asunto podremos cuando más aventurar una hipótesis.

La Ciencia Espiritista tiene hoy ya muchas revelaciones, y tendrá más y de mayor trascendencia cuando los hombres se hallen más preparados para recibirlas. Una de esas revelaciones, no es de las de

mayor importancia, pero sí de grandes aplicaciones para uno de nuestros estudios más interesantes, es la que se refiere al periespíritu, a ese fluido que siempre lleva consigo el espíritu, más o menos puro según su grado de perfección y según el mundo que habite.

En la ciencia biológica se resuelven con ese elemento multitud de cuestiones que estaban en el terreno de las conjeturas. El periespíritu explica el modo y el tiempo de la unión del espíritu con la organización material, su separación de ella en el fenómeno llamado muerte, los períodos de turbación desde la vida fetal, y el que sigue a la conclusión de la vida orgánica. El periespíritu es el principio vital, sobre el que tanto han cuestionado los filósofos y los médicos, es el agente que explica la unidad de la vida, el que da razón de las simpatías y antipatías entre las personas, el que explica los presentimientos, los sueños y las visiones de sujetos, de cosas, de poblaciones y panoramas mientras se duerme, el que facilita la explicación científica del magnetismo, del sonambulismo natural y provocado, de la lucidez sonambúlica, y de todos los fenómenos que hoy solo tiene una explicación hipotética. Ese periespíritu, a quien el espíritu agita, es el que penetra todas las moléculas de la organización, el que establece dentro de ellas otros fenómenos y otras leyes que no son los de la materia inorgánica, el que se irradia fuera de nosotros como la luz que parte de un foco luminoso, el que penetra en la esfera de irradiación de los otros seres, el que les lleva las modificaciones que le imprimen nuestros pensamientos y nos trae las de los suyos; y a favor del cual podremos realizar, cuando por la cultura y la virtud hayamos hecho todos los hombres más puro, y por lo tanto más potente, nuestro periespíritu, los fenómenos más portentosos, como lo será el telégrafo eléctrico, sin necesidad de alambres de conducción, y las curaciones de las enfermedades con

solo el auxilio del periespíritu y de la voluntad, sin la intervención de medicamentos ni de remedios materiales.

El Espiritismo como ciencia da la clave para la solución de cuestiones de las existencias naturales, porque es quien explica la fuerza que mueve la materia, y las leyes que rigen la fuerza. Los fenómenos que en otro tiempo se tenían por contrarios a las leyes naturales, y que la Iglesia exigía se creyesen con una fe ciega sin pedir explicaciones, salen de la categoría del milagro, y adquieren un carácter científico, como sucede, por ejemplo, con las apariciones de personas que ya no existen. El Espiritismo dice sobre este particular, como sobre otros muchos admitidos antes a condición de milagrosos, que el fenómeno se realiza, no perturbando u oponiéndose a las leyes naturales, sino con sujeción a las leyes, naturales también, que rigen al espíritu y a los fluidos, y que por lo tanto son de la esfera del estudio científico.

El espíritu condensa por su voluntad y su poder su propio periespíritu, modifica el fluido etéreo que envuelve un planeta, influye en el periespíritu de otras personas, modifica su fluido vital, su magnetismo, y puede a favor de procedimientos que comprendemos, aunque se nos escape su esencia, darse una forma y una manifestación que se haga visible y tangible para ciertas personas, con quienes un espíritu quiera comunicarse de este modo. Con esta explicación la ciencia se concilia con la religión, esta se hace científica, va ganando mucho en ello, la fe deja de ser ciega, y se armoniza con el criterio racional que debe ser el guía de todos los conocimientos.

El Espiritismo ha traído la parte experimental al idealismo; y ha venido en esta época de materialismo e incredulidad, provocada

especialmente por las exageraciones y los errores de las religiones positivas, para producir una reacción en sentido espiritualista, y llamar la atención de los pensadores hacia el idealismo otra vez, pues despojado de todo lo perteneciente al mundo espiritual de las preocupaciones de que le plagaron los dogmas religiosos, deja de ser rechazado por el hombre de ciencia, el racionalista ve que las grandes verdades de la tradición se colocan dentro de su criterio; y se allana el camino para que la multitud, que no puede, ya por falta de capacidad, ya de preparación suficiente, elevar su inteligencia a la esfera de las abstracciones y de los estudios metafísicos, llegue con facilidad a la comprensión de la ciencia del espíritu.

En los tiempos que atravesamos era una necesidad imperiosa la venida del Espiritismo, para que la humanidad asiente sus progresos sobre cimientos sólidos, para que sirva de fórmula a la gran época orgánica que ha de venir tras la época crítica y anárquica que atravesamos, y en cuyo último período estamos ya. Será posible que llegue un día en que el Espiritismo desaparezca, en que cesen todos los fenómenos espiritistas, en que no haya sino por excepción alguno, y que no se obtengan esas comunicaciones de ultratumba, dadas hoy con profusión para formar esta gran doctrina; y que le suceda al Espiritismo lo que a los oráculos de la antigüedad, que enmudecieron cuando los pueblos en que los había entraron de lleno en otra civilización. Es posible que esto suceda, yo creo que sucederá, pero será cuando el Espiritismo haya llenado la misión providencial que le está encomendada, cuando la humanidad conducida por la luminosa antorcha de la Escuela espiritista no necesite ya de sus auxilios, y dominados los errores y los odios y los vicios que la tienen extraviada, haya entrado en el sendero de la verdadera ciencia y de las virtudes todas. Entonces no habrá esa producción tan frecuente

de fenómenos espíritas, ni esas continuas comunicaciones de los espíritus, porque ni esta ni aquellos serán necesarios. El Espiritismo triunfante habrá llenado su gran misión, restableciendo todas las cosas y poniendo a la humanidad en el verdadero camino que conduce a Dios. Como hoy serían inútiles todos los esfuerzos para conseguir ese grande objeto sino llevaran el carácter científico, el Espiritismo se realiza, revelándonos todo el mundo invisible, y los conocimientos que de él emanan bajo este triple aspecto, de filosofía, de ciencia y de religión.

EL ESPIRITISMO COMO RELIGIÓN

El Espiritismo no es una religión positiva¹, pero es la religión universal², la esencia de las verdades religiosas, la ciencia que

¹ *El Espiritismo es una doctrina filosófica que tiene consecuencias religiosas como toda filosofía espiritualista, y por esto mismo toca forzosamente las bases fundamentales de todas las religiones: Dios, el alma y la vida futura; pero no es una religión constituida, dado que no tiene culto, rito ni templo, y que entre sus adeptos ninguno ha tomado ni recibido título de sacerdote o sumo sacerdote. Estas calificaciones son pura invención de la crítica. (Obras Póstumas, Allan Kardec). Nota y negrita del editor.*

² *Su verdadero carácter es, pues el de una ciencia y no el de una religión; y la prueba está en que cuenta entre sus adeptos hombres de todas las creencias, sin que por esto hayan renunciado a sus convicciones; católicos fervientes, que no dejan de practicar todos los deberes de su culto, cuando no son rechazados por la Iglesia, protestantes de todas sectas, israelitas, musulmanes y hasta budistas y brahmanistas. Está basado, pues, en principios independientes de toda cuestión dogmática. Sus consecuencias morales están implícitamente en el cristianismo, porque de todas las doctrinas el cristianismo es la más digna y la más pura, y por esto, de todas las sectas religiosas del mundo, los cristianos son los más aptos para comprenderlo en*

las explica y confirma, la síntesis de los sentimientos que enlazan al hombre con la causa de todo lo creado. No necesita templos, porque ellos están en la recta conciencia de cada ser inteligente, y sus altares son las sublimes concepciones del arte y de la ciencia y todas las producciones del genio, sus oraciones son la práctica de la caridad sin límites y en sus múltiples manifestaciones, los cantos del poeta, las investigaciones del sabio, y todos los esfuerzos del espíritu, cada cual en la esfera en que se halla, para realizar su progreso por la virtud y por la ciencia, a fin de cumplir su destino, que es acercarse a Dios, conociéndole en sus obras, y asemejársele todo cuanto sea posible en la perfección relativa, que por grande que sea siempre distará una inmensidad de su Creador.

No estigmatiza ninguna religión, y todos los cultos caben dentro del Espiritismo, siempre que estén basados en la idea de Dios y del espíritu, en la vida permanente de este espíritu que aspira a la perfección. Comprende que las religiones han llenado y llenan una misión civilizadora, no obstante que los encargados de guardarlas hayan abusado, y por causa de ellos se hayan cometido crímenes sin razón en las sociedades. Sabe y confiesa que la religión cristiana ha sido la más civilizadora, como que el Espiritismo no es otra cosa que el Cristianismo ampliado y perfeccionado, despojado de los absurdos y de todos los bastardeamientos que la Iglesia romana y todas las sectas disidentes introdujeron en la doctrina de Jesús.

toda su verdadera esencia. ¿Puede reprochársele por esto? Sin duda puede cada uno hacerse una religión de sus opiniones, interpretar a su gusto las religiones conocidas, pero de aquí a la constitución de una nueva Iglesia hay gran distancia. (Qué es el Espiritismo, Allan Kardec). Nota y negrita del editor.

Los principios religiosos del Espiritismo, todos ellos demostrables por la ciencia son:

La idea de una causa primera, llámese Dios, Jehová, Alá, lo infinito, lo absoluto, la gran inteligencia, o como se la quiera designar.

La idea del espíritu, que partiendo del espíritu universal, se individualiza en sus evoluciones por la materia, a la que mueve y anima, hasta llegar a individualizarse en seres inteligentes, con conciencia y libre albedrío.

La vida futura, eterna y desarrollada en multiplicadas existencias, recorriendo organizaciones y sistemas planetarios.

Penas y recompensas, no a la manera como las entiende el catolicismo y las otras religiones positivas, sino como consecuencia necesaria de la obediencia o de las infracciones de las leyes que rigen el espíritu, del mismo modo que el cuerpo sufre las consecuencias de sus intemperancias, o experimenta el bienestar de un ordenado método higiénico. Y a la manera como esas intemperancias obligan a la organización a abstenerse de sus excesos, y a adoptar otro método de vida más saludable, del mismo modo, y por móviles parecidos, el espíritu que no siguió las leyes de su desarrollo, siente la falta de su progreso, y desea volver al camino que le conduzca a su perfección. Niégase por lo tanto en el Espiritismo el infierno, el purgatorio y el limbo de la Iglesia católica. Cada espíritu lleva en su conciencia su gloria o su purgatorio, y está en la esfera de su poder salir del estado de aflicción y de penas en que él mismo se ha constituido; y tiene para ello toda la creación y toda la eternidad.

No admite tres Dioses, sino uno solo. Tiene sin embargo su Trinidad, como ya en otro lugar he indicado, Dios, como principio y fin de todo lo creado, el espíritu como verbo o como fuerza para realizar todas las cosas, y la creación como producto de la voluntad divina, exteriorizada y sensible a expensas de la materia.

Su sistema cosmológico no es el de las religiones, sino el de la ciencia.

Admite las revelaciones como una necesidad para el adelanto de la humanidad, y por lo tanto la comunicación de los espíritus encarnados con los que no lo están. Estas revelaciones se verifican por el intermedio de espíritus que tienen por su estado de progreso esas grandes misiones que llenar.

Entre los muchos espíritus que han traído a la Tierra misiones civilizadoras, uno de ellos ha sido Cristo, como lo fue Sócrates y tantos otros que han servido de guía a la humanidad. El Espiritismo no admite, pues, que Jesús sea Dios mismo, sino un espíritu, como el de cualquier otro hombre, de gran perfección, que encarnó para cumplir una misión divina. No admite por lo tanto el misterio de la encarnación; pero aun para aquellos que creyesen en él, les da medios científicos para explicarlo, acudiendo a la teoría de los fluidos y del periespíritu de Jesús, quien hubiera podido realizar la organización de un cuerpo material dentro de la organización de su madre, a la manera como hay mundos en los que la procreación no es sexual, sino que cada espíritu se fabrica su cuerpo con su periespíritu y los elementos del planeta con quienes este se combina. Siempre esta hipótesis sería absurda, porque no está de acuerdo con el modo de ser de la vida orgánica en nuestro planeta; pero no sería tan ridícula como la sostenida por la Iglesia romana. Al Espiritismo le preocupa

poco esta cuestión, no obstante que no acepta el dogma católico sobre este asunto; como tampoco se preocupa acerca de si Jesús tuvo o no hermanos, según afirman Renan y otros historiadores y críticos.

Muchas cosas que el catolicismo manda observar como artículos de fe, dogmáticos y necesarios para la felicidad de las almas, el Espiritismo las tiene como meras fórmulas, que las respeta en quien las practica, pero creyendo firmemente que no hacen falta. Tales son, el bautismo, la confirmación, la confesión, la eucaristía, y todos los sacramentos de la Iglesia, lo mismo que la misa, los rezos y las oraciones, cosas todas que a decir verdad, sirven más bien de medios para explotar a los hombres, y abusar de su ignorancia, poniendo a contribución sus bolsillos, que para mejorarlos; y que han dado y siguen dando elementos a los sacerdotes para saciar sus pasiones y ejercitar su inmoralidad, llevando los vicios y la perturbación al seno de la sociedad y de las familias. Estas fórmulas, a lo sumo, podrán pasar como las solemnidades que se acostumbra para conmemorar un genio, un acto patriótico, el natalicio de un sabio; o bien para inaugurar una sociedad científica sus tareas; o las establecidas para conferir un grado académico, para investir con una condecoración, o cosas parecidas.

El espiritista ilustrado no necesita de ningún rito, de ningún culto externo, de ninguna religión positiva. Su templo es el universo, cuyas innumerables estrellas son otros tantos altares, desde los que se elevan las plegarias de toda la humanidad hacia la inteligencia creadora; su culto es el estudio de la creación, el cumplimiento de sus deberes para consigo y para con sus semejantes, con cuyo cumplimiento satisface los que a Dios se refieren; sus misas y sus oraciones son la práctica de todas las virtudes y de la caridad especialmente, porque esta las resume todas; siendo bueno en la

sociedad, bueno en la familia, bueno y honrado siempre en todas partes; y amando a todos los hombres como hermanos, es como establece su culto el Espiritismo.

Pero si hay quien encuentra consuelos en la práctica de los cultos de las religiones positivas, si hay quien necesita esas fórmulas para satisfacer las aspiraciones de su espíritu, espiritistas o no, el Espiritismo no los rechaza ni los vitupera, sino que los deja seguir su camino, procurando que su luz llegue a todas las inteligencias en las que pueda penetrar.

ESTE ES EL ESPIRITISMO.

LEED Y JUZGAD.

